

San Patricio

50 años

17 de marzo
1969-2019

*Vigencia y continuidad de una comunidad
educativa*

Patricia María Zaldívar

**DEJO ESTA PAGINA COMO MODELO.
HAY QUE TRAMITAR EL ISBN**

Zaldivar, Anibal

Coplas de orilla : poesia 2012-2015 . - 1a ed. - Villa Gesell : el autor, 2015.
100 p. ; 26x18 cm.

ISBN 978-987-33-7983-3

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

Fecha de catalogación: 24/06/2015

© Zaldivar, Anibal
www.anibalzaldivar.com

Diseño y arte de tapa:
Mariel Galarza www.marielgalarza.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

I: Prólogo de la segunda edición de “Mi compañera la esperanza”

En marzo de 1995 la escuela fundada por Mini Zaldívar, nuestra madre, cumplió 26 años. Con los pormenores habituales, los objetivos se habían ido cumpliendo dentro de los límites propios de las circunstancias sociales y políticas. El proyecto educativo seguía desarrollándose y alcanzando las metas soñadas por su fundadora. En ese año encaramos juntas un trabajo literario, que consistía en narrar la historia personal de Mini. Así nació el libro “Mi compañera, la esperanza”, en una tarea a la distancia (mamá en Villa Gesell, yo en Córdoba) donde ella volcó enormes dosis de amor y conmovedora sinceridad, y yo busqué interpretarla y escribir su historia de la manera más fiel y sentida. Ahora, estas breves palabras que escribo después de 23 años, tienen como objetivo introducir la reedición del libro, así como darle un nuevo contexto, relatando lo que sucedió en la vida de Mini y como consecuencia, en el devenir de la institución.

Hoy tengo ante mí cajas repletas de papeles que parecen mirarme, sugestivas. De mañana o de tarde, cuando el trajín del día abre un hueco, voy hurgando en ese mundo que contiene cuadernos, notas periodísticas, artículos que mamá guardaba. Me invade un aroma particular, con un ligero toque a la colonia que ella usaba y con la que perfumaba sus pañuelos. Todos estos elementos del nutrido y vital archivo personal de mamá, podrían ser el punto de partida de un nuevo libro, que incluya nuevos aspectos de su vida: infancia, vocación, experiencia docente y el trabajo en Villa Gesell. Un libro que dé cuenta de muchos detalles y matices de su personalidad que no se pudieron incluir en “Mi compañera, la esperanza”. Será o no un proyecto a futuro...

La sucesión de los hechos siempre signados por razones misteriosas e inabarcables por la razón, impuso nuevamente sus condiciones. Intempestivamente, la tarde del

7 de julio de 2001, murió Fernando, “Penaco”, nuestro hermano menor, el más chico, el más mimado por todos nosotros. Fue tan súbito y violento que los médicos que lo atendieron, en un centro de salud cerca de su casa, no pudieron impedir el infarto. Imposible describir el dolor, la laceración de nuestro corazón y el desgarró en el alma de Mini. De todo ha sido dicho ya, sobre lo que significa la muerte de un hijo, pero nunca es ni será suficiente. Lo que comenzó con insoportable dolor, también se convirtió en rabia, impotencia. Para una persona tan creyente, el sinsentido de esta pérdida la llevó a la rebeldía, al enojo con ese Dios que le arrancaba a su hijo. Siguió para ella una etapa de profundo recogimiento. El duelo fue larguísimo, intenso, de una negrura atroz en las peores horas. Cada cosa que lo nombrara dolía, la música la lastimaba, todo ardía como una herida abierta. Ninguno fue el mismo a partir de ese momento. Como pudimos, nos brindamos consuelo unos a otros, atravesados por lo irremediable de esta pérdida. Con el paso del tiempo mamá asistió al Grupo Renacer buscando alivio entre las personas que habían sufrido la pérdida de un hijo. El grupo la ayudó a aceptar, a trabajar en ese duelo tremendo. Mini, con toda su sabiduría, siguió encontrándole el sentido a la vida. Buscó reconciliarse con Dios en un largo proceso sanador. Siguió al frente del Colegio, aunque con las fuerzas menguadas, y en julio de 2006 comenzó a tener una serie de síntomas que desembocaron en un diagnóstico letal: sufría la enfermedad neurológica Parálisis Supranuclear Progresiva (PSP), que la afectó hasta su muerte en junio de 2012.

Ante la crudeza de la nueva realidad que se le presentó, con la inteligencia y la practicidad que demostró siempre, a principios de 2007 convocó a toda la familia para comunicarnos la necesidad urgente de tomar decisiones que involucraban el futuro del colegio. La creación del secundario, que era ya una demanda de toda la comunidad, requería de grandes inversiones y de un esfuerzo estratégico de conducción que implicaba el desarrollo de un buen plan desde el punto de vista técnico y un compromiso profundo con el proyecto educativo sostenido en su ideario, que garantice la calidad espiritual y humana que siempre caracterizó al San

Patricio. Quienes estuvieron, por diversas circunstancias, en condiciones de asumir la tarea, fueron Gustavo y Cecilia, y a lo largo de ese año se involucraron cada vez más.

Gustavo comenzó a viajar una vez por mes y Cecilia se le unió enseguida. En junio ya viajaban cada quince días. Mamá, Aníbal y yo apoyamos desde el primer momento su trabajo. Tengo presentes las palabras de mamá cuando expresó su satisfacción por la enorme tarea que habían emprendido Gustavo y Cecilia, que le daban a su obra la posibilidad de renovarse y seguir creciendo. En su rostro se notaba también un gran alivio...

A medida que iba conversando con ellos, fui yo también comprendiendo la fuerte pasión que ambos tienen por el colegio. Hay un hecho que lo marca claramente: la experiencia que hicieron entre 1984 y 1987, cuando acudieron a un pedido de Mini, que estaba atravesando una grave crisis económica en el colegio. Cecilia se había recibido de maestra jardinera y Gustavo de Psicólogo, y vieron en el proyecto San Patricio una perspectiva interesante para sus vidas. Se mudaron a Gesell, aportaron capital para superar la coyuntura económica, pero las circunstancias no ayudaron. Diferencias de criterio con Mini, acostumbrada a un manejo muy personal de la institución, los llevaron a apartarse de la conducción de la escuela. En marzo de 1987 se volvieron a Buenos Aires, con el bagaje de la experiencia tanto en el colegio como en la comunidad, y sin conflictos con Mini, ya que comprendieron que no era el tiempo para desarrollar un proyecto con ella.

Siguieron intensos años de vida familiar, con sus tres hijos Diego, Gervasio y Felipe, y mucha experiencia profesional y docente. Formación, estudio, trabajos en la Salud Pública, consultorio. Cecilia hizo su carrera de Psicóloga. El proyecto San Patricio se retomó, como conté antes, en el 2007, cuando Mini vuelve a convocarlos para, en este caso, legarles la continuidad de su proyecto. Los tiempos habían madurado. Yo seguía desde mi casa en Marcos Juárez, Córdoba, todo este proceso. Y también Aníbal, totalmente integrado a la comunidad de Villa Gesell a través de su trabajo de director y editor del semanario El Fundador, y su

desarrollo como escritor. Si bien no participábamos con Mini de los destinos del colegio, siempre estábamos atentos a sus pormenores. Por eso, nos sorprendió gratamente que Cecilia y Gustavo se involucraran. El futuro del colegio no dejaba de ser para nosotros, un gran enigma. Con ellos, los caminos se allanaron y nuestro apoyo fue, desde el primer momento, entusiasta e incondicional. Pero lo que más nos gustó, es que más allá de encontrar una solución a la herencia, vimos que ellos tenían un proyecto muy maduro, rico y potente. Fue mucho más que nuestras expectativas iniciales.

En uno de mis viajes a Villa Gesell, Gustavo me contó que, frente al desafío de construir el secundario, vislumbraron que había condiciones económicas para hacerlo, pero que las dificultades estaban en el colegio en sí. “La ausencia progresiva de mamá estaba dejando espacio a implícitas y lógicas tensiones de poder, varios actores distintos que si bien estaban involucrados con el colegio, gobernaban independientemente”, me dijo en esa oportunidad. “Empezamos a ver, con el trabajo más interno que hicimos, que tanto en los aspectos administrativo, jurídico y docente, el colegio estaba muy fragmentado y había que empezar a integrar todo, con las dificultades de la distancia y un marco de resistencias ante nuestra irrupción inesperada y decidida. A lo largo de ese mismo 2007 se empieza a delinear el proyecto”.

Sólo personas muy capacitadas profesionalmente y con fuerte compromiso afectivo y humano podían encarar los cambios y el crecimiento que se necesitaban. Ellos lo hicieron, y con Aníbal vimos con entusiasmo que aquí había algo grande que estaba ocurriendo, algo digno de la herencia que estaba dejando Mini. Y lo que fue decisivo es que también Mini vio claramente lo que estaba sucediendo y nos dijo a todos: “Cecilia es mi sucesora pedagógica”. Fue un vuelco importante, porque complementaba perfectamente la función de Gustavo como nuevo propietario y socio gerente del Colegio.

Cuentan Cecilia y Gustavo que el último día que Mini se reunió con todo el personal de la escuela fue en el mes de diciembre de 2007. Reunión que se hizo por

expreso pedido de ella. A pesar de ya mostrar signos de su enfermedad, tuvo la lucidez de dirigirse a cada una de las docentes con preguntas personales, mirándolas a los ojos en un diálogo que reflejaba claramente su modo de ser. En ese mismo clima de intimidad, nos sorprendió a todos cuando de manera repentina, anunció formalmente que Cecilia sería su “sucesora pedagógica”. Así era Mini. Sólo Cecilia sabe cuánto empuje, confianza y fortaleza le dio en ese momento a lo que ya era, como el tiempo lo confirmó, su más íntimo deseo y convicción.

Luego de muchos avatares, cambios y un largo y paciente pulido del proyecto, el colegio se fue convirtiendo en una estructura en la que simultáneamente había dos cursos, a la mañana y a la tarde, desde sala de 3 hasta 6º año. Esto se consolidó en los últimos años, con una organización académica y con el desarrollo de los niveles artísticos con talleres, donde el eje se fue modificando. “Ya no era tan primordial que el colegio sea un pasaje a la universidad y nada más. Era más importante que los chicos pudieran descubrir cuál era el eje de sus vidas y aportarles herramientas que los ayuden a dilucidar qué proyectos quieren seguir”, dice Cecilia, y agrega Gustavo: “Hay un proceso paralelo e inherente a la idea pedagógica, basado en el propósito de qué institución queremos ser. Nosotros aprendimos con la experiencia en general, que la institución es en sí misma un proyecto, puede expresar un modelo de sociedad, un modo de relacionarnos, de crear vínculos de pertenencia, construyendo valores colectivos a través del reconocimiento, el desarrollo y la resolución de los conflictos y desafíos que nos hacen crecer”.

El cuentakilómetros marca el N° 432.000 contando desde aquel primer viaje en 2007, y mientras miro esta ruta tantas veces recorrida, el relato de los chicos no pierde intensidad y entusiasmo. “Fue entonces que empezamos a desarrollar estrategias de capacitación hacia el personal. Esto es parte del colegio, es inseparable. Empezamos a traer a referentes y herramientas para evaluar, pensar y analizar, y así capacitar al personal. También integración de la institución misma: hicimos una capacitación recreativa para trabajar los vínculos entre nosotros. También hubo un trabajo sobre el diseño institucional con la pregunta ¿qué

institución somos? Esto coincidió con un proceso de ir poniendo blanco sobre negro quién era quién en la escuela”.

Un aspecto que quiero destacar como “hermana mayor” es que Aníbal y yo recibimos cada año un completo informe de todo lo actuado por Cecilia y Gustavo. Y así pudimos comprobar el crecimiento edilicio, pedagógico y de matrícula que tuvo el colegio año tras año. Un crecimiento que no dejaba de asombrarnos. Y un concepto que repitieron siempre y siguen afirmando: el concepto de Equipo. Dice Gustavo: “En esa línea de construcción de la institución, se articula fuertemente a lo pedagógico con la construcción de un equipo de trabajo en lo docente. Cecilia lo fue haciendo en el día a día, bajando línea y trabajando junto con los docentes y los directivos”. Y Cecilia agrega: “armar el equipo es lo que más cuesta en una escuela, sobre todo en el colegio San Patricio, que era muy personalista y todo dependía de una sola persona. El problema es cuando esa persona se va. En una institución, todos somos importantes, pero nadie es imprescindible. Entonces, armar equipo y trabajar en equipo fue importante filosófica e ideológicamente”.

Otro rasgo importante es la continuidad. Porque si bien hubo cambios fuertes y profundos desde que Cecilia y Gustavo asumieron la conducción, también hay cosas esenciales que se mantuvieron: “El espíritu del San Patricio siempre fue humanista, espiritual, familiar, con la idea de que el chico vaya contento a la escuela. A esta conceptualización filosófica, nosotros la hemos tratado de representar en una lógica factible de ser planificada, transmitida y transferida, realizada en equipo, y que esto se traduzca en un programa de trabajo y no solo una idea filosófica que se puede interpretar de muchas maneras, como por ejemplo en la perspectiva maternal”, dice Gustavo. Cecilia agrega: “El maternaje que había era un maternaje sin ley. La ley soy yo, yo la aplico y es en el uno a uno. En cambio, nosotros pensamos que es una cuestión de “terceridad”. Nosotros hacemos un proyecto que está acá, la ley está acá, yo me someto al proyecto y a la ley, todos nos sometemos a la misma ley, y trabajamos de acuerdo a esta terceridad, que incluye el amor, el afecto y el respeto por el otro”.

Para finalizar esta reseña y dejar paso a “Mi compañera la esperanza”, me pareció importante incluir a continuación algunos fragmentos de distintos documentos fundamentales que explican esta nueva etapa que comenzó en 2007 y sigue en pleno crecimiento en la actualidad, cuando tenemos la dicha de festejar el primer medio siglo de vida de la institución.

Documentación

Carta de presentación del secundario publicada en el semanario El Fundador de Villa Gesell, agosto de 2007

Colegio San Patricio: Creación del Secundario Superior.

Vigencia y continuidad de una comunidad educativa.

La necesidad de extender nuestro proyecto educativo, a través de la creación del Secundario completo en el año 2008, surgió de la evaluación conjunta llevada a cabo con los diversos actores de nuestra comunidad geselina.

Junto al equipo de conducción del Colegio, nos hemos abocado a la construcción de este nuevo desafío, teniendo en cuenta los fundamentos filosóficos y la base ideológica que sostenemos desde nuestros comienzos.

Cuando pensamos en el secundario, no podemos dejar de tener en cuenta las características de la edad de los individuos que transitan dicho espacio, generalmente entre los 12 y 18 años. Etapa de la vida en la que ocurre una revolución tanto corporal como psíquica. Todo cambia y el sujeto que deja de ser un niño/niña y pasa a ser un adolescente para la sociedad, necesita encontrar su propio camino, construir su propia historia más allá de su familia pero no sin ella. Es un tiempo de ensayos, de vivir experiencias que lo confronten con sus propias inquietudes, de transitar distintos universos que lo ayuden a pensarse individual y socialmente, a jugar diferentes roles para encontrar en cuáles se juega su deseo.

Es por ello que consideramos que el secundario debe ofrecer dentro de sus posibilidades (académicas, sociales) esa diversidad, esa posibilidad de transitar por diferentes caminos.

Lo que no conocemos, no existe. Como responsables de la educación en esta edad de tanta ebullición consideramos importante ofrecerles una amplia gama de conocimientos. Estudiar y experimentar con ellos es la manera que tienen para descubrir intereses o rechazos. Todos conocemos ejemplos de chicos que descubren intereses jamás imaginados al cursar determinadas materias en el secundario.

Creemos que además de abrir el panorama de posibilidades, el secundario debe brindar una base de cultura general que permita construir nuevos conocimientos. Esto no significa que se haga hincapié en una educación enciclopedista, pero tampoco en un aprender a pensar sin contenido.

Conocer lo que dicen sobre determinado tema los diferentes autores que lo han estudiado permite ir tomando una posición propia frente a él. No se puede opinar sobre lo que no se sabe, a pesar que hoy los medios de comunicación muestren permanentemente lo contrario, ya que cualquier personaje mediático opina sobre cualquier cosa. La única manera de poder tener una actitud crítica frente a semejante avalancha de opiniones vacías (que influyen aunque no queramos en la vida cotidiana de todos) es el conocimiento; conocimiento que adquiere su verdadera trascendencia cuando está enmarcado por la dimensión del amor. El objetivo es formar adolescentes que puedan pensar por sí mismos, y que construyan esa capacidad de pensar desde el compromiso con la sociedad a la que pertenecen.

Es decir, no podemos pensar estos sujetos como individuos aislados, son parte de una comunidad que les ha permitido constituirse en lo que son, por lo que no hay que olvidar esto a la hora de formarlos, ya que ese ideal de satisfacción individual, inmediato y permanente que tan en boga está en nuestros días y que determina la subjetividad de la época, los envía a una insatisfacción crónica de la cual es muy difícil salir si uno no está advertido.

Esa satisfacción individual que no incluye al otro, al lazo social, produce estragos. A

pesar de que resulta muy difícil luchar contra dicho modelo, que se exhibe mediáticamente en forma ininterrumpida, no podemos bajar los brazos, es necesario ofrecer otro modelo en donde la satisfacción personal no excluya el lazo con el otro. Hace un par de años había una propaganda de un helado, en la cual mientras una chica lo saboreaba aparecía sola y con una cara de satisfacción absoluta; cuando lo terminaba la chica miraba horrorizada a su alrededor: estaba viajando en subte con muchas personas. Desde la sociedad de consumo vivimos invadidos por este tipo de mensajes donde la satisfacción pasa exclusivamente por el rato en el que se consume y si es sin compartir con el otro, mejor, más satisfacción personal.

En este otro modelo que consideramos necesario construir, el bienestar personal también pasará por el lazo social, porque el ser humano necesita del otro para vivir, y lo importante es que cada uno descubra mediante qué actividad desea enlazarse a ese otro. Desde la fundación del colegio en el año 1969, nos orientan los mismos principios: el valor de la libertad, sostenido en la importancia del otro, en los lazos afectivos y el saber adquirido, que permiten hacer uso de esa libertad haciéndose responsable de la misma. Ese es nuestro horizonte.

Finalmente, inspirados en la creencia de que “la fe y el amor en lo que hacemos son la fuerza de la vida”, estamos convencidos de que el Secundario es otro paso positivo en el crecimiento educativo de la comunidad y lo asumimos con el compromiso de siempre.

Mina Zoe Fernández de Zaldívar— Fundadora
Lic. Cecilia Labaké de Zaldívar — Coordinadora Pedagógica

Fragmentos de la carta del Lic. Gustavo Zaldívar publicada en el semanario El Fundador el 20/09/2009, dirigida a la Comunidad Educativa

(...) Nuestra integración se basó en la convicción del trabajo en equipo, en el respeto por el recorrido de cada uno, definiendo las diferentes responsabilidades y niveles de decisión en la nueva organización requerida por el crecimiento de nuestra Comunidad Educativa.

La idea de un programa de estudio que les brinde a nuestros chicos un amplio espectro de conocimientos y recursos para enriquecer y promover sus intereses y elecciones futuras, estimulando la continuidad de su formación en la educación terciaria y universitaria, fue firmemente acordada entre el equipo luego de analizar las necesidades y ofertas educativas existentes en la Villa.

Allí quedó establecida la modalidad en Ciencias Naturales, complementada con materias extraprogramáticas que conformarían un diseño al estilo del viejo Bachillerato Nacional.

Manos a la obra: el primer año construimos las aulas necesarias. Cayó, junto a alguna lagrimita, el generoso chalet que nos donara Don Carlos en 1972 y aparecieron los espacios físicos para seguir adelante.

Nos pusimos al día con los juegos del Jardín de Infantes, renovando material didáctico y construyendo baños de uso exclusivo. El año pasado construimos la segunda salida, el kiosco, las salas profesores y de reuniones múltiples, baños, tanques de agua y cañerías nuevas como toda la red eléctrica.

También construimos las Direcciones de Primaria y Secundaria, escaleras de circulación interna, instalamos un dispositivo wi—fi para todo el establecimiento y compus para el área administrativa y direcciones —esto con el aporte de una apreciada donación del Gobierno Municipal.

(...) En otro orden de cosas, es muy importante destacar que vivimos una transición en la que algunas de las personas que fueron protagonistas excluyentes de esta historia, han alcanzado el merecido derecho a la jubilación. Hebe y Nora en primer lugar, y Silvia y Aurelia, que seguirán este año el mismo camino. Todas ellas entrañables compañeras de Mini.

En esta breve enumeración de lo ocurrido en estos tres años, revivo el entusiasmo con el que hemos encarado toda esta tarea, la satisfacción que nos brinda cada logro, cada nuevo proyecto, cada situación resuelta, sea de aprendizaje, psicológica, afectiva, económica, así como la superación de algún desencuentro propio de cualquier familia.

Personalmente, quiero contarles que a veces siento que nunca me fui, que estoy en casa como siempre. Me sucede cuando recobro ese olor a pino tantas veces añorado, o cuando me acuna el rumor del mar, o cuando resuenan en cada rincón del edificio, los inconfundibles sonidos de la vida del colegio. Como antes, cuando vinimos con papá y mamá en el 69, como cuando hace 25 años volví con Cecilia y empezamos a construir nuestra familia pequeña. Como ahora, que los avatares de la vida me ponen frente a este desafío, que vivo con la alegría de la vuelta a casa, con la responsabilidad y el compromiso de continuar el sueño de Mini, con la naturalidad de aquello que llevamos como marca y con las convicciones adquiridas y consolidadas en nuestra propia experiencia de vida.

Hasta la próxima...

Lic. Gustavo Zaldívar, propietario y socio gerente de la SRL
Comunidad Educativa Colegio San Patricio

Palabras de Cecilia Labaké en la celebración de los 40 años del Colegio San Patricio, el 17 de marzo de 2009

“No es fácil para mí expresar sintéticamente lo que siento hoy. Mi responsabilidad, mi compromiso con esta escuela y este proyecto educativo, que respeta mis valores tanto como los de la familia Zaldívar en su totalidad, y los de cada ser humano en particular, está entramado de manera muy especial. Desde su origen viene enredado en un enjambre de sentidos. En primer lugar, nace del amor. Llegué aquí un verano, hace ya 27 años, al albergue que funcionaba en este sitio, ya que el colegio se sostenía en gran parte por el aporte económico que con gran sacrificio obtenía de los contingentes veraniegos. Inmediatamente conocí a quien luego fue y es aún mi marido y el padre de mis hijos. Gustavo, parte fundamental en esta historia, entroncado desde el comienzo con esta empresa audaz y loca, en el más hermoso de los significados, por ser hijo de la fundadora de esta institución que hoy cumple 40 años.

Ya que la historia en común es el mejor de los tesoros que tengo, es que espero estar a la altura de las circunstancias. Para llevar adelante el proyecto de la escuela desde la nada hay que estar un poco loco, desear hasta el tuétano, creer que es posible un sentido en este transitar de la vida.

Aquel 17 de marzo de 1969 Mini lo creyó así, y acá estamos para continuar aquel sueño, con nuestro bagaje de experiencias, estudios, recursos y esfuerzos, de modo tal que esta realidad que es hoy nuestra escuela siga llevando la marca indeleble de aquella docente que se atrevió a enfrentar todos los oleajes, todas las mareas.”

El secundario del San Patricio cumple 10 años. Nota publicada en el semanario El Fundador, y en las redes de difusión del colegio, el 1° de marzo de 2018

En Marzo de 2008 asumimos el gran desafío de construir y establecer el nivel secundario del colegio, a partir de una clara demanda de la comunidad y un insondable destino que nos convocaba a continuar la obra de Mini, fundadora de nuestro querido San Patricio.

Hoy nos encuentra con el mismo entusiasmo y deseo de seguir creciendo, buscando estrategias para que el colegio sea un proyecto vivo que responda a la realidad de nuestros alumnos y familias en el marco de nuestra comunidad geselina.

Siempre encontramos respuestas en las autoridades educativas y hoy particularmente nos sentimos orgullosos de haber sido elegidos por nuestra trayectoria y modelo pedagógico como una de las “Escuelas Promotoras” de la Provincia de Buenos Aires. Este modelo educativo que venimos sosteniendo desde hace tiempo impulsa el trabajo integral con los alumnos en proyectos interdisciplinarios donde se enfatizan los saberes coordinados, las calificaciones colegiadas y el seguimiento de trayectorias pedagógicas singulares a través de la figura del profesor acompañante de las mismas.

Esto va de la mano de nuestro horizonte educativo y que consiste en la formación de un sujeto ético, autónomo, crítico y solidario, que desarrolle su proyecto de vida en consonancia con las necesidades y problemáticas de su comunidad, generando lazos que enriquezcan el colectivo social. Agradecemos el apoyo incondicional de la familia y a toda la Comunidad Educativa que confió en nosotros haciendo posible este presente.

Cecilia Labaké — Gustavo Zaldívar

Inauguración del terreno y nuevo patio, nota publicada en el semanario El Fundador y en las redes de difusión del colegio, el 1° de marzo de 2018

Como todos ustedes saben, el colegio ha tenido un crecimiento sostenido que puso en evidencia la necesidad de mayor espacio físico. El esfuerzo conjunto, la voluntad y el profundo deseo de seguir creciendo, sumado al compromiso de esta querida comunidad educativa, nos condujo a la concreción de la ampliación del predio. Se trata de la compra de un terreno de 400m² lindante con el colegio, que nos permite extender el espacio de patio abierto y la construcción de una sala para los Docentes. Esto nos brindará a todos la calidad de vida que indudablemente será traducida en una mejor calidad educativa.

Nuestra alegría y agradecimiento a todos los que hicieron y hacen posible la consecución de este sueño nacido en el espíritu de su fundadora, Mina Zoe Fernández de Zaldívar y que hoy continúa y se multiplica a través de un extraordinario grupo humano y profesional.

Familia Zaldívar

II: Segunda edición

Damos paso al libro que escribimos codo a codo con Mini en aquel año 1995. Su voz permanece, no ha perdido vigencia.

Patricia María Zaldívar

Fue así...

Villa Gesell, abril de 1995

—¡Hola, mamá!

—¡Sí, Patricia! ¿Cómo estás?

—Bien, mami. Te llamo para preguntarte si compraste La Nación de hoy.

—Sí, ¿por qué?

—Fijate la última página. Un concurso literario. Lo organiza una empresaria que hace un tiempo escribió un libro con su experiencia personal.

—Me acuerdo del caso. Secuestraron y mataron a su marido.

—El concurso es para mujeres argentinas que hayan sufrido un problema en sus vidas, para que lo compartan y cuenten cómo fue superado. Ya hay más de doscientas historias presentadas. ¿Te animás? Yo te ayudo.

—Pero hija, te parece...

—¡Por supuesto! Vos narrá tu historia y entre las dos lo hacemos.

Y así se hizo. El concurso lo ganamos, la publicación prometida no se produjo. Hicimos un esfuerzo y acá está el resultado.

Mina Zoe Fernández de Zaldívar

Mi compañera,
la esperanza

con Patricia María Zaldívar

El pasado es un inmenso país.....
(Susan Sontag)

Preliminar

Las historias de vida como ésta, suelen nacer como una necesidad de comunicar a los seres queridos las vivencias personales e intransferibles que provocaron ciertas decisiones en la existencia de un ser humano. Quizás, y uno espera que así suceda, en el transcurso del relato el protagonista logre explicarse a sí mismo con más claridad la génesis de sus actos, en un viaje hacia adentro que lo lleve a conocerse, a comprenderse más. Y muchas veces, a perdonarse.

La misión de volver atrás es durísima. Pero la voz, cuando empieza a surgir, honesta, desgarrada, no quiere acallarse. No necesita más que un receptor sensible que quiera escucharla. Entonces, llega a destino, es decir, al corazón de los otros, y se produce la mágica comunicación entre los hombres. Imprevistamente, la magia se repite, supera el círculo de allegados y emprende un camino independiente hacia corazones anónimos, conmovedoramente solidarios.

Las páginas que siguen, lejos de abrigar pretensiones de Libro, relatan, sin un ápice de ficción, la vida misma de la protagonista, Para ser narrada, puesta en palabra escrita, requirió un proceso especial. Y aquí aparece el trabajo conjunto de dos personas: una, en la exhaustiva remembranza de sus experiencias, en la reseña y en el detalle, en la reflexión profunda y compartida. La otra, en la tarea de ordenar datos y vivencias, de elaborar la pintura fiel, y de re—crear cada acontecimiento, tratando de hacer invisible su mediación. Madre e hija en una experiencia integrada, que fue posible gracias al vínculo que las une, y al fervor puesto en la gestación de este testimonio, fundidas siempre en un abrazo de hermanas, de madres, de hijas. De mujeres, al fin.

Pero dejemos hablar a Mini...

Nadie fue ayer
ni va hoy,
ni irá mañana hacia Dios
por el mismo camino que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol
y un camino virgen
Dios.

León Felipe

Uno:

Amanecer

Para que leyéndolo me recuerdes alguna vez, si este amor nuestro que yo imagino eterno no lo fuera, por que lo hagamos juntos, si Dios concede esta suprema gracia que yo pido...

Cacho

¡Concedido!, debe haber contestado Dios inmediatamente. Sobre todo porque al terminar de leer esas líneas, yo me sumé al pedido, y fuimos, al instante, dos los que solicitamos esa gracia. Y porque el tiempo confirmó que Dios nos había escuchado.

Esta dedicatoria, que Cacho escribió en la primera página de una hermosa edición de las Rimas, de Bécquer, tenía como destinataria a una joven rubia de catorce años. La misma que hoy recuerda y se conmueve al tomar aquel libro entre las manos.

Cacho me llevaba seis años y medio y se parecía al actor López Lagar. Galante, a él le gustaba decirme que veía en mí un reflejo de la Joan Fontaine de "La Ninfa constante" (el cine formaba parte de nuestra vida).

Era amigo de mi hermano Totón. Salíamos en grupo, mis hermanos, sus amigos, mis amigas, las hermanas de Cacho. Papá y mamá nos dejaban disfrutar de nuestra juventud, vigilantes, pero afortunadamente algo avanzados para la época. Es decir,

no coartaban nuestra libertad. Estábamos en la mitad de los años cuarenta, en una Argentina bastante convulsionada. Comenzaba a perfilarse otra historia en el país.

Nosotros siempre habíamos pasado años felices. La casona en que vivíamos, en Banfield, era el lugar que cobijaba nuestra gran familia. Papá y mamá, nuestro abuelo el Coronel, y los seis hermanos.

Yo nací en aquella casa, el 16 de marzo de 1931. Me trajo Doña Paulina, la partera de toda la familia. Mamá ya había tenido otros tres hijos: Nora, cinco años mayor que yo, luego Romelio y al año siguiente Totón. Fui muy bien recibida: mamá esperaba una nena que se le pareciera y siempre me manifestó su alegría por mi nacimiento. Después nacieron dos varones más, Carlos en el 34 y Cuqui, el benjamín, unos cuantos años más tarde.

Me pusieron el nombre de mi abuela de ascendencia inglesa, Minnie Graham, la mujer del Coronel, que murió cuando yo había cumplido nueve meses. Con algunos reparos de parte del Registro Civil y una leve modificación, terminé llamándome como me llamo. El segundo apelativo se lo debo a una amiga de mi abuela. Debo ser única en el planeta con tan peculiar combinación de nombre y apellido. ¡Pero todo el que me conoce me dice Mini!

Pronto aprendí a disfrutar de la casa junto con mis hermanos. Gozábamos del ancho espacio de un fondo interminable, un frente muy amplio, más un centro de manzana que comunicaba con el Club Buchardo. Menciono el club porque mi abuelo Romelio fue su fundador, a mediados de 1905, y allí transcurría gran parte de la vida social banfileña. Los bailes eran frecuentes y nuestra familia no dejaba de concurrir. También nosotros, siempre con papá y mamá, asistíamos. Romelio (mi hermano y tercero en la familia con ese nombre) y yo (que tendría unos cinco años) bailábamos hasta el cansancio en el medio de la pista; dicen que lo hacíamos muy bien. Pero las actividades del club no se limitaban a lo social, también estuvieron dirigidas desde el comienzo a obras de fomento de real importancia para la tranquila comunidad de Banfield.

Tuvimos una infancia y juventud muy gratas. A papá le gustaba llevarnos de paseo. Salíamos todos en auto, cantando, hasta Santa Catalina, un campo donde ahora funciona la Universidad de Lomas de Zamora; entonces un gran parque arbolado. En carnaval, en aquella época muy festejado, la diversión no tenía fin. En Banfield todos aguardaban el famoso corso, que era un gran acontecimiento esperado y disfrutado por toda la gente. Los trajes se preparaban para la ocasión y en los disfraces se ponía de relieve la imaginación de cada uno. Era un gusto ir paseando en medio de la concurrencia, luciéndonos y admirando el ingenio de nuestros vecinos, y tratando de adivinar sus identidades ocultas tras los antifaces y, en algunos casos, detrás de las caretas que tapaban toda la cara. Volaban serpentinas y papel picado; con los populares pomos se arrojaba un líquido frío que se evaporaba enseguida. Estos juegos no eran agresivos, no había peligro alguno, y se continuaban después con concursos de disfraces y bailes. En esos días, a menudo papá se entretenía mojando a sus pichones con la manguera en el patio de la casa, y todo se transformaba en risa. Con el tiempo el festejo del carnaval fue desapareciendo, estas diversiones sanas donde participaba toda la familia poco a poco fueron perdiendo la inocencia, y su ingenuidad se vio desvirtuada, y se llegó, en épocas posteriores, a la prohibición de estas manifestaciones por violentas.

Nuestro hogar era centro de reuniones. Se preparaban grandes comidas, porque en esos días no resultaba tan costoso, la gente acostumbraba a invitar en las casas de familia y a congregarse a muchos alrededor de la mesa. Venían a visitarnos la familia de papá, sus tíos y primos, los hermanos de mamá, y la abuela María, viuda desde muy temprano, joven todavía y ya canosa, rellenita y con eterno rodete.

El abuelo, Coronel Romelio Fernández, siempre fue un personaje en la zona, y vivíamos con él. Había empezado su carrera muy chico, a sus doce años, en tiempos de Julio Argentino Roca. Luego había participado de la Campaña al desierto, y conservaba su uniforme y sus recuerdos en una vitrina, incluso una foto de sus comienzos que lo mostraba vestido de militar y rodeando al General Roca

con toda la oficialidad, que lo consideraba como su mascota, y que a nosotros nos conmovía tanto. A mis nietos, hoy, es probable que no les impacten de igual manera los hechos militares. Los tiempos han cambiado y las nuevas generaciones miran las gestas de nuestros antepasados con otros ojos. La marcha de los acontecimientos nos ha llevado a un intenso cuestionamiento, generalmente justo y comprensible, pero otras veces no tanto.

Tengo en mi poder una biografía de mi bisabuelo, Coronel Don Néstor Fernández, que fue editada en 1968, con motivo de la colocación de una placa conmemorativa en el Barrio Lisandro de la Torre, en Rosario de Santa Fe. Nacido en esa ciudad en 1832, participó en numerosas campañas. Luchó en el Ejército Grande del Gral. Justo José de Urquiza, en la batalla de Cepeda; en la batalla de Pavón integrando el Batallón Caseros; en las campañas de Entre Ríos con el Batallón Rosario, y en el B. San Martín entre 1877 y 1890. Según consta en su foja de servicio, fueron cuarenta y cinco años sirviendo con lealtad y patriotismo a la Provincia de Santa Fe y a la Nación. Forma parte inextinguible de nuestra historia.

El escritorio y sala de armas del abuelo fueron cuartos mágicos para mí. Cuando recibía visitas de sus amistades, los chicos no sabíamos de la importancia de esos personajes: el Tte. General Pablo Ricchieri, Edelmiro J. Farrell, que había sido Ayudante de Campo del abuelo y que fue más tarde Presidente de los argentinos, en circunstancias muy controvertidas de nuestro país; el Gral. Martínez Pita, el Gral. de División Basilio Pertiné, quien fuera luego intendente de la Capital. Tantos otros...

Nuestro abuelo había sido Secretario de Ricchieri cuando éste fue Ministro de Guerra. Se palpitaba en casa un ambiente de participación cívica que mamamos imperceptiblemente. Esto fue lo que marcó en mí, quizás, una conciencia, un interés genuino por cualquier acontecimiento político que tuviera en vilo al país.

Detrás del patio, después de los ciruelos, las mandarinas, la higuera, y hasta exóticas plantas de guayaba, de granada y de lima—limón (especies que el abuelo había comprado especialmente), más allá de las enredaderas de glicinas y las

magnolias, allí donde estaba la cocina, las habitaciones para el personal de servicio (que era parte integrante de la familia) y el garage, poseía el Coronel su lugar privado. Sus pertenencias bien conservadas, además de lanzas, trabucos, rifles, medallas y monedas antiguas y quién sabe cuántas reliquias más, a las cuales los niños de la familia no teníamos acceso. Con el tiempo estas cosas fueron donadas al Museo de la ciudad de Rosario, de donde el abuelo y su padre, a quien ya nombré, eran oriundos.

En las Fiestas Patrias, era habitual que la Banda Militar ejecutara el Himno Nacional en la esquina de nuestra casa y él ocupara un sitio de honor.

Cuando murió, en el 39, el cortejo fúnebre recorrió la ciudad. Los comerciantes cerraban los negocios a su paso, en señal de duelo. De la mano de mi niñera, lo vi pasar, mientras mis compañeros de escuela, en formación, junto a docentes y alumnos de todos los grados, arrojaban flores blancas como despedida. Jamás olvidaré esas imágenes.

Luego nos mudamos a la vuelta, sobre la calle Alsina. Papá y su hermano Guillermo vendieron la casa grande y nosotros nos fuimos a esta otra, larga y con tres patios, de las llamadas casas chorizo. Luego de la mudanza, no sé que habrá ocurrido con la gran pajarera del abuelo, que con su fuente central, sus brillantes y hermosos tordos y la enorme jaula que formaba un departamento repleto de canarios de diversos amarillos, era llamativo espectáculo para nosotros y los vecinos que la apreciaban desde la calle Maipú.

A este domicilio llegó un día Totón con su amigo Aníbal, mi Cacho. ¿Habrá sido para algún baile, quizás? Es lo más probable. Solíamos dar fiestas, llenar la casa de amigos. Las llamábamos asaltos, y se organizaban de manera que las chicas aportaban la comida y los varones la bebida. Nuestros padres preferían conocer a nuestras amistades, que las trajéramos a casa. En el gran espacio de nuestro jardín armábamos el escenario de la fiesta, cerrándolo con toldos, y allí bailábamos hasta la madrugada. Cacho tuvo gran aceptación entre las mujeres, por su trato dulce y

gentil y su aspecto de actor de cine. Tanto que en la revista Radiolandia salió un comentario acerca de un primo o pariente de Pedro López Lagar, "descubierto" por los periodistas en la zona de Banfield y Lomas...

A papá le cayó bien enseguida este muchacho amable, fino, cortés, buen mozo y con un toque bohemio. Tenía en los ojos cierta ensoñación que conservó toda su vida. Gran habilidoso con la pelota de fútbol, hubiera tal vez llegado a jugar en San Lorenzo, su club preferido, si su padre no hubiese opuesto resistencia. Cacho me gustó de entrada y papá se dio cuenta.

María Luisa, mi madre, por el contrario, guardó cierta reserva.

Soñaba para esa hija un destino de progreso. Un marido próspero, seguro en holguras económicas que a la niña rubia poco le interesaban. María Luisa frunció un poco la nariz ante el romance, pero no se negó. Del mismo modo reaccionó cuando la niña decidió ser maestra.

—Es bueno tener una profesión —dijo con justas razones— ¿Vas a ser sólo maestra? Mirá a tu hermana, que ya es Licenciada en Química.

Mamá, mujer con sobrada fama de inteligente, a los quince años se recibió de Bachiller y a la misma edad era concertista de piano (la "Bella del piano", según las crónicas periodísticas, no sólo del periódico local, sino también de los principales diarios del país, como "La Nación", "La Prensa", etc.). A los dieciocho ya tenía el título de dentista. En una época en la cual las mujeres no estudiaban, habitualmente sólo se les permitía el estudio del piano y del francés. Además, lucía una belleza fresca que fue motivo de orgullo hasta el fin de sus días. Así como su madre, miedosa de los riesgos a correr, no la dejó aceptar una beca para perfeccionarse en piano, con destino a Europa, tampoco le permitió estudiar medicina, y fue entonces, dentista.

Mi abuelo materno, Ernesto Giudici, Contador Público y alto empleado del Correo Central, había muerto cuando mi madre contaba cinco años, dejando a la abuela María con cinco hijos. La recuerdan algunos, todavía, como aquella amable mujer que se ganó la vida trabajando como Jefa del Correo de Banfield.

Mujeres que tuvieron que defenderse y luchar, a toda costa, para criar a sus hijos. Como mamá, a su manera; como mi hermana Nora, como yo. Con matices diferentes.

Al igual que tantas familias argentinas, en nuestras venas palpita sangre de diversos orígenes, de países ahora no tan lejanos como antes nos parecían. Llevamos sangre criolla, de varias generaciones, del lado del Coronel; inglesa y norteamericana por parte de nuestra dulce abuela Minnie. Y la línea italiana, de los Giudici Toretti, nuestros bisabuelos venidos de Milán, concretando una historia de amor de novela, que incluyó matrimonio sin el consentimiento familiar, huída de Italia y viaje secreto hacia estas tierras.

Mi madre, señora que solía imponerse, haciendo, sin embargo, lo que creía con honestidad significaba lo mejor para todos, era capaz de pasar la noche en vela con alguno de sus hijos, ayudándolo para rendir materias de la facultad o exámenes de ingreso al secundario. Además de poseer autoridad natural, fue dueña de un gran tesoro: papá. Tenía en nuestro padre un compañero sabio que sabía contenerla. Y sobre todas las cosas, los hijos percibíamos que se amaban, y nos sentíamos beneficiarios de ese amor.

Por mi parte, siempre fui perseverante.

Seguí de novia con Cacho y fui sólo maestra. Mi verdadera vocación.

Además del trabajo y del estudio de cada uno, Cacho y yo frecuentábamos amistades, gente querida. Con el mismo grupo que formaban hermanos y amigos, y el infaltable Bebe Gini, el menor de los tíos de Cacho, salíamos. Ibamos a bailar a Los Plátanos, lugar de moda en Adrogué. Amábamos los tangos de Di Sarli, de Angel Vargas, que cantaba en la orquesta de Angel D'Agostino, Los ángeles del tango; la música de Aníbal Troilo. Cacho y yo teníamos, como todos los novios, nuestra canción: La capilla blanca, de Di Sarli, nos llegaba al alma y nos ponía alas en los pies.

Tampoco nos privábamos de asistir al cine continuado, en Lomas y en Banfield. No nos perdíamos las películas de Robert Taylor (mi abuela María lo vio siete veces en El puente de Waterloo, sumida en incontenibles suspiros). Y los ya clásicos Clark Gable, Mervin Douglas, Tyrone Power, Bette Davis, Bárbara Stanwick, Henry Fonda, Charles Boyer (¡qué miradas!), Gregory Peck (Las llaves del Reino, ¡qué película!), Green Garson, Walter Pidgeon, Fred Astaire (¡una maravilla!), Ginger Rogers, Betty Grable... y todos aquellos que nos hicieron soñar infinitas veces.

Más adelante, con el dinero de nuestros sueldos, organizábamos salidas a los lugares lindos de Buenos Aires: el Shorton Grill, La Emiliana, el Petit Café, El Aguila, El Molino, o nos gratificábamos con el sencillo placer de comer pizza en Las Cuartetas. Con mis cuñadas y sus novios también solíamos ir bailar a Olivos, en verano, y al teatro o a escuchar a René Cospito, tal vez en "Goyescas", o algún lugar por el estilo. ¿Cómo no evocar asimismo aquí, a Lolita Torres, que nos deleitaba con sus canciones y bailes españoles?

Con el tiempo Totón se casó con mi amiga Olga, y Romelio con Raquel. Nora instaló su propio laboratorio en los fondos de nuestra casa, y yo comencé como maestra de grado, en el año 49, como suplente en la Escuela N° 10 de Banfield. A los tres meses, ya era titular en la escuela N° 5 de Lomas de Zamora, ubicada en la calle Castelli, ya en sus últimas cuadras, en un barrio llamado La Quema, por su cercanía con el lugar donde se incineraba la basura.

Cacho estudiaba Agronomía y trabajaba en el Ministerio de Agricultura, en la Dirección de Tierras. En esa época se creó el I.N.T.A., y uno de sus compañeros de tareas y también amigo, llegó a ser en 1972 titular del Ministerio de Agricultura.

Aquel día inolvidable, mamá había finalizado su cuidadoso arreglo personal. Papá, mientras esperaba, se había entretenido en un partido de canasta conmigo. Iban al cine, a dos cuadras de casa. Daban "EL triunfador", con Kirk Douglas.

—María Luisa, andate vos primero, que ya te alcanzo. Nos faltan unas manos para terminar el juego —dijo él, amable con las dos, como era típico de su carácter. Le dio a su mujer una palmada de aprobación y ella partió feliz.

Olga, mi cuñada, daba de mamar a su segundo hijo, a mi lado. En la cabecera, Bocho, mi primer sobrino y ahijado, jugaba tranquilamente, sentado en su sillita alta.

Afuera era de noche. Papá, sonriente y cariñoso, mezclaba las cartas. Hizo el reparto; luego, acomodé mi juego.

—Te toca jugar, papá.

No contestó.

Sentada frente a él, vi de repente que se le torcía la boca en una mueca extraña y desconocida. Soltó las cartas y bajó los brazos; cayó hacia adelante.

Olga y yo nos dimos cuenta de que el cuadro era grave, presentimos lo peligroso de su estado.

La hipertensión, sin buenos tratamientos como ahora, le había provocado un derrame cerebral. No lo sabíamos aún en el momento en que le avisamos a Nora, que corrió desde su laboratorio. Mandamos llamar al Doctor Víctor Raúl Miatello, y mientras tanto, llevé como pude a papá hasta su cama. Le aflojé con dificultad la ropa. Alguien fue a buscar a mamá, Olga se ocupó de sostener a sus niños. Pronto vinieron todos, nuestros hermanos, familiares y médicos, que lo atendieron afanosamente, pero papá falleció a las dos horas. A los cincuenta años, edad que significó luego casi un estigma para las tres mujeres de la familia original.

Mi madre se encerró en la casa. Dijo las palabras más terribles, todo aquello que le dictaba su angustia y desesperación. Nunca vi un luto tan largo. Debe haber guardado luto por veinte años.

Ella, que había vivido en Banfield, en Salta y en Goya como una dama, esposa de Ingeniero (papá tenía el título de Ingeniero Agrónomo, especializado en Tabaco, estudios estos cursados en Cuba y en los Estados Unidos), habituada a ser blanco de honores, acostumbrada a lucirse, con el orgullo de poseer una familia numerosa

y un marido buen mozo, inteligente y excelente persona, no resistió la pérdida. ¿Y quién la hubiera resistido, al menos al principio? ¿Ante un revés tan brutal, quién se atrevería a juzgarla, quién que no haya estado en su lugar?

Aún cuando era joven y podría haber retomado su profesión (que sólo ejerció tres años, antes de casarse) o haber iniciado alguna actividad, se negó totalmente. La viudez la convirtió en una mujer de espaldas al mundo exterior, dedicada a sus hijos, puertas adentro, como si ya no encontrara sentido en mostrarse, sin su Romelio. ¿Su orgullo habrá tenido que ver en esta decisión?

El doce de octubre del 51, el mismo año en que muere papá, Cacho y yo nos comprometimos. Yo con un vestido negro, porque aún estábamos de luto. Esto se consideraba de suma importancia. Recuerdo que la primera vez que salimos a la calle, después de un período de duelo estricto, para visitar a papá en la bóveda familiar del Cementerio de Lomas de Zamora, mamá, Nora y yo vestíamos de negro y con sombrero y crespón rigurosos. Recién durante el segundo año llevamos medio luto, pero mamá, como ya conté, tardó años en variar la vestimenta.

Ese día de octubre que elegimos para comprometernos, era aniversario de aquella inigualable fiesta corrida del año 44, cuando pasamos la tarde de campo más hermosa en la Cabaña Espíndola, todo el grupo de hermanos y amigos, divirtiéndonos con juegos, cabalgatas y adivinanzas y después, a la noche, fuimos a bailar. Allí ocurrió que Cacho, el codiciado por todas, me distinguió con su atención. Fui yo, la más pequeña, la que se creía con menos posibilidades, la elegida por él. Para mis trece años él era (y siguió siendo) el galán de mis sueños. El mismo que me besó por primera vez en la mejilla, seis meses después, al salir de Los Plátanos. Suficiente para que yo casi muriera de amor en plena calle.

Tuvimos un noviazgo largo y feliz. Veraneos hermosos en Mar del Plata y en Miramar con nuestras familias y amigos. Estadías inigualables en la estancia de un

viejo amigo de papá, Remigio Sola (dueño en esa época del casino de Mar del Plata), ubicada en Chascomús, con mis hermanos y sus compañeros. Así, disfrutábamos de nuestro amor con alegría y confianza.

El 16 de enero de 1954 nos casamos, y compartimos la vida con mamá, que siempre me había manifestado su deseo de vivir conmigo, en la casa de la calle Alsina. También vivían allí mis hermanos solteros: Nora, Carlos y Cuqui.

El país había cambiado sustancialmente. Tanto que la situación se había vuelto difícil, y mamá, una vez viuda, había tenido que sostenerse con la pensión de su marido, y había ido vendiendo los bienes que heredara, a fin de darles estudio a sus hijos.

Ya no era como en aquellos viejos días, en que los hombres como mi abuelo solían ayudar con mano abierta a quienes se lo pedían. Generosamente, sin firmar un solo documento, con el único valor de la palabra de caballeros. Los valores y los hombres, según parece, nunca más fueron los mismos.

Me viene a la memoria una anécdota que papá contaba, referida al Tte. Gral. Ricchieri. Cuando era Ministro de Guerra y mi abuelo su secretario, habiendo implementado ya el servicio militar obligatorio, hace un viaje a Alemania a comprar armas para el Ejército. Concretada la operación, a su regreso recibe del gobierno alemán un valor de 10.000 pesos por su gestión. Inmediatamente pide autorización para presentarse al Congreso de la Nación, y allí devuelve el dinero, por considerar que sólo había cumplido con su deber y esa suma no le pertenecía.

Asimismo recuerdo un hecho similar que relataba María Inés, hermana de mi suegro, acerca de su padre, Pedro Fernando Zaldívar. En el año 1910, durante la presidencia de Figueroa Alcorta, se conmemoró el Centenario de la Revolución de Mayo, y en la ciudad de Buenos Aires se organizaron grandes festejos, con la asistencia de la Infanta Isabel de Borbón y otras destacadas personalidades extranjeras, políticos e intelectuales. Don Pedro era un importante funcionario de la

Municipalidad de Buenos Aires, a cargo de la Oficina de Tránsito. Como integrante de la Comisión Municipal del Centenario, se le encomienda la tarea de iluminar la ciudad para el acontecimiento, y se le asigna un monto de dinero para tal fin. Una vez realizado su trabajo, él se apura celosamente en devolver el efectivo sobrante, y recibe del Intendente Manuel Güiraldes un espontáneo "reto" : "¡Pero Zaldívar!". "Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho", reza la frase evangélica. Como dato significativo, existe en Buenos Aires una calle que lleva el nombre de Don Pedro. Es una calle breve, sin salida, que tiene numeración del 3.200 al 3.300. Del origen de esa iniciativa, nada sabemos los descendientes de esta rama familiar que vivimos hoy en día.

¡Qué prestigio revestían los cargos públicos! Mi padre había sido Director de Tabaco, y mi suegro, empleado Municipal, y luego, Director de Cultura y Director de la Biblioteca del Concejo Deliberante, en una época donde estos puestos significaban un alto honor. Pero después estos empleos empezaron a ser bastardeados, a mi juicio, al menos en ese período de nuestra historia, y comenzó a desaparecer una raza de hombres con características irrepetibles.

Vino también lo que se llamó Agio y Especulación, los precios aumentaban sin relación a los sueldos, y la clase media se empobrecía.

Cacho estaba contratado en el Ministerio de Agricultura, y justamente quince días antes de nuestra fecha de casamiento suspendieron a todos los no tenían nombramiento efectivo. La fiesta íntima, donde reunimos a nuestros seres queridos, la debimos pagar con nuestros sueldos y unos pesitos que habíamos ahorrado.

¡Nos habíamos casado, al fin! Fuimos de luna de miel a Miramar, en tren, como se acostumbraba entonces. La felicidad fue completa para nosotros.

—¡Qué linda esta imagen! —dice hoy mi hija mirando una fotografía de nuestro casamiento—. Están brindando, ¿ves? Es un brindis que celebra lo que nace, que hace votos por la felicidad futura, y ese debe ser el objetivo de todos los brindis, ¿no? Pero observá, mamá (¡qué linda que estabas!), que las miradas que se entrecruzan no se parecen, no hay una igual a otra, y los presentes levantan sus copas con sonrisas diferentes, amplias o tímidas, según cada persona.

—Fijate —agrega— que vos, que siempre sonreís a pleno, estás aquí apenas esbozando una sonrisa, y con los ojos llenos de melancolía. ¿En qué pensabas? ¿En lo frágil que es la dicha alcanzada? ¿Qué pasaba por tu cabeza hasta ponerte sombra en la mirada? Papá, en cambio, mira al fotógrafo con seguridad, firme en alto su copa llena. A su izquierda, María Luisa y tu hermano mayor hacen lo mismo. Tus suegros, Tona y Aníbal, tan elegantes, también miran al fotógrafo, unidos como lo eran, y él, señorial, alza con gracia el brazo y lleva la mano libre a la espalda para acentuar el gesto.

—Mirá, mamá, te voy a decir algo: me quedo con esta foto, desde ahora es mía. ¡Por favor!

Se la llevó, decidida, y luego me escribió un papel con estas palabras:

"Ustedes se casaron en el verano del '54. Después vinieron muchos eneros... Me acuerdo que los celebrábamos con mantel de hilo (bordado para tu ajuar) y copas finas para renovar el brindis. Era un verdadero festejo que hoy repetimos.

Brindamos, cómo no, por otros motivos. Entre los cuatro hijos, los hijos políticos y los nietos... ¿cuántos sumamos? Nos gusta juntarnos. Sobre todo compartimos la alegría de poder reunirnos todos, ya que estamos esparcidos por este país querido.

Creo que cuando alzamos las copas, se produce la mágica y eterna repetición de gestos heredados.

Creo, con firmeza, que la mirada de amor también se hereda. La forma de abrazar o de reír. La ternura, el modo de enojarse, de expresar rabia o aflicción. El gesto de

cansancio después de un día muy largo. Heredamos también ciertas palabras claves. Ideal, amigo, vocación. Y otras más pequeñas, imperceptibles y maravillosas palabras cotidianas. Cosas que de algún modo misterioso se grabarán en el corazón y en el lenguaje de nuestros hijos.

Sin duda, un detalle cualquiera quedará impreso en una foto, a fin de que en el futuro, a alguno de ellos le inspire un breve discurso alusivo, igual que a mí (disculpame por la lata), en este momento".

Dos:

Cambios

Cacho y yo, durante varios años, vivimos en la casa de Banfield, con mi madre, mis hermanos y con los tres primeros hijos que nos fueron llegando, con igual espacio de dos años entre ellos: Patricia, Aníbal y Gustavo.

Vivíamos del aporte común que hacíamos, Cacho con su trabajo en el Ministerio, al que fue reincorporado, y más tarde con otro puesto en los laboratorios Brand, sumando mi sueldo de maestra.

En tiempos de Alsogaray, mi marido tuvo que renunciar al cargo en el Ministerio, por un decreto o disposición de la cartera de Economía, que prohibía el horario corrido, impidiendo que los empleados ocuparan dos puestos. Siguió, entonces, trabajando de Visitador Médico, y así nos arreglamos bastante bien.

A Cacho no le agradaba este tipo de ocupación. El, un hombre profundamente pensante, sensible, con grandes condiciones intelectuales, siempre había querido estudiar Filosofía y Letras. Le gustaba escribir, leer. Cuando fue a inscribirse y se encontró con mujeres y solamente mujeres, dudó. Sinceramente, todos contribuimos a desalentarlo.

Yo misma (¡qué pena!) le aconsejé que eligiera otra cosa, más "práctica". Finalmente, optó por Agronomía. Recuerdo que mi padre era profesor de Cultivos Industriales en esa facultad; mis hermanos mayores estudiantes, a su vez, de la misma carrera. El padre de Cacho le había expresado que Agronomía era la carrera del futuro. Cursó hasta el quinto año; el día en que nació nuestra hija había

terminado de aprobar los trabajos prácticos. Luego llegaron más hijos y las cuestiones domésticas nos ocuparon los días, Cacho nunca rindió aquellas materias finales. ¡No le gustaban! Pero su voluntad lo había hecho sacrificarse así.

Aun con problemas de salud que fue manifestando cada vez con más frecuencia, no se rendía. Sus jaquecas eran causa de dolor y preocupación, pero distintos análisis y exámenes le habían dado siempre bien. El mismo Doctor Víctor Miatello, profesional distinguido por sus pares con el 2º Premio de Medicina del país, investigador del Instituto Pombo (que se dedicaba al estudio de las funciones renales), nos dijo, y repito textualmente, que "no había nada que justificara una posterior investigación", después de una serie de estudios exhaustivos. La misteriosa jaqueca obedece a veces a causas difíciles de descubrir, como un enemigo que nos acecha y no acertamos a vislumbrar su escondite.

Con los años, la vida nos trajo más felicidad y más complicaciones. Había que mantener a la familia. Seguíamos, de todos modos, haciendo proyectos. Por el año 64 estuvimos a punto de retomar nuestros estudios. Cacho, su anhelada Carrera de Filosofía y Letras, y yo, Ciencias de la educación. Habíamos comenzado a estudiar juntos y nos disponíamos a rendir el ingreso cuando se anunció un nuevo hijo, nuestro querido Fernando. Suspendimos el plan a raíz de este otro feliz acontecimiento. Y además, fue determinante el estado de salud de Cacho: las jaquecas no cedían.

Luchábamos juntos. Siempre. La lucha nos acercaba, y todo se endulzaba con amor.

En la etapa de las presidencias de Perón sufrimos inevitables grietas en la familia. Era doloroso ver enfrentados padres e hijos, hermanos entre sí. Ciertas personas que nos tocaba tratar en la calle, en el trabajo, en la vida cotidiana, gozaban en la insistencia fanática por imponer sus ideas. En ocasiones, incluso, no había paz en la mesa familiar y tampoco en los círculos que se frecuentaban habitualmente. Se fluctuaba entre creer y no creer en Perón, estaban los que habían confiado en él al

principio y luego se habían desilusionado, y los que lo seguían a muerte; muchos eran los que lo detestaban. Se perseguía a los contrarios, se sacaba a la gente de sus casas por la fuerza, el clima era de guerra. Los ánimos se caldeaban y nosotros, con Cacho (tan sensibles, siempre, al vaivén de los acontecimientos políticos), nos amargábamos profundamente.

Periodistas y escritores han tocado el tema con gran objetividad, y los que hemos vivido en aquellos tiempos de democracia autoritaria sabemos a lo que se refieren: los medios de comunicación al servicio del gobierno, la afiliación obligatoria, el cierre de diarios opositores, el conflicto con la Iglesia. En medio de esto, la figura controvertida de Evita, que concitaba la adoración de los más humildes. Personaje trágico, quizás. Su muerte trajo todavía más dolor y más desbordes.

La veneración por ella fue incontenible. Se proyectaba entronizarla en las iglesias junto a la Virgen. El gobierno fomentaba estas cosas. Por la radio se oía: son las ocho y veinticinco, hora en que la señora Eva Perón pasó a la inmortalidad. Al mediodía hablaba "Mordisquito", haciendo comentarios de actualidad sumamente tendenciosos, tan favorecedores del gobierno que nos irritaban al punto de amargar nuestros almuerzos. Muchas veces he pensado cómo pudo ser que una persona inteligente como Enrique Santos Discépolo se prestara para este tipo de cosas.

A mí, maestra, me disgustaba tener que enseñar a leer con textos como "Perón es como mi papá", "Evita es como mi mamá". Recuerdo el día que me obligaron a pronunciar un discurso en la escuela, justamente a mí, en "desagravio" a Evita. Me negué, enferma, avasallada por imposiciones típicas de dictaduras, y terminé peleando con mis propios hermanos. Fue luego de la polémica Procesión de Corpus Christi, tradicional fiesta católica.

Aquel sábado de junio de 1955 asistimos con Cacho a la procesión. En multitud marchábamos cantando "Salva al pueblo argentino", gritando ¡Viva Cristo Rey!, y por momentos, al pasar frente al diario partidista "La Prensa", haciendo un silencio conmovedor. En perfecto orden, en unidad espiritual, sintiendo todos la necesidad

de defender nuestra Iglesia y nuestra Patria. Los sentimientos estaban muy mezclados, sucedían cosas muy trágicas, muy injustas.

Recuerdo a los ancianos padres del Padre Brié, caminando compungidos, delante de nosotros. Primo de Chana Ansaldo, este sacerdote estaba preso y todos sabíamos que se lo torturaba brutalmente.

La radio difundía noticias falsas, como la que anunciaba que los católicos habíamos quemado la bandera y arrojado alquitrán al busto de San Martín.

Al día siguiente, Cacho fue convocado para defender las iglesias de la Capital, que junto con el Jockey Club eran objeto de ataques e incendios intencionales. Fueron con Horacio Bosio, un amigo de siempre, a la Catedral de Lomas, y allí se les comunicó que les habían asignado la Basílica San Nicolás de Bari, en las calles Santa Fe y Uruguay. Se trasladaron en grupo hasta el lugar, donde les dieron armas, pero afortunadamente la cuestión no pasó a mayores.

El 16 del mismo mes se levantó la Aeronáutica y bombardearon Plaza de Mayo. Allí estaban Cacho y sus tres hermanas, cada cual en su puesto de trabajo, y se vieron sorprendidos por un conflicto que fue rápidamente reprimido, y así y todo causó muertos y heridos. Cacho, contó más tarde, se acercó hasta la Plaza para ver lo que pasaba. No medía el peligro: personas conocidas por nuestras familias murieron al ser alcanzadas por ráfagas de ametralladoras en la calle.

Era un día de semana, y yo estaba en casa con nuestra hija de siete meses. En Lomas, mi suegra y sus vecinos escuchaban la radio uruguaya que informaba de la situación. Se describían escenas tremendas. Las iglesias se habían constituido en lugar de refugio. Para escapar en los trenes, se trepaban a las locomotoras. En la casa de Lomas aumentaba la desesperación. ¿Qué suerte estarían corriendo hijos y familiares?

Mi suegra, llamada con cariño Tona, se sintió enferma por la preocupación y la incertidumbre: sufrió un derrame cerebral a raíz de la presión sanguínea altísima, que fue imposible controlar. Cuando llegaron sus hijos y demás familiares estaba ya en estado desesperante. Guardo en mi memoria el instante en que fui a recibir a

Cacho a la estación de Banfield, para prepararlo lo más suavemente posible a enfrentar tan desgarradora situación.

Encarnación, "Tona", nacida en el 1900, igual que mi padre, murió, como él, repentinamente. Dos irreemplazables seres de gran bondad y calidez humana, dos abuelos jóvenes todavía.

¿Qué puedo agregar a estos desgraciados sucesos, a la pena enorme de perder a nuestros seres queridos de manera tan cruel, abrupta e irremediable?

El levantamiento del 16 de junio de 1955 fue abortado, pero luego, en setiembre, se produjo el golpe que derrocó a Perón. Con Cacho fuimos a la plaza a recibir a Lonardi, que venía de Córdoba, y muy cerca de él, lo oímos pronunciar su famosa frase "Ni vencedores ni vencidos", que nos llenó de idealismo. Nos pareció que acertaba a poner una nota de moderación entre tanta violencia. Después, lamentablemente, tuvimos que ser testigos de los fusilamientos que muchos recuerdan y que fueron tal vez, en ese momento histórico, el máximo escalón en aquel drama de nuestro país.

Nuestras familias estaban también convulsionadas, continuaba la disparidad de opiniones; en todos calaban hondo los cambios, llegando hasta lo más profundo. En este clima fueron creciendo nuestros hijos. Un clima de amor, de trabajo, de lucha, de dolor, de pasión. Y muchas veces, de resistencia.

Mi hermano mayor había cursado la carrera de Escribanía, después de recibirse de Ingeniero Agrónomo. En la parte delantera de nuestra casa instaló la oficina. Nora seguía con su laboratorio en la sección trasera, así que nosotros pasamos a vivir en medio del movimiento lógico que esto generaba. Con Cacho pensamos en mudarnos a una casa más pequeña y más tranquila.

¿Seguiríamos en Banfield? ¿Por qué no intentar más al sur, en algún sitio querido por los dos? Cacho había vivido en Adrogué con sus padres y hermanas. Buscamos casa por ese lado.

Romelio compró la vivienda de la calle Alsina. Los hermanos recibimos nuestra parte de la venta, y mi madre la suya, la mitad del valor de la propiedad. El dinero que me tocó en suerte fue fundamental para lo que siguió en nuestra vida.

Mamá me había manifestado su deseo de vivir conmigo, así que a medias compramos un chalet en Adrogué.

Dicen mis hijos que allí escucharon por primera vez la expresión "boca de lobo". Fue la noche en que nos mudamos. La casa estaba en la calle Alsina, sin asfalto y con poca iluminación, y mientras avanzábamos, caminando desde la estación, la frase que usó mamá hacía referencia con indisimulada aprensión a la manzana oscura donde se encontraba nuestra nueva vivienda.

Para nosotros, de cualquier modo, todo estaba en orden, pero luego de grandes esfuerzos (para alegría de mamá) llegó el pavimento. Nunca igual a aquella homónima calle de Banfield de la cual veníamos, pero mi madre se sintió mejor, pues el barrio limpió su imagen. La casa se valorizó mucho y todos salimos beneficiados. Los cien mil pesos (plata de la época, se entiende) de mi herencia, que había invertido en la compra también se acrecentaron.

El pavimento no llegó por arte de magia. Hubo que pelear por él. Una quinta muy antigua ocupaba casi una manzana, y sus dueños se negaban a dar el consentimiento para la obra. Tomé la posta de la iniciativa, hice averiguaciones en la Municipalidad, y entre todos los vecinos juntamos firmas a fin de avalar el proyecto de pavimentación. Se llegó a discutir en la calle, muy acaloradamente, pero al final se hizo la voluntad de la mayoría.

Nunca supe quedarme inactiva cuando había una buena razón para moverse. ¿Temperamento? ¿Instinto de conservación? ¿O sería que mis seres queridos

esperaban que yo lo hiciera? No sé... No me quejo... Aun cuando pude haberme equivocado, Dios sabe cuánto me he entregado en cada tarea emprendida.

Hasta esta casa luminosa y cómoda llegaban a visitarnos hermanos y parientes de ambas familias.

Yo había pasado a trabajar en la Escuela N° 6 de Adrogué, en la calle Seguí, y allí concurría junto a Patricia y Aníbal, que cursaban los grados inferiores. Personas que conocí en esta escuela me marcaron para siempre. Amistades que perduran hasta hoy; en especial, Chana Ansaldo y Beatriz Salas Dones.

Ellas eran dos de las cuatro socias fundadoras del Colegio San Patricio de Adrogué. Mujeres dedicadas a la educación, trabajadoras incansables. Nos hicimos muy amigas.

Cuando a Gustavo le tocó empezar primer grado, Chana y Beatriz me ofrecieron que pasara a los tres chicos a su colegio.

—¡Vamos, Mini! ¿De qué nos sirve tener un buen colegio si no podemos brindárselo a los hijos de una amiga? —me dijeron a coro.

Así las cosas, no pude negarme; mis hijos se formaron en esa escuela de manera integral, por lo cual les estaré siempre agradecida. Años después, Fernandito cursó allí todo el secundario.

Nuestra vida en Adrogué era muy linda, con excelentes amigos comunes con quienes compartíamos fines de semana de reuniones, con los tradicionales asados en los jardines o quinchos de nuestras casas. Manteníamos también amistades en forma particular; Cacho sus viejos amigos y yo mis compañeras de colegio o amistades de toda la vida. Veíamos asiduamente a nuestros respectivos hermanos y cuñados y a todos aquellos con quienes salíamos antes de casarnos. Frecuentábamos el Club Tennis de Adrogué, para presenciar torneos y, en verano, para disfrutar de la pileta con nuestros hijos y sus amigos.

Fue siempre importante para nosotros respetar nuestra libertad e individualidad, pero los más gratos momentos los pasábamos en la intimidad, charlando frente a frente, cenando solos en lugares como el Club Soviet, de Adrogué, o bien en Edelweiss o La Munich de Buenos Aires. ¿Cómo olvidar la confitería Gallardón, de Lomas de Zamora, y el céntrico Petit Café, famoso por sus traviatas rellenas de jamón y queso y sus delicadezas dulces?

Entre otras nuevas relaciones, nuestros vecinos Amanda y su marido "Polilla" merecen un lugar destacado. Ella participó y estuvo a mi lado en momentos claves, incondicionalmente.

Años más tarde, cuando Cacho y yo tuvimos que afrontar un cambio importante, tomé con Amanda un tren hacia Miramar, junto a mis hijos. Paramos en el departamento de Romelio. Fue una intensa semana de charlas y deliberaciones. Amanda me ayudaba a desentrañar aspectos difíciles que no se ven a simple vista. Debía tomar una decisión.

Creo que volvimos las dos más unidas, y yo, confiada en tomar el camino mejor. Fue aquella una de las tantas pruebas que pasé con mi familia: el año en que Cacho se quedó sin trabajo, en el momento en que esperábamos nuestro cuarto hijo, y el futuro se entreveía oscuro y sombrío. Se había inaugurado un período de tiempo inestable, que alternó la dulce placidez de los sueños cumplidos con un horizonte amenazante de tormentas.

Tres:

Tiempo variable

Después de un día promedio de trabajo, de sol a sol, luego de las visitas a los médicos y las responsabilidades en el laboratorio (con sede en Quilmes), Cacho había llegado cansado. No sólo eso, sino que una tenaz cefalea lo doblaba en dos. A oscuras, en silencio, con una bolsa de hielo en la cabeza, los habituales supositorios de Causalón y alguna inyección que yo misma había aprendido a colocarle, Cacho intentaba superar la crisis.

No recuerdo ya con cuánta frecuencia lo veíamos en esta situación. El soportaba los dolores, y echaba mano a un arsenal de fármacos que al final conseguían aliviarlo. El origen de sus jaquecas seguía siendo un misterio. ¿Se sumaría al cuadro el hecho de sufrir más tensiones que las normales? Teníamos en ese momento preocupaciones "extra".

Ese año habíamos afrontado problemas laborales, porque el laboratorio Brand había despedido a casi todo el personal, entre ellos a Cacho y a sus queridos compañeros Moya Ocampo y Cerutti, que pasaron a un nuevo empleo en Quilmes. Pero a fin de año, poniendo como motivo principal la cancelación de los Contratos Petroleros, medida que había adoptado el gobierno del Presidente Illia, el laboratorio cerraba sus puertas y se iba del país. Ni pensar en indemnización debido al corto tiempo de trabajo cumplido por los recientes incorporados. Hubo para ellos un ofrecimiento de traslado a México a fin de mantener el puesto, y no quedar con las manos vacías.

¿Qué hacíamos? Mi embarazo estaba avanzado y Cacho padecía continuamente con su salud. No podíamos arriesgarnos a emprender una aventura en otro país, solos y en esas condiciones.

Mi madre tuvo una reacción poco solidaria. Se veía afectada por todos estos obstáculos y aunque siempre había sido mujer de templanza, estaba ya en una porción de su vida en que prefería (y merecía, por cierto) la calma.

En casa aumentaban las tensiones. Ella renegaba, estoy convencida, de ese yerno que "sometía" a su hija a la inestabilidad económica y laboral. Era su punto de vista, inapelable. ¿Lo acusaría, íntimamente, por no responder al modelo exitoso que ella soñara para mí? El amor por sus hijos, manifestado en su manera tan particular, posesiva, autoritaria, hacía que mi madre exacerbara un tipo de sentimiento muy contradictorio con los que no eran de su misma sangre.

De manera que a Cacho y a mí se nos hacía todo muy cuesta arriba.

Los sordos enfrentamientos minaban cualquier buena convivencia. Había que buscar una solución.

Confié en Dios para hallar respuestas. Necesitaba pensar. Pedí a mi hermano, por unos días, el departamento en Miramar. Hacia allá partimos con Amanda.

—Mirá, Mini —me dijo en un momento mi amiga, sentada en la cocina, mientras yo preparaba algún menú sencillo—, dice Eva Giberti en las charlas que compartimos, en la Escuela para Padres, que lo primero es pensar en nuestros hijos, en su futuro y en su felicidad. Los grandes, los adultos, mal o bien, ya han hecho su vida. Pero los chicos dependen de nosotros.

—Es cierto —contesté—. No hablemos más. Ya sé lo que tengo que hacer.

Volví, decidida y dolorida a la vez, dispuesta a decirle a mamá que debíamos separarnos. Que no era justo obligarla a padecer nuestros inconvenientes y a enfrentar los vaivenes de nuestra mala fortuna.

Mamá lo aceptó bien, y le agradecí infinitamente a Dios por esto, porque no hubiera soportado hacerla sufrir con nuestra decisión. Mi hermana Nora, ya casada con Edgardo, la recibiría en su casa de Lomas con igual cariño que nosotros, e inclusive, mamá tendría la ventaja de estar más cerca de sus otros hijos, que vivían casi todos en Banfield.

Pusimos la casa en venta. El panorama comenzaba a clarificarse, y más aún cuando Cacho entró a trabajar en otro laboratorio, sin las ventajas que dan los años acumulados en un mismo empleo, pero al menos, ya un aliciente.

En medio de estas novedades, y para inaugurar con alegría el nuevo año, nació Fernandito, el 5 de enero de 1965. Regalo de Reyes. Sus hermanos lo bautizarían "Penaco", y Cacho, durante los primeros meses, le daría al bebé rubio y de tez blanca el cariñoso mote de "Rusito".

Pasaron los meses. La casa se vendió muy bien. Mamá se llevó el doble de dinero de lo que había puesto en la compra. Me sentí bien con esto y por eso lo destaco. Constituía una tranquilidad para toda la familia que María Luisa (Lala para mis hijos) guardara cierto capital para afrontar los años subsiguientes. Sería un buen respaldo para ella y una tranquilidad para su vejez.

Nosotros compramos un chalecito en una deliciosa calle cortada, en Adrogué: Cordero, esquina Amenedo. Pedimos un crédito al Banco Provincia y encaramos el sueño de la casa propia.

Con gran alegría nos acomodamos en el nuevo hogar.

Habíamos logrado la paz y la felicidad tan deseadas en un lugar tranquilo y rodeado de árboles. Nos parecía mentira compartir ese rincón del mundo, un espacio propio donde pasar mansamente el resto de nuestras vidas.

El resto de nuestras vidas.

¿Qué sería de nosotros sin los sueños?

No pudo ser. Pero el instante que duró la plenitud en nuestra familia perdura todavía.

Nuestros hijos recuerdan a su modo aquellos años que habitamos allí.

Algunos retienen sólo momentos.

Los mayores intensifican los detalles. Y a veces no concuerdan en datos precisos que son, en realidad, de poca importancia. Son recuerdos gratos, en la mayoría de las anécdotas.

—A mi cuarto se asomaban las glicinas —dice Patricia—. Lilas y violetas, como rosados farolitos sombreando mi ventana. Era en octubre, y yo me sentía doblemente feliz porque se acercaba mi cumpleaños.

—¿Glicinas? ¡Adónde! ¿Estás segura? —pregunta Aníbal.

—Yo tampoco las tengo presentes —digo yo.

—Pero te acordarás de la luna brillando en las tejas del altillo. ¿No, mamá? —me pregunta mi hija, cómplice en el romanticismo tan propio del género femenino.

— ¡Sí! — digo como transportada—. Y del canto de los grillos... y el olor de la gramilla. De las frutas en verano: ciruelas, mandarinas.

—Dos clases de ciruelas. Y limones —acota Gustavo.

—¡Y frambuesas! Recuerdo una planta rastrera, aterciopelada...y sabrosa —dice Patricia.

Los varones se miran divertidos. Levantan los hombros. Gustavo recuerda las frambuesas, Aníbal y Fernando, no.

—La calle era tan breve que moría, nomás, en el enorme jardín de la punta, donde habitaba, creo, nuestro único vecino —sigue mi hija.

—Hacia la derecha de nuestro terreno daban los fondos de otra casa, el dueño era bombero —añade Gustavo.

—Todavía veo las bicicletas rodando sobre las piedritas de la cortada. A la tardecita, resonaban los pasos de papá volviendo del trabajo —dice Patricia con aire nostálgico.

—Ay, nena, se nota que era en esa calle donde esperabas a tu amorcito —se burlan los hermanos.

—Sentada en la parecita de ladrillo, precisamente —aprueba.

—La misma pared que reventábamos a pelotazos —agregan ellos.

—La misma que trepó Penaco mil veces.

—De donde se cayó otras tantas.

—A mí se me escapó de los brazos, cuando todavía no caminaba solo, y se lastimó la boca con las lajas del patio de al lado —recuerda Gustavo—. Casi me muero del susto.

—Papá preparaba asados los domingos, y siempre había visitas —digo.

—Visitas, sí. Con paquetes de masas —dicen los mayores, relamiéndose.

—Aníbal y yo explorábamos el baldío de enfrente, y llegábamos hasta una mansión semi—abandonada que avivaba nuestra fantasía — dice Gustavo.

—En el baldío había un molino que chirriaba los días de viento.

—Y debajo del molino, crecían plantas a montones. Hinojo, manzanilla. Comíamos una semilla con gusto a anís... ¿se acuerdan? —agrega Patricia.

—Me acuerdo de la higuera, en el mismo baldío, y del largo terreno de Don Torres que llegaba hasta Amenedo, donde comenzaba su casa.

—Con Gustavo cruzábamos el alambrado, sigilosamente, para robar fruta, aprovechando que el pobre hombre era viejo y sordo: ciruelas amarillas en verano y los extraños kinotos, a los que le comíamos solamente la cáscara —continúa Aníbal.

—¡Alguna que otra granada de los árboles de Don Torres hemos probado en esos días! —recuerdan entre risas.

—A las cinco, volábamos a casa, con nuestros amigos del barrio, sobre todo con los alemanes de la vuelta, para no perdernos "Batman" en la tele. Una cita de honor a la hora de la leche, con ese olor inolvidable a tostadas... —añade Aníbal.

—En octubre era infaltable tu torta de frutillas —me dice Patricia.

Y Penaco, ¿de qué se acuerda?

—De nada —responde sin levantar las manos del piano, su gran pasión—. De esa casa no registro ni un ladrillo. ¡Si apenas me acuerdo de lo que hice la semana pasada! —bromea.

El 31 de enero del año 67 Cacho y yo estábamos en casa, y él comenzó a sentirse mal. Con anterioridad venía sufriendo, como ya lo dije, episodios de fuertes descomposturas sin causa aparente.

El síntoma más notable fue una fuerte dislalia; se confundía las palabras, quería expresar una cosa y decía otra. Pasados los años supe que los síntomas correspondían en realidad a lo que se denomina Afasia.

¿A quién recurrir? Nuestras familias estaban desparramadas, ya que era tiempo de vacaciones. La mía había viajado a Miramar, y las hermanas de Cacho habían ido de visita a Tucumán, donde vivían Mecha, la hermana mayor, y su marido Mimo, con sus hijas. Justamente habíamos estado despidiéndolos, la noche anterior, en casa.

Hablé con un tío de mi marido, hermano de mi suegra, Dr. Gini Lacorte, médico, y asimismo con el Doctor Raúl Caraballo, también vecino de Adrogué, que apreciaba mucho a Cacho.

Uno nos dijo que podría tratarse de un aneurisma. El segundo nos aconsejó ver a un neurólogo de la Clínica Temperley. Prometió a su vez, ocuparse del tema.

Así fue como hicimos. Cacho ya se había repuesto de la dificultad al hablar. La revisión no trajo ninguna luz sobre el problema. Pero, dijo el médico, ya que el Dr. Caraballo les ha conseguido una internación en el Instituto Costa Boero (que dependía de la Facultad de Medicina de Buenos Aires), no dejen pasar la

oportunidad. Si se tratara de mi madre, por ejemplo, yo la internaría con toda confianza, para llegar a un diagnóstico preciso, remató.

En los días de Carnaval, lo tengo presente, pasamos varios días de internación. Se le hicieron todo tipo de estudios. Entre ellos, Arteriografía, Neumoencefalografía, Electrocardiograma, Electroencefalografía.

Al volver a casa, la perspectiva fue de no padecer nuevamente jaquecas tan terribles. Pero uno de los estudios mostraba una mancha en el lóbulo frontal izquierdo.

El Doctor Raúl Caraballo me citó en su consultorio. Compartimos tres horas de conversación. El atribuía la mancha a una atrofia, que según dijo podía ser progresiva. Recuerdo que abrió un libro para explicarme mejor las consecuencias de esto. Me pintó el panorama más negro del mundo.

Desesperada, llorando, lo oí afirmar que mi marido perdería toda sensibilidad afectiva, hasta convertirse prácticamente en un vegetal. Agravado el cuadro por una arteriosclerosis prematura.

—Mire, Mini —me dijo—. Tengo que ser sincero con usted. No cuente más con él. Haga como si se hubiera quedado viuda. El no va a sufrir y posiblemente tenga larga vida.

Regresé a nuestra casa.

No hablé de esta charla con mi marido.

Nora. Mi hermana fue el apoyo más importante, la que lloró conmigo cuando le dí la noticia. Nora compartió mi dolor y me acompañó incondicionalmente, siempre.

Mi hermano Carlos y mamá hicieron lo que estaba a su alcance. Todos mis hermanos se sintieron apesadumbrados, pero cada cual tenía sus propias preocupaciones como para hacerse cargo de un problema tan grave.

La familia de Cacho reaccionó aceptando este gran dolor, íntimamente, hacia adentro. Era imposible encontrar soluciones o modos de remontar la situación. Tal

vez hubieran sentido y hecho lo mismo con cualquier otro de sus seres queridos; en este caso, como hijo y hermano, Cacho representaba mucho para todos ellos.

Mi suegro, un hombre que había decaído desde la muerte de su esposa Tona, se ensimismó aún más ante la seriedad del cuadro.

¿Y qué podían hacer los demás? En opinión de la mayoría, la única que podía hallar alguna solución era yo. El combate nos tocaba a nosotros. Era nuestro.

Años después, el Doctor Florencio Escardó, primo de mi suegro, que me recibió en muchas oportunidades, siempre con su calidez humana y su sabiduría, me dijo unas palabras que jamás olvidé: la gente huye de la enfermedad y de la muerte.

Con el tiempo pude ver que efectivamente así es. Debemos entenderlo.

Mi querido amor estaba aparentemente bien. Seguía trabajando con todo su esfuerzo, pero empezó a manifestar cada vez más inconvenientes. Si bien no sufrió más jaquecas, tenía dificultades para expresarse y a menudo mezclaba las palabras. En el trabajo, sobre todo, fue paulatinamente olvidando los nombres de los remedios del Laboratorio, le costaba retener datos en su memoria. Su jefe observó estas cosas y comenzó a llamarle la atención.

Muchas veces volvía a casa afligido, sintiéndose disminuido e impotente. ¿Cómo ayudarlo? El amor.... los hijos.... nuestra casa..... ¿alcanzarían para reconfortarlo?

En mi cabeza daban vuelta mil ideas. Tenía que defenderme y proteger a mi marido y a mis hijos. Un familiar sugirió que pusiéramos a trabajar a nuestros hijos, y que entre todos los hermanos se aunaran fuerzas para ayudarnos a mantener el hogar.

¿Sería la única alternativa para nosotros? Me desesperaba la sola mención de esa posibilidad.

Busqué entre mis recursos. ¿Qué hacer? ¡Bueno! Después de tantos años de docencia podía pedir un ascenso. Esto nos ayudaría y estaba a nuestro alcance. Me preparé también para rendir examen de capacitación para Inspectora de Escuelas.

Para esto rendí y aprobé cuatro materias, pero ser nombrada era ya otra cuestión. Me aconsejaron que volviera a presentarme, ya que algunas docentes habían rendido el examen cuatro veces y los nombramientos estaban muy peleados. De

todos modos, me dijo el Inspector General, la provincia de Buenos Aires es un distrito abierto, y si usted debe trasladarse, ¿qué hace con su familia, a juzgar por el problema que padece?

Desistí de mi propósito, entonces.

Ya había comenzado a dar clases particulares de apoyo escolar, sobre todo en Matemática y Castellano, a alumnos primarios y secundarios.

A fines de ese año 67 me nombraron Vice—Directora en la Escuela N° 49 de Burzaco. Empecé con esta tarea en marzo de 1968. Me asignaron el turno tarde, aunque pedí el cambio para mantener mis alumnos particulares. No fue posible. Entonces me dediqué de lleno al nuevo cargo y a la nueva escuela, que distaba sesenta cuadras de casa. Llegar hasta allí me insumía mucho tiempo, cada día debía cubrir el trayecto en bicicleta o tomar tres colectivos diferentes.

Nuestros chicos almorzaban en el mismo colegio, inclusive el menor, que había comenzado Jardín de Infantes. Gracias a Dios y a mis amigas, ya que fue fundamental el hecho de que el establecimiento tuviera doble escolaridad. Así nuestros hijos recibían una buena educación (una enseñanza esmerada que compartí no sólo como madre, sino también como docente, cuando realicé una suplencia en el colegio) además de representar una gran ayuda para nosotros, porque yo estaba muy ocupada, todo el día fuera de casa.

Se hacía cada vez más duro. El ascenso tan deseado en realidad nos había complicado las cosas, exigía de mí un tiempo que no me sobraba, siendo múltiples las responsabilidades, aún cuando me fascinaba la tarea.

Esta era nuestra vida, juntos, luchando.

Pasamos sin variantes el resto del año.

En Adrogué se hablaba mucho de Villa Gesell. De Gesell, a secas. De sus calles de arena, de sus playas con grandes médanos, de su belleza.

A principios del año 69 Cacho recibió una invitación de parte de un compañero de trabajo para pasar un fin de semana en aquel lugar tan alabado por todos. Iríamos en su auto. Y.... ¿por qué no? La propuesta incluía, por supuesto, compartir el viaje; nosotros nunca habíamos tenido auto y Cacho no manejaba.

Mamá vino a quedarse con nuestros hijos, y nos dispusimos a disfrutar de unos días con amigos, con la ilusión de disipar cualquier sombra y de descansar. Había pasado un buen lapso desde mi conversación con el Doctor Caraballo y se mantenía cierto nivel en el estado general de Cacho. Sin jaquecas, no había grandes síntomas visibles de enfermedad, excepto lo que ya relaté.

El 8 de febrero partimos en un Fiat 600, cuatro personas felices, en un ambiente de total cordialidad: Arias Duval, su futura esposa y nosotros dos.

Al tomar la Ruta 74, de mano única, comenzó a llover. Cuando transitábamos más tarde el camino de tierra, el último tramo hacia Gesell, tuve la sensación de estar en el fin del mundo. Se había puesto negro el cielo, y el paisaje desconocido me resultaba inhóspito. ¿Estarían aflorando mis miedos, presentimientos, temores guardados en lo profundo de mí misma?

Tal vez en otro momento la escena me hubiese parecido romántica. En cambio, la lluvia de ese viernes me entristecía, y el camino, inseguro, me llenaba de desolación.

Al otro día salió el sol.

La mañana luminosa nos mostró la hermosura de la Villa en todo su esplendor. ¡Qué aire! ¡Y qué mar! ¡Y los pinares!

Nuestros anfitriones, dueños del Residencial Adrogué, eran familiares del Doctor Caraballo. Compartimos con ellos alguna tarde en la playa y numerosas charlas. Se habló de todo un poco. De la vida en Villa Gesell, de los largos inviernos. Pregunté por la educación, por las escuelas existentes, por la población fija del lugar. Había un número de habitantes bastante considerable, y cantidad de chicos en edad escolar. Me interesé.

Se me cruzó una idea: considerar la posibilidad de pasar los próximos veranos allí, obtener unos pesos preparando alumnos y a la vez, disfrutar de la playa con nuestros hijos. Inquieta, preocupada por el futuro, cualquier variante me atraía, ya que seguía buscando íntimamente una salida para nosotros.

Nos encontramos en la playa con unos conocidos de Adrogué, Joe y Beba Gentini, quienes hacía unos meses vivían con sus hijos en Gesell, y volvimos a tocar el tema del colegio y la enseñanza. Esa tarde Joe me presentó a dos maestras jóvenes, que, recién casadas, estaban armando su vida en la Villa. Mi mente giraba a elevadas revoluciones por minuto.

¿Qué nos informaron acerca de Don Carlos Gesell, el fundador? Que promovía el crecimiento de la Villa, que ayudaba a quienes se acercaban al lugar con intenciones de afincarse, con buenos proyectos. Siempre que le gustara la iniciativa, porque no era hombre de regalar nada. Vivía con su segunda mujer, Doña Emilia, en una casa en medio de pinares y frente al mar.

Cuatro:

Otros horizontes

¿Habré rezado durante todo el viaje de vuelta? Seguramente. Como siempre lo hago, rogando a Dios para que me iluminara. Al fin, se abrió una brecha, una posibilidad. Pero, ¿cómo saber si era la correcta?

Con las jóvenes maestras habíamos conversado, y me habían casi convencido. La idea sugerida: fundar un colegio. En la Villa no funcionaba ningún Jardín de Infantes, las escuelas primarias resultaban escasas para la población y no existían colegios privados, y menos de doble escolaridad como comprendía nuestro proyecto. La gente con la cual consulté me había alentado, y yo ya barajaba los pros y los contras con mi mayor esperanza.

Si me tiraba de cabeza en este emprendimiento, ¿Cacho estaría mejor que ahora? Sí, me apoyó. ¡Adelante! La situación en el trabajo se le hacía intolerable. Sufría enormemente. Los dos sabíamos que no podía depender de un jefe, y menos, de gente que no comprendiera su estado de salud.

Entendámonos: en apariencia, no estaba enfermo. ¿Cuánto tardaría en manifestar síntomas desconocidos? ¿Qué podíamos esperar para los próximos años? No lo sabíamos porque, a pesar de las consultas, aun con estudios más o menos acertados, más o menos confiables, no daban en el clavo con el diagnóstico. ¿Qué debíamos hacer? Estábamos otra vez preguntándonos lo mismo.

Ese año, nuestro querido Padre Guillermo Dolan nos regalaría un texto que se quedaría junto a mí para siempre. Expresa nuestro sentir de entonces, mi sentir de hoy:

Quien no se lanza mar adentro,
nada sabe del azul profundo del agua
ni del hervor de las aguas que bullen.
Nada sabe de las noches tranquilas
cuando el navío avanza dejando una estela de silencio.
Nada sabe de la alegría de quedarse sin amarras,
apoyado sólo en Dios,
más seguro que el mismo océano.

Desventurado aquel que se queda en la orilla
y pone toda su esperanza en tierra firme,
la de los hombres razonables, calculadores, seguros de sí mismos
que imaginan ser ricos y están desnudos.....”

Fundar un colegio... pero ¿cómo?

Me sentía preparada para enfrentar esta empresa. A mis veinte años de docencia, sumaba los cursos de perfeccionamiento con Adela Rabinovich (madre de Daniel, uno de los famosos Les Luthiers), quien también me había ayudado a prepararme para rendir examen de Inspector, los estudios sobre Psicología y Pedagogía, Didáctica, Legislación y Planificación escolar.

Hablé enseguida con Chana y Beatriz para informarles, para solicitarles opinión. Se entusiasmaron:

—¡Hacelo! Vos podés.

—Quiero pedirles algo —les dije—. Si abro este colegio, como parece que será, me gustaría que se llamara San Patricio.

—¡No hay inconveniente! Nos enorgullece tu petición —contestaron mis queridas amigas—.

Las tres hicimos votos por esta iniciativa que nos seguía uniendo en la amistad y en la vocación. Me hicieron una especial advertencia: que en lo posible, me manejara sin socios, para mi bien y tranquilidad.

En muchas oportunidades tuve presente este consejo.

Amanda se ofreció a volver conmigo a Villa Gesell, ya que su sobrino (y es mi deseo nombrarlo), Rodo Trotta, poseía allá un chalet que podíamos usar el fin de semana. Nuevamente Amanda junto a mí en las grandes decisiones.

Como era habitual, hablamos mucho. Soñamos mucho. Hice lo posible por concretar esos sueños.

Pedí una entrevista con Don Carlos y me fue concedida. En la antigua casa, la primera vivienda de Carlos Gesell, funcionaba la Administración de la Villa, y el que se hacía cargo de la secretaría era Jorge Martínez Salas, casado con Rosemarie Gesell.

—¿Y usted qué tiene para ofrecer? —quiso saber Martínez Salas.

—En principio —le dije— mi vocación, mi amor por la docencia, mi experiencia y mis conocimientos. Ganas no me faltan.

Don Carlos me escuchó también, detrás del escritorio de su oficina, en la casa frente al mar.

—Bueno —dijo secamente, con su acento germano—. Si quiere poner un colegio, póngalo.

Su respuesta sonaba a desafío. Ya le voy a demostrar que sirvo, pensé.

Rosemarie, su hija, con quien más tarde estrechamos lazos, me comentó que su padre tenía en mente la creación de un colegio. Me enteré también de que había hecho contacto con los sacerdotes del Verbo Divino, de origen alemán, para que

concretaran su idea. Esto me lo confirmó luego el Padre Adolfo Ruhl, de esa misma Orden, en el Seminario de Rafael Calzada.

Aparentemente, no habían llegado a un acuerdo. No supe nada más.

Con el tiempo conocí detalles de la apasionante vida de Don Carlos Gesell. En largas charlas con su hija Rosemarie, varias tazas de té mediante, con la frecuente compañía de Amalia, la primera mujer de Roberto, hijo mayor de Gesell, nos contábamos nuestras experiencias y las de nuestras familias.

Para acercarme a su historia fue fundamental la lectura de la interesante biografía que escribió Rosemarie. Allí relata que su padre nació el 11 de marzo de 1891 en Banfield, donde su familia estuvo radicada varios años. Me sorprendió este dato, por tratarse del lugar de mi propio nacimiento (también en marzo) y un sitio tan caro a mis afectos. El mismo declaró que había sido muy feliz en esa zona.

¿Y cómo comenzó su aventura? En unas vacaciones que pasó en Mar del Plata, conversa con el señor Héctor Guerrero, propietario de un gran campo que llegaba hasta el mar, en la zona de Juancho. Así se enteró de los grandes médanos del lugar, y de una buena oferta para comprarlos. Su finalidad era plantar pinos y otras especies que sirvieran como materia prima para fabricar los muebles que vendía la pujante empresa familiar, "Casa Gesell". Había en venta una franja de 1.680 hectáreas, con un frente de playa de 10 kilómetros y un término medio de 1.600 metros de profundidad. El precio era muy conveniente, y Don Carlos se entusiasmó. Visitó el lugar, admiró la inmensidad de esas playas y además comprobó que podía obtener agua potable con facilidad. Se decidió a comprar; corría el año 1931 y así empezaba a nacer Villa Gesell.

Fue el mismo año de mi nacimiento. Me gusta pensar en los hilos misteriosos que entretejen destinos.

Como las cosas marchaban, el siguiente fin de semana, 1º de marzo, viajé otra vez, con Patricia y Fernandito, con intenciones de quedarme. Ocupamos el chalet de Trotta, momentáneamente. Cacho, que debía cumplir con sus responsabilidades de trabajo en el Laboratorio, se quedó en Adrogué con Aníbal y Gustavo.

Tenía ante mí mucho por hacer, un trabajo sin pausas.

—¿Te acordás, Mini, que llegaste a Gesell con cinco pesos? —recuerda a menudo mi cuñada Susana, entre sonrisas y evocaciones.

Se refiere así a un detalle que quedó para la anécdota, pues yo en aquel marzo del 69 todavía no había cobrado mi sueldo, y llevaba sólo cinco pesos en el bolsillo.

El fin de semana siguiente, Cacho viajó a su vez con el resto de nuestra familia, ya que las novedades eran alentadoras. ¿Habría traído con él el dinero de mi sueldo, entonces? Todo llega...

Joe y Beba me ayudaron. El me ofreció el negocio donde vendía productos Siam, en la calle 3, para que hiciera las veces de oficina, de modo tal que pudiera abrir la inscripción a la nueva escuela.

Ahora, en perspectiva, pienso que mis hijos aciertan al afirmar que aquella era una escena surrealista. Insólita. Una mujer, sentada tras una mesa, en un local prestado, repleto de heladeras y otros electrodomésticos, inscribiendo alumnos para una escuela casi fantasma, porque lo único efectivo era un proyecto educativo y las maestras para concretarlo. No contaba todavía con un edificio, ni siquiera con unos pocos pizarrones.

Las jóvenes Ana Sánchez de Masor, Silvia Vicum de Bevacqua y Stella Maris Olenik de Von Wernick me habían confirmado la aceptación del cargo. Serían maestras de grado. Luego, se incorporó Julia Goya para Jardín de Infantes.

¿Adónde funcionaría? En uno de los tantos residenciales que quedaban vacíos en invierno.

¿Y los elementos para las "aulas"?

Se irían comprando de a poco. Con unas cuantas mesas y sillas se podría comenzar.

2 de marzo: Abierta la Inscripción. La primera inscripta, Martita Pérez, para quinto grado. Esta niña que con tanto afecto recordamos, ahora es abogada.

Llegaron a anotarse casi 80 alumnos. Con el dinero de las primeras inscripciones mandé a hacer volantes de propaganda.

Jardín de Infantes. Primaria, todos los grados. Inglés. Gimnasia. Doble escolaridad. Pupilos.

Cacho continuaba viajando los fines de semana para compartir conmigo estos adelantos. Patricia se volvió con él, pues debía empezar el tercer año en el San Patricio de Adrogué. Lo habíamos decidido así para no interferir en sus estudios. Aníbal, que empezaba séptimo grado, Gustavo, que estaba en quinto y Fernando, de sólo cuatro años, serían alumnos de la nueva escuela.

¿Lugar?

Después de mucho andar, cerré trato con un señor alemán, Federico Stock, uno de aquellos oficiales que habían pertenecido al Graf Spee. Aquel buque, orgullo de la marina nazi a fines de la década del treinta, fue el más famoso de la armada alemana al comenzar la Segunda Guerra Mundial. Después de ser vencido por cruceros británicos en la Batalla del Río de la Plata, su capitán lo hizo dinamitar y hundir frente a la bahía de Montevideo, el 17 de diciembre de 1939. Gran parte de su tripulación se afincó en nuestras costas, trayendo a sus familias de Alemania para escapar de la guerra.

El señor Stock, sencillo y atento, era propietario del Residencial Waldeck, en Avenida 7 y Paseo 102. Una esquina maravillosa, con mucho espacio, arena y árboles.

En el transcurso del año que allí vivimos, fuimos conociendo más de la vida de esta familia, compuesta por su mujer, el padre de ella, un hombre de gesto hosco, que trabajaba en un taller levantado ahí mismo, y dos hijas que asistían a la escuela secundaria. Más tarde, ya instalados en otro edificio, supimos que el señor Stock había fallecido, y su familia regresado a Alemania.

Un paso muy importante que debía cumplir era cubrir los trámites indispensables en Gral. Madariaga, cabecera del Partido del cual dependía Villa Gesell. Muchas personas me aconsejaron que fuera lo antes posible, de manera de evitar problemas. Me trasladé hasta allá para informar de mis planes, que ya estaban en plena marcha. Una docente me salió al cruce, al parecer molesta por mi iniciativa, ya que según ella Doña Emilia le habría encomendado la tarea de crear un colegio.

—Bueno —le dije— podrías incorporarte a mi proyecto.

—¿Como maestra? —contestó con asombro.

—Así es —dije.

—Si no es como socia, no aceptaré ninguna oferta —respondió.

De este modo sucedían las cosas. Seguí con lo mío.

Fue muy difícil, desde luego, evitar ciertas voces en contra. Se corrió el rumor de que el colegio no se iba a abrir, que habría exámenes a fin de año imposibles de aprobar, que iban a rebotar la autorización en el Ministerio.

Cualquier movimiento provoca adhesión o rechazo; en el peor de los casos, indiferencia. Lo aprendí con el tiempo y a costa de muchas noches de preocupaciones y "mala sangre".

Hubo otra persona que también se sintió afectada con mi inesperada irrupción, ya que estaba construyendo su colegio, que dos años más tarde inauguró.

A raíz de los comentarios negativos, se detuvo el caudal de inscriptos, y otros ya anotados, se arrepintieron.

En el momento de empezar, éramos pocos. ¿Unos pocos audaces?

De la autorización en el Ministerio se ocupó mi querida amiga Nelly Pedernera. Su marido, Luis María, y ella, formaban un matrimonio singular que Cacho y yo apreciábamos mucho, y nos teníamos mutuo afecto. Nelly trabajaba en el Colegio Burzaco como Secretaria administrativa y me mandó todos los papeles para presentar, a fin de obtener la aprobación en La Plata.

Las clases comenzaban el 10 de marzo en todo el país.

Imposible empezar. Había que acondicionar el edificio, organizarse. Las maestras y yo nos movíamos enérgicamente. Con gran entusiasmo y amor.

Informé entonces que las clases comenzarían, sí o sí, el 17 de marzo.

—Mamá —suelen decirme mis hijos con ánimo de broma—. ¡Vos siempre creyendo en duendes, manejándote con cosas mágicas!

—Simplemente, creo en Dios. Es todo. ¿Quieren un ejemplo? ¡Se los doy! —dije.

Y conté, por centésima vez, lo siguiente:

Aquel año 69, las circunstancias se dieron de tal manera, que el día de comienzo de clases fue un lunes 17 de marzo. Es el día de San Patricio. Patrono de Irlanda.

Yo lo ignoraba. Mi colegio se llama San Patricio. ¿Casualidad? Sigo.

La Parroquia de Villa Gesell acababa de estrenar Párroco. Cuando el Padre Guillermo Dolan se enteró de la apertura del colegio y de su nombre, viene a vernos.

Descendiente de irlandeses, conmovido por las coincidencias, Guillermo, Padre Pasionista, resultó un encanto de ser humano, una persona comprensiva y cálida con quien nos sentimos identificados de inmediato. Quiero agregar que su hermana, monja, fundó el mismo año, en Rosario, un colegio llamado también, San Patricio. Cacho, que siempre fue un ser puro, espiritual, de altos ideales, un hombre de fe en Dios y en sus semejantes, hizo muy buenas migas con el Padre Guillermo.

—Voy a dar la misa de apertura — me anticipó el Párroco, decidido.

Así fue. Bellísima ceremonia, muy sentida e imborrable.

Ya empezamos, pensé, va a ser difícil que me muevan de acá.

Padres y docentes, Cacho y Patricia venidos especialmente, algunos amigos. Diecisiete alumnos aquel día inaugural, incluídos mis hijos, los chicos de Joe y Beba, Cecilia, Pablo y Leonardo Gentini, Marcelo Faramiñán, dos niños de la familia Greco, Roberto y Vilma, Néstor Geronés, Carlitos Luque, Patricia Raskewich, Victor Jouvensen, Norberto Bischoff, Gustavo Santos, único alumno

que quedó pupilo pues vivía en el campo, James Luz, Martita Pérez, y Carlitos Castellanos, el hijo de nuestra cocinera, estaban en aquella primera camada. Creo que es muy importante mencionarlos a todos, imborrables como permanecen en mi memoria, así como tantos otros que poblaron después nuestras aulas.

Terminamos el año con cuarenta y siete chicos.

En abril recibimos a la Inspectora que dio su aprobación total.

Pedí el pase provisorio a la escuela de Burzaco, donde era Vice—Directora titular, y mientras tanto, además de ser Directora de mi colegio, comencé a dictar clases de Castellano, Historia y Geografía en el Instituto Ana Böttger, primer secundario de la Villa.

Vivíamos en el mismo Waldeck, ocupando unos cuartos en otro cuerpo del edificio, dentro de las instalaciones del residencial.

Patricia y Cacho estaban juntos en Adrogué. Este orden de cosas no duraría, porque ya habíamos puesto en venta nuestra amada casa de la calle Cordero.

Nora se ofreció para que nuestra hija pasara a vivir con su familia el resto del año, una vez que mi marido se mudara a Villa Gesell, en breve lapso, ya que había renunciado a su trabajo.

En el curso de estos años, entre idas y venidas, Cacho había frecuentado mucho al Doctor Caraballo, con el cual hablaban de los temas más variados, de política y filosofía.

Fue así que tomó en cuenta una proposición del Doctor, una especie de ejercicio de la conciencia, que consistía en escribir un texto en base a ideas sugeridas por una frase o una pregunta. Al Doctor, Médico Clínico, que estaba estudiando Psiquiatría, le gustaba ahondar en el alma humana, y quería sinceramente a mi marido.

Inmediatamente después de aquel episodio de la repentina afasia, este médico había atendido también a nuestro hijo Aníbal, que daba muestras de inquietud por la

situación. Lo trató durante un mes, y sus charlas con él fueron fundamentales e importantes. Sobre todo, tengo presente la categórica frase:

—No te preocupes más por tu papá. De tu papá me ocupo yo.

Santo remedio.

Cacho, como ya anticipé, se puso a escribir, a pedido del médico.

Aun con el dolor que me causan sus palabras, conservo el hermoso texto que resultó de aquella propuesta. Su espíritu se manifiesta allí en plenitud. Su grandeza, su fina sensibilidad, sus virtudes inigualables.

¿Y si mañana muero?, fue la pregunta.

Transcribo aquí su respuesta.

¿Y si mañana muero?, por Aníbal (Cacho) Zaldívar.

Si esto fuera sentencia, no mera perspectiva, la brevedad del tiempo y lo profundo de la angustia, ¿me dejarían pensar?

Correría sin duda hasta quienes llenaron mi vida de esperanza y sin decirles nada, en apretado abrazo buscaría protegerlos, o tal vez, al contrario, el consuelo final de su amparo.

Si pudiera volar el pensamiento iría hacia atrás, buscando ansioso los recuerdos felices, o hacia adelante atravesando la espesa muralla del tiempo, en inútil afán de compartir los momentos soñados tantas veces y que no podrán ser ya realidad.

Mi ya cansado anhelo de hacer trascendentes propósitos de hidalguía y nobleza, ¿llegará hasta mis hijos?

Lo triste es no saber si ese camino será asimismo capaz de liberarlos o, como el baúl de aire del poeta,

los pondrá en situación de hombres al margen.

¿Y qué será de Mina?

Su clara y espontánea manera de vivir, ¿no quedará quebrada?

Quizá por vez primera se encontrará con que no todo lo puede la voluntad, la fuerza, las puras intenciones.

Y si no fuera cierto, y la sentencia quedara postergada,

¿qué cambiaría en mí?

Probablemente nada.

Seguiría mi camino detrás del saber culto sin jamás alcanzarlo, chocando con millares, acercándome a pocos, sin estar sin embargo ni demasiado seguro de mi verdad ni de mi justicia.

Y como esto prueba que es inútil volver, no merezco la espera.

Sigamos adelante.

Cacho

La casa se vendió a mediados de abril. Viajamos juntos a Adrogué, a fin de ese mes, para organizar la mudanza y dejarla en condiciones.

Seguimos de todos modos viajando con frecuencia, por trámites y otras yerbas.

Al final, la escritura se firmó en julio y recién entonces se realizó la mudanza definitiva. Se acercaron en esos días muchos amigos a despedirse y a desearnos suerte.

Mi querido Cacho se mostraba confiado, contento. Íbamos rumbo a un lugar de ensueño, lejos de la agitación de la ciudad, y estábamos llenos de esperanza.

Los chicos habían descubierto los encantos de Villa Gesell, y a pesar del descalabro que implicaba tanto movimiento, se plegaron a la aventura. Pronto se hicieron aficionados a la pesca, se armaron de cañas y redes, y se convirtieron en expertos pescadores.

Penaco, el más sufrido con mis ausencias, se pegó mucho a Cacho; lo que más les gustaba era salir con cualquier excusa a tomar una Coca o a comer algo rico, en ciertos bares de su preferencia.

Luego, más adelante, cuando fueran juntos a buscarme al Instituto Ana Böttger, en donde yo era profesora, se detendrían invariablemente en una despensa, frente al colegio secundario, para saborear deliciosos sandwiches de jamón crudo y queso recién cortados.

Aníbal había obtenido del Padre Guillermo un preciado regalo: un perro, "Tarzán", parecido a Lassie, que Guillermo amaba con gran ternura, y que Aníbal y Gustavo quisieron mucho mientras lo tuvieron con ellos. Tanto que aún después de todos estos años se siguen disputando el cariño de aquel fiel animal con gracioso celo. Recuerdo el espontáneo pedido de Aníbal, su candor al preguntarle a Guillermo:

—¿Me lo regalás?

¡Su perro! ¡Su entrañable compañero! ¿Qué me estás pidiendo?, habrá pensado Guillermo. Pero claro, era difícil negarse al requerimiento de ese simpático, movedizo y cariñoso muchacho.

Más tarde, cuando Guillermo dejó Villa Gesell, su sucesor, Padre Augusto Appel, se desprendió también de algo propio en favor de mis hijos. Le regaló a Gustavo su guitarra, y así los chicos comenzaron a ejercitarse y a acompañarse en las canciones, formando a menudo grandes grupos de amigos que nunca perdían la alegría, y llegaban en bandada hasta nuestra casa.

Patricia, que se quedó en Lomas, aprovechó todas las oportunidades que se presentaron para volver a Gesell. A fin de año buscaríamos una escuela para ella, así se quedaba con nosotros.

Fue entonces que, meditándolo bien, se decidió por el Colegio San José de Gral. Madariaga, que había implementado el Bachillerato con orientación en Letras. A ella, que tenía ya quince años, siempre le había gustado la literatura, siempre había sido fervorosa lectora (amor heredado, es evidente), así que fue una solución.

Recuerdo que ejerciendo de maestra en la Escuela N° 10 de Banfield, la llevé a Patricia, de cinco años, para que iniciara primer grado. Habiendo aprendido las primeras letras, escribió para mí un poema de cuatro versos, que causó revuelo entre mis compañeras de magisterio. Una de ellas, con sumo cariño, le obsequió una libretita para que anotara sus futuras composiciones. La nena se sintió, de alguna imperceptible manera, presionada, porque confiesa que tardó quince años en intentar otra vez la poesía. Será que el acto de crear posee sus propios y secretos códigos.

Sí, dijo nuestra hija. Empiezo 4º año ahí, me va a gustar.

Aníbal, en cambio, comenzaría el Secundario en el Instituto Ana Böttger, ya mencionado, que en esa época contaba con Bachillerato Comercial. Los menores estaban aún en la primaria.

A fin de julio del 69, Cacho compró una Estanciera, usada, pero en buen estado. Esto le permitió ocuparse de hacer el transporte escolar de nuestra escuela, si bien no era gran ocupación, pero siempre había cosas que hacer y estábamos en pleno crecimiento.

Continuamos adaptándonos al nuevo ritmo.

Los días se nos presentaban llenos de cuestiones que nunca habíamos imaginado que se nos plantearían, pero poseíamos buenas razones para seguir, esperanzados, nuestro camino. Estábamos juntos, unidos fuertemente desde el principio, y creíamos en lo que estábamos haciendo.

En el aspecto profesional, la docencia había sido mi vocación primera. Desde niña jugaba a ser maestra con mis amigas, y el tiempo y el ejercicio del magisterio afirmaron esa vocación.

Me gustaba también, desde siempre, mirar a mi alrededor y ver cómo se conformaban las familias, cómo educaban a sus hijos, seguir objetivamente sus

vidas y observar sus logros y realizaciones, aún sufriendo alguna frustración o fracaso.

Creo que todo gira en torno a la educación, que es abarcativa de toda la conducta humana. El amor con que fuimos criados, la posibilidad de crecimiento y desarrollo de nuestras potencialidades, las condiciones innatas, genéticas que traemos, la adaptación crítica en el medio que nos toca vivir, la canalización de nuestra espiritualidad hacia valores éticos, morales y estéticos, van a guiar nuestra conducta, como personas valiosas para nosotros mismos y para los demás.

¡Y qué importante es saber gratificarnos con las cosas simples de nuestra vida! Nuestra vida.... si desentrañamos su sentido, podremos vivirla con una verdadera sensación de pertenencia, creatividad y gozo permanentes.

No todo depende de la instrucción, ya que encontramos gente muy desorientada, aunque muy instruida, y otra muy sabia por lo que le han enseñado ancestralmente, y por propia intuición natural, a pesar de no tener acceso al mundo de la cultura.

El ideal es, para mí, reunir las dos cosas, lograr que los niños, en el caso de la escuela, se expresen con libertad, para permitirnos conocer su mundo interior, se sientan comprendidos, y aprendan mejor. Los propios chicos, muchas veces, cambian luego la mentalidad de los padres, los educan. No todos servimos para todo, pero todos servimos para algo. Lo importante es saber desentrañarlo.

Me parece positivo cuidar nuestro lenguaje. Es el medio para expresar nuestro pensamiento concreta, clara y directamente, porque antes tuvimos que ordenarlo en nuestra mente. "No es aquello que entra por la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de ella", son palabras de Jesús.

A este ideal educativo, sumarle entonces los valores cristianos, porque pertenecemos al mundo cristiano y occidental. Recuerdo a Jung: "es imposible para un occidental ser oriental; su inconsciente siempre seguirá siendo cristiano".

¡Lejos de mí aparecer como moralista, o hacer de éste un pretencioso discurso! Si me entusiasmo, si extiendo más de lo debido estos párrafos, es porque no encuentro

otro modo de expresar lo que he aprendido a fuerza de golpes, sufrimientos y profunda observación de la conducta humana, a través de tantos años de docencia.

Sin duda, la tarea en verdad apasionante de otear en nuestro propio yo para saber quiénes somos y qué queremos, nos llevará a crecer, formando desde la base una comunidad humana en donde no puedan entrar la mentira ni la violencia. ¡Tanta gente que yo he conocido que se ocupa generosamente de los demás! ¡Sin grandes y rimbombantes acciones, con cosas aparentemente pequeñas!

Darles a nuestros hijos el ejemplo, siempre. De este modo, lento pero firme, seguir avanzando en la gran transformación de la humanidad. Si nos decidimos a luchar, en el buen sentido de la palabra, por llegar a la tan buscada felicidad (a menudo inasible para la gran mayoría de las personas), será factible ver que no está tan distante, ni es un imposible.

"Es bueno rodearse de verdaderos amigos, y en lo posible, de ellos solamente. Es por cierto delicioso vivir confiados". Este es el final de un hermoso artículo de André Maurois, que Cacho recortó del diario y yo guardé entre nuestros libros.

Es, estoy convencida, posible y grato vivir confiados. Y es de verdad reconfortante, descansar en Dios cuando nuestras fuerzas nos fallan. Dejarlo hacer a Él cuando no encontramos respuestas.

De modo que nosotros confiábamos mucho en la validez de nuestro empeño, de otra manera no hubiésemos soportado las borrascas que, sin previo aviso, sin darnos tiempo a retomar el aliento, comenzaron a castigarnos.

Cinco:

Marea alta

El agua al cuello. Sentí a menudo esa sensación.

Pero cada vez, indefectiblemente, volvió a bajar la marea.

Después de las vacaciones de invierno del año 1969, las maestras y sus maridos me solicitaron una reunión.

Querían asociarse. Sus argumentos eran muy peculiares. Uno de los esposos, en especial, me acusaba de explotar a su mujer y de querer enriquecerme a costa de su esfuerzo.

—Si no acepta, renunciamos en bloque.

Me mantuve firme en lo que de entrada había decidido.

Hablamos una hora y media, dos horas. Tal vez la base del conflicto haya sido el desconocimiento de lo que es para mí un colegio privado.

Me costaba creer que ellos pudieran caer en tal equívoco. Imaginar que yo buscaba otra cosa en esta empresa, que no fuera aplicar toda mi experiencia y vocación al servicio de la comunidad. Además de propocionarle a mi familia, legítimamente, un medio de vida, de manera que todos saliéramos beneficiados.

Pero, bueno. Pasó. Las chicas no renunciaron, comprendiendo que los inviernos en Gesell son muy duros y el trabajo, valioso y bueno como una bendición.

Por otra parte, habíamos presentado todos los papeles en La Plata para solicitar la subvención, es decir, el pago de un porcentaje de los sueldos de las titulares, para poder estipular una cuota accesible a la mayoría de las familias.

Se demoraba la respuesta y me vi forzada a viajar personalmente, para indagar sobre la situación. Encontré, después de muchas vueltas, que faltaban las dos primeras notas de mi solicitud en el expediente. Jamás aparecieron, perjudicándome notablemente. ¿Habría una mano traviesa? ¿Me estaría poniendo paranoica?

Quedó así retrasado el trámite, y por mucho tiempo nos vimos obligados a solventar los gastos con las cuotas de los alumnos, que no sumaban una gran cantidad de dinero. La mensualidad no era muy elevada, según el criterio que deseábamos aplicar. Queríamos una escuela abierta, que prestara un servicio, para dar la mejor educación a todo el que se acercara.

Muchas veces no alcanzaba el dinero para pagar la totalidad de los sueldos. Las docentes aceptaban alguna demora, unas más que otras. Poníamos lo mejor de nuestra parte, hacíamos hasta lo imposible para evitar atrasos.

El alquiler del residencial también era costoso. Nos salvaba mi sueldo, que al menos llegaba a mis manos todos los meses.

Silvia Vicum había pedido licencia por maternidad. Tomé una maestra, también de nombre Silvia, que venía de Adrogué, previo llamado de Chana pidiéndome que le diera una mano.

No sabíamos, mi amiga y yo, que esta muchacha me traería tantos problemas, al punto que terminamos el año con serias dudas sobre la continuidad de las docentes, que se habían plegado a la convocatoria de la nueva maestra, que habiendo recibido dinero de la venta de su casa en Salta, las invitaba a abrir bajo su dirección, una escuela independiente de la nuestra. Algo que jamás ocurrió, pues al año siguiente esta mujer se fue de la Villa, y otra de las chicas se separó de su marido y también partió.

Silvia Vicum, que no había participado en estas escaramuzas, siguió a lo largo de los años colaborando conmigo. Ana dio clases en el secundario durante un año, y luego regresó a su grado en nuestra escuela, en el 71.

En el verano, nos quedamos en el mismo residencial y lo trabajamos como Guardería infantil. Pagamos un alquiler muy alto, pero gracias a Dios habíamos cobrado parte de la venta de nuestra casa. El rubro guardería nos dio satisfacciones. En los años sucesivos tuvimos que encarar alquileres varios: durante el año escolar, para que funcionara el colegio. En el verano, para vivir nosotros. En la Villa el sistema de alquileres se divide en un período, de abril a noviembre, de bajos costos, y de diciembre a marzo, cuando se encarecen. Se hacía muy pesado continuar con este ritmo de mudanzas dos veces por año, y de adaptarse a lugares que no eran muy apropiados para el funcionamiento de una escuela. Además, el alumnado aumentaba considerablemente según iba pasando el tiempo y nos urgía la concreción de un edificio propio. Los padres de los alumnos me aconsejaban en este sentido.

Mi querido Cacho comenzó a sufrir estos pormenores y a sentir el peso de su nuevo rol. Las miradas de incompreensión se acentuaban. ¿Qué papel cumplía este hombre, joven y sin ocupación a la vista?

Para algunos, yo trabajaba para mantenerlo, sin colaboración alguna de su parte. Más tarde, cuando comenzó a manifestar cada vez más dificultades en el habla, se rumoreaba que era afecto al alcohol y que yo le soportaba este vicio.

El dolor, entonces, se aliviaba con la solidaridad de otras personas allegadas, que verdaderamente conocían la situación.

En el 70, año en que el colegio funcionó en la planta baja del Hotel Atlántico, tuvimos también un "golpe de estado", como yo bauticé a estas pasajeras pero contundentes revueltas internas, que nos dejaban los ánimos caídos, que nos metían en el alma heridas como agujas.

Una maestra de inglés y su esposo organizaron una huelga de docentes, debido a que dos de ellas no habían cobrado en la fecha el sueldo que les correspondía, situación que aprovecharon para proponer que la Comisión de Padres presidida por ellos, administrara el colegio, mientras que yo (sostuvieron con énfasis) debería dedicarme sólo a la parte educativa.

Otra vez horas de parlamentos. Convocatoria a los padres, de mi parte, para enterarlos de la situación. La confección de un Acta para informar al Ministerio la actitud de las docentes. El apoyo de los padres, el repliegue de las maestras. Finalmente, la vuelta a las clases.

Cada una de estas luchas nos agotaba y marcaba en nosotros una nueva cicatriz.

Hubo también, buenas noticias: Don Carlos Gesell nos hizo una donación. Un terreno de 2.000 metros cuadrados lindante con el Instituto Ana Böttger, con vistas a la construcción de mi escuela en ese sitio.

En el verano del 71, debido a los altísimos precios de los alquileres, decidimos buscar una vivienda en Gral. Madariaga para pasar los meses de vacaciones. Con esto nos privábamos de trabajar, como anteriormente, nuestra guardería, que ya tenía su clientela entre la gente que debía trabajar todo el día, y aquella que explota la temporada turística de una u otra manera y necesita dejar a sus hijos bien cuidados.

Cacho se sintió feliz, instalados ya en una vieja casona de la serena ciudad de Gral. Madariaga. La gente lo empezó a saludar cordialmente, y él, en sus caminatas, solía ir hasta las librerías para hurgar en las últimas novedades, como un vecino más. Había en su mesa de luz libros que con mucho esfuerzo procuraba leer. Patricia se acuerda algunos títulos: "El informe de Brody", de Jorge L. Borges, y "Los viernes de la eternidad", de María Granata, que eran los éxitos del momento. No podía faltar la poesía, y estaba la "Antología rota", de León Felipe. Los libros lo acompañaban.

Recibimos en esos meses visitas de familiares, (los bonaerenses y los tucumanos, también) y el verano pasó en calma. Descansamos de tanto baile, y todos lo disfrutamos.

Una tarde, mis maestras llegaron hasta nuestra casa para hacerme una advertencia: se comentaba en la comunidad geselina, sin precisar de qué sector había brotado la noticia, pero sabiendo tácitamente el nombre del promotor, que no abríamos el colegio en el próximo marzo. Debimos ponernos a resguardo de los negros augurios. Movernos. Alzar las voces. Hacernos ver.

Nos ocupamos de desmentir los comentarios, y comenzamos las tratativas para alquilar, sin otra opción por el momento, un residencial.

Esta vez, cerramos trato con uno de nombre "Las Dunas". Como había poco lugar y sus dueños vivían ahí mismo, nosotros pasamos a habitar un chalet en el Paseo 109 y avenida 2.

Vino a vivir con nosotros una amiga de Patricia, y ese año las dos chicas se hicieron cargo de distintos cursos de inglés en mi escuela. Además ambas viajaban a Madariaga para completar el secundario.

Los tres varones marchaban bien en sus estudios, nunca nos dieron disgustos. Hacían deporte, salían con amigos, muchos de los cuales aún conservan, se reunían en fogones a tocar la guitarra, pues nosotros procurábamos que vivieran una adolescencia normal.

Mi amor querido había comprado varios discos de poemas. En un viejo Winco que teníamos, giraban todo el día los long—plays con las voces de Neruda, León Felipe, Nati Mistral recitando a los clásicos españoles, y obras de Rafael de León, Dicenta y Benítez Carrasco. Esos textos quedaron grabados en la memoria de nuestro círculo familiar, tal vez por todo lo que han significado para nosotros.

En julio, los ex—compañeros de curso de Patricia y su amiga Analía, del Colegio San Patricio de Adrogué, viajaron a Brasil en viaje de egresados. Los

acompañaban, entre otras personas, mis queridas Chana y Beatriz. Gracias a Dios, las chicas también pudieron realizar el sueño de ser parte del grupo, unidas como estaban espiritualmente a ese núcleo de grandes compañeros.

Este es un hecho que traigo a estas páginas, quizás con la intención de ejemplificar sobre la naturaleza de nuestra vida. Si podíamos brindarles a nuestros hijos satisfacciones y alegrías, lo hacíamos. Jamás nos gustó dramatizar o poner el acento en la tragedia. El nuestro era un hogar alegre, estábamos luchando sin perder la sonrisa, sin alimentar resentimientos, sin bajar los brazos, sin buscar culpables. Poniendo por delante la esperanza.

Los imprevistos fueron moneda corriente.

Antes, a fin de enero de ese año 71, viviendo aún en Madariaga, nos vimos sorprendidos ante el anuncio de un nuevo embarazo.

¡Son tantas las reflexiones que realizamos en estas circunstancias! Nos sentimos a pesar de todo tan felices cuando el amor reinicia su milagro, levantándose sobre el sufrimiento.....

Así como se nos mezclaron tantas cosas en un instante, sacudiéndonos, así también la vibración duró muy poco.

Perdí ese embarazo de pocas semanas, aunque no por breve haya sido menos doloroso. Alcanzó para saber que era una niña, y para dejarnos un hueco hondo, diferente, sólo comparable al que habíamos experimentado antes, en una circunstancia similar, retrocediendo diez años en el tiempo.

Intentamos ser fuertes, pero en medio de tantas emociones, el llanto por este nuevo dolor fue inevitable. Sentir en mi cuerpo de mujer el desgarró, la dura experiencia de la intervención del médico, me dio tal sensación de vacío, que me pregunté cómo mujer alguna podía someterse voluntariamente a esos tormentos.

Haré aquí un salto en el tiempo para insertar un comentario. El 14 de diciembre de 1985, el diario Enfoques de Villa Gesell publica un artículo titulado "Reflexión sobre el aborto", firmado por el Lic. Gustavo M. Zaldívar, Psicólogo, a raíz de la transmisión por la pantalla del Canal 8 de Mar del Plata del documental sobre el tema titulado "El grito silencioso", de desgarradoras e impactantes imágenes.

"Opinar sobre este tema puede resultar un ejercicio vacío de contenido, si caemos en el lugar común de discutir si se justifica o no, en qué circunstancias es admisible, si es un acto necesario e inevitable, si se lo considera un asesinato o una acción preventiva que protege a la madre y que impide el alumbramiento de hijos en condiciones nocivas para su integridad y su salud.

Ante estas preguntas, la ley responde aprobando el aborto en caso de violación o riesgo de muerte materna; la religión lo prohíbe absolutamente en tanto lo considera un atentado contra la ley divina; la medicina distingue el aborto terapéutico del criminal, y la psicología advierte sobre las diversas consecuencias personales y sociales que puede acarrear esta decisión, de acuerdo a las características de la misma y a cómo se inscriba en la historia del sujeto.

Estas son, a grandes rasgos, las respuestas que tenemos ante el hecho consumado. Cada uno adopta una actitud de acuerdo a su ideología y a su circunstancia de vida. Si cambiamos el punto de observación, podemos decir que el aborto como tal es la consecuencia de un embarazo no querido o rechazado. A su vez, el embarazo no querido es muchas veces la consecuencia de una falta de conciencia, de la ausencia de información que conduce a la deformación intelectual y afectiva del simple y profundo significado del intercambio sexual.

Más allá de la consideración de variables que exceden este cuadro específico y que son también causales directas de este problema, como la miseria y el abandono que reducen la capacidad moral y espiritual del hombre, y de la crisis de valores que, a mi juicio, se está produciendo a través de la cultura del "placer" autodestructivo y el individualismo, hay algo que está a nuestro alcance y que pasa por encarar este problema desde una perspectiva preventiva.

Pero esto también presenta obstáculos difíciles de sortear. Pareciera que es más fácil para nosotros rasgarnos las vestiduras y condenar severamente ante un caso de aborto, que explicarle a un adolescente lo que debe hacer para evitar un embarazo no querido.

...Cuando se habla de un país poblado en toda su extensión, supongo que se trata de un pueblo sano, con acceso a la educación y a la cultura.

Más allá de los prejuicios y desde esta perspectiva de realidad, es impostergable la ejecución de un plan preventivo basado en dos temas básicos: la educación sexual integral y la planificación familiar. Este programa se puede llevar a cabo a través de las instituciones de la salud y la acción social, las educativas, políticas y gremiales.

Preservar la vida es prevenir la muerte en todas sus formas.

A finales de año, pasamos a vivir en otro chalet, cerca del Pinar, y retomamos el trabajo con la Guardería Infantil. Cada vez se hacía más necesario el edificio propio.

Los chicos a su vez, solían buscar algún trabajito para ganarse unos pesos en el verano. Vendimos la vieja Estanciera que ya nadie usaba.

Patricia preparaba su ingreso en la Facultad de Psicología de La Plata. Le aguardaba un año agitado de viajes, estudio y trabajo de medio día en el Laboratorio de Análisis Clínicos de mi hermana Nora, quien otra vez nos ofrecería su desinteresada hospitalidad.

Los padres de mis alumnos me reiteraron su deseo de obtener un lugar propio, para comenzar el año 72 con una escuela estable, en cuanto a ubicación, y más apropiada ediliciamente para los fines educativos. Era una verdadera necesidad y

un reclamo legítimo, así que no dudé en ir a hablar con Don Carlos Gesell, de nuevo, para pedir ayuda.

Concurrí varias veces a su casa, hasta hacerme oír. En principio, adoptando una actitud clásica en él, Don Carlos fingía no entender mis explicaciones. Doña Emilia Luther, su esposa, se solidarizó con mi posición. Era una mujer emprendedora, que lo había acompañado desde el año 1937, cuando se afincó definitivamente entre los médanos. Para tomar esta decisión, Don Carlos dejó atrás su vida con Marta Tomys, la madre de sus seis hijos, sufrida compañera de sus primeras andanzas y locuras. Las razones particulares y los entretelones de estos acontecimientos están muy bien narrados en el libro de su hija Rosemarie Gesell.

—Pero Carlos —le decía Doña Emilia—. Mirá que la señora necesita ayuda para comprar un edificio.

Finalmente, el 29 de febrero (¿cómo olvidarlo?) conseguí, habiendo contado también con el apoyo de Rosemarie y de su hermano mayor, Roberto, que enviaban a sus hijos a nuestro colegio, que Don Carlos me cambiara el terreno que me había donado antes, por dinero en efectivo. Cinco millones de pesos.

"El dinero sirve para no tener que pensar en él", ha dicho Chaplin. ¿Se nos hubieran facilitado las cosas si hubiésemos gozado de una relación más fluida con él?

En el Paseo 107 entre avenidas 7 y 8 encontramos una casita, con un terreno de 800 metros de superficie, en su mayoría médano, que estaba en venta.

Rodolfo Odriozola, un amigo que habíamos conocido en Gesell, me dio un buen consejo. Este hombre de La Plata nos había sacado de un gran apuro, ya que en el mes de octubre había vencido el alquiler de la casa de la calle 109, y nuevamente nos habíamos encontrado ante la necesidad de mudarnos. Nos alquiló los cuartos de su Residencial El jabalí, por octubre y noviembre, algo que nadie hace en estos

lugares de veraneo, pues son meses de reacondicionamiento y preparación para la temporada. Gracias a su buena disposición, terminamos con nuestra familia el año allí. El me aconsejó que comprara la casa. Está bien para empezar, la ubicación es buena, me dijo. No dude y aproveche esta oportunidad.

Me pedían por ella más dinero del que tenía en la mano.

Para conseguir lo que faltaba, unos dos millones más, pedí un crédito al Banco Provincia. El Gerente de la sucursal Villa Gesell se negaba a otorgármelo. Desconfiaba de que pudiera cumplir con el pago de las cuotas.

Gracias a Dios, el hermano de mi amiga Beatriz era Gerente de Préstamos Hipotecarios en La Plata, y por medio de él obtuve el aval necesario para que me lo dieran.

Años después, cuando ya la escuela se había agrandado con nuevas aulas, me topé en la calle con el ex—Gerente geselino, que paseaba del brazo de su señora, gozando del verano.

—¡Señora de Zaldívar! —me dijo sonriente—. Hemos visto su escuela. ¡La felicito! ¿Se acuerda de que yo no le quería otorgar el crédito? ¡Mire usted lo que son las cosas!

—¡Cómo no me voy a acordar! —le contesté bastante divertida por la referencia. No habrá imaginado lo que significaba para mí su negativa, si se hubiese concretado el rechazo.

En 1971, obtuvimos el 30 por ciento de subvención. Al año siguiente, este beneficio aumentó al 50 por ciento. La situación del país era difícil. En el año 73 tuvimos que adaptarnos a la decisión de los gobernantes y políticos, que seguían sometiéndonos a vaivenes y sorpresas, sin preguntarnos nuestra opinión. Con la vuelta del peronismo al poder, recurrí a un hermanastro de mi abuelo, Norberto Fernández Olguín, también militar, que había sido compañero de Perón en el Liceo y con el cual tenía un trato muy familiar, de tuteo recíproco. Cuando el Tte.

General Perón cumplió sesenta años de recibido, lo invitó a Norberto y a su esposa, junto a dos matrimonios más, para el íntimo festejo conmemorativo.

Norberto me presentó al presidente del Círculo Militar, quien a su vez me derivó al Ministerio de Educación, de manera que fueran atendidos mis reclamos con un poco más de dedicación, para finalmente obtener ese año, el 70 por ciento de subvención. Al año siguiente nos dieron el 100 por ciento.

Este beneficio trae aparejada la aceptación por parte de las autoridades del colegio, de ciertas reglas básicas dispuestas por el organismo estatal. Entre otras cosas, se fija un monto máximo en los aranceles mensuales, que deben ser bajos, lo que le da a la escuela la categoría de, prácticamente, institución gratuita.

Cada cambio de gobierno significaba comenzar de cero. Recibir inspecciones exhaustivas a cara de perro, como si fuéramos enemigos públicos. Por eso aprendí con los años y a fuerza de golpes, que es bueno tener en quien apoyarse, pues se trata de hacerse respetar para seguir avanzando.

Además de este adelanto, el mismo año construimos un aula, la más grande de todas las que hay en existencia, delante de la casa. Para concretar esta obra, me presenté ante el propietario de un conocido negocio de materiales de construcción, y hablé con sinceridad. El señor Pincirolí me cedió los materiales, y luego fuimos pagando la deuda. Llegué al mismo arreglo con los constructores.

Necesitaba una persona en quien confiar, que me secundara en la parte educativa, de administración, y organizativa, debido a que yo debía continuar trabajando en la escuela del Estado hasta jubilarme. Una persona dispuesta.

Pensé en mis antiguas compañeras de la Escuela N° 5 de Lomas; una de ellas, Margarita, soltera y ya jubilada, sin compromisos urgentes, podría tal vez venir a colaborar.

Le hablé y aceptó. Estábamos las dos muy ilusionadas, pero pronto comenzamos a descubrir que nos habíamos equivocado.

Se trataba de una mujer de difícil carácter, lo cual complicaba la convivencia, autoritaria, muy competitiva, y me creó ciertos conflictos difíciles de resolver. No olvidemos que estábamos luchando con un colegio, para sacarlo adelante, y con un enfermo que precisaba mucho de la generosidad de quienes lo rodeaban.

Cuando Cacho sufrió creciente deterioro, ella se mostró intolerante y dura.

—¿Qué hacés al lado de este hombre que no te sirve para nada? —me cuestionó.

Finalmente, casi un año después de su llegada, por un problema en su salud, posteriormente resuelto, me comunicó que se volvía a Lomas. Ya no regresó a Villa Gesell.

Este intento fallido me dejó enorme tristeza, pero una a una las preocupaciones se amontonaban y no había tiempo de lamentarse, era inútil llorar.

Debíamos continuar.

Nuestro hijo Aníbal, para quien la mudanza a Villa Gesell significó el abrupto fin de su infancia, como todos comprendimos más tarde, escribió en los años ochenta una serie de relatos donde cuenta parte de su adolescencia.

Quisiera transcribir algunos párrafos de uno de ellos ("Amigos"), donde queda bien ilustrada nuestra vida, y las cuestiones que nuestros hijos debían afrontar diariamente, muchas de las cuales ya relaté.

Hace referencia, además de otras vivencias muy claramente expuestas, a la amistad que lo unía a Jorge Martínez Salas, hijo de Rosemarie Gesell, ya nombrada en estas páginas. Junto a su gran comunión espiritual, los chicos compartían la circunstancia de que sus padres estaban, los dos, muy enfermos.

“Al terminar esa noche las horas de trabajo, habíamos decidido no ir más. Salíamos de nuestras casas a las dos de la tarde, con el tiempo justo para almorzar, porque llegábamos del colegio a la una y media.

—Bueno, se acabó —dijimos, suspirando, mientras regresábamos corriendo por la calle, en medio de la humedad helada. Antes de separarnos, en la esquina, le di los cien correspondientes al día.

—¡Esto no puede ser! ¡Vos tenés que trabajar! —me repitió ella, en la mesa, mientras cenábamos— Ya sabés cuál es la situación económica de la casa.

Yo comía sin hablar. Papá estaba silencioso, mamá me miraba, asintiendo.

Cuando papá se levantó, ella se acercó hasta hacerme sentir su aliento en la cara, y me dijo en voz baja, amenazadora y confidente a la vez:

—Ya sabés cómo está tu papá, tu mamá no puede sola.

Y yo, que sabía lo que pasaba, no quería hablar, no creía en la necesidad de explicarme.

—No me va a ganar —le dije a Jorge al otro día— yo ahí no trabajo más, pase lo que pase.

—¿Pero qué hace metida en tu casa?

Traté de que él entendiera que ella había venido a ayudar a mamá, y por eso vivía con nosotros, pero nos tenía zumbando a todos, y que iba a ser muy difícil sostener mi decisión. La noticia de la noche anterior los había sorprendido, pero para hoy esperaba una arremetida más fuerte.

—Bueno, espero que todo ande bien —me dijo cuando nos separamos, después de contar la plata que habíamos juntado entre los dos.

Volví muy tarde a casa, a propósito. Subí la escalerita, crucé el hall y empujé suavemente la gruesa puerta de madera.

Me sorprendió escuchar música a esa hora de la noche: "...en un rincón del alma, donde guardo la pena que me dejó tu adiós". Ella estaba sentada, sola, en el sillón del living, con los ojos cerrados, escuchando su canción preferida. Vacilé, temiendo hacer ruido, pero no se inmutó. Sentí que estaba esperándome.

—Están todos durmiendo —dijo, abstraída, con aire grave.

Con cautela traje mi comida y me senté a la mesa, asombrado porque no comenzaba la batalla.

Entonces habló, con una voz distinta, temblorosa. "Ustedes son terribles, vos también sos sagitariano, como él", decía, comparando mis actitudes con las de un amor lejano e ingrato que la atormentaba. Entrecerró los ojos y comenzó a lagrimear.

Despacio, algo aturdido, me levanté de la mesa y me acerqué a la habitación de papá, para escuchar otra vez sus ronquidos lentos, para sentirme turbado, siempre entristecido por esa respiración dolorida que brotaba de su cuerpo golpeado.

Cuando estaba por bajar a mi cuarto, escuché que llamaban a la puerta.

—Soy yo, Jorge, abríme—. Sonaba agitado, afligido—. Me parece que esta vez tenemos que internarlo.

—No me digas.... ¿Otra vez tu viejo?

Si —dijo—, otra vez”.

Seis:

Temblores

En enero del 72 se acercó a visitarnos Aníbal, el papá de Cacho. Hablamos con suma franqueza, y él, consciente de la situación que estábamos pasando, tomó la decisión de ayudarnos, pidiendo un préstamo al Banco, de modo de facilitarnos el dinero que nos hacía falta. Para concretarlo, fue necesario que hipotecara su casa de Lomas de Zamora, donde vivía con su hija Susana y su familia. En Lomas la novedad fue recibida con gran sorpresa, y en algunos casos, con total rechazo.

Ya ha pasado mucho tiempo. Si cabe, pedimos a todo aquel que hayamos molestado, sin querer, con los acontecimientos que nos ha tocado vivir, que procure comprendernos. Es muy difícil pedir ayuda, pero en nuestra circunstancia no había otro camino. Aceptándolo así, nos acercamos a aquellos que podían tendernos una mano. Por lo demás, estaremos siempre agradecidos. Como muestra de esta gratitud infinita, queda la carta que Cacho le escribió a su padre en abril de ese año, y que transcribo más adelante.

Gracias a Dios, el dinero pudimos devolverlo al cabo de tres meses.

Cacho cada vez decaía más anímicamente, debido a que sentía sobre él una gran presión, y a menudo se rebelaba contra ese destino de inactividad y deterioro que lo abatía. Comenzó a expresar su deseo de que volviéramos a Adrogué. Excepto el problema en el habla, que se daba en ocasiones, alguna torpeza en los movimientos, y la dificultad para escribir con fluidez, no notábamos mayor gravedad en su salud.

Para ejercitar la mano, solía escribir trozos de poemas en cualquier papel. Nos sorprendía su letra en todas partes; encontrarnos, por ejemplo, con estos versos de León Felipe:

¡Huyen! Se ve que huyen
de espaldas a la tierra.
Nosotros no hemos visto nunca todavía
los ojos de una estrella...

Gustavo recuerda especialmente una estrofa. No sabemos a ciencia cierta, a quién pertenece, aunque nos inclinamos hacia Amado Nervo:

Perdida no está del todo la esperanza
si aún queda en el camino una flor de romero
donde pueda hacer fiesta la abeja libadora
que es el alma.

Solía tomar muchas aspirinas, ya que provocaban en su organismo resentido una marcada sensación de mejoría general, y es probable que se debiera al efecto que esta droga causa en las arterias, según conocemos hoy en día.

Cacho quería trabajar. ¡Cuánto se conoce ahora, también, acerca de las virtudes terapéuticas del trabajo! Existen hoy instituciones que propician un cambio de mentalidad frente a diferentes discapacidades, desechando actitudes de miedo, compasión o rechazo.

—Bueno —le dije— si querés, si estás decidido a buscar trabajo en Buenos Aires, andá. Tratá de conseguir algo. Yo espero tu respuesta mientras sigo con el colegio, que al menos nos permite sobrevivir.

¿Y qué podía decirle? ¿Que no soñara lo imposible? ¿Y qué sabía yo, en concreto?

Se fue a Lomas, a casa de su hermana Susana. Lo recibieron con los brazos abiertos.

Un ingeniero, ex compañero de la Dirección de Tierras, estaba como Ministro de Agricultura. Cacho lo visitó, y le explicó su situación. Si bien el amigo lo atendió con gran cariño, no le prometió nada, y desde luego, habrá notado el deterioro en la salud de su antiguo compañero.

Totón, mi hermano y su amigo, le dio su apoyo, ofreciéndole una tarea liviana en el negocio de venta de lanas y máquinas de tejer que regenteaba. Cacho aceptó.

Pero su proyecto no duró más que unos meses.

En primer lugar, su propio organismo no le respondía. Le era difícil coordinar pensamientos y palabras, le costaba manejar su cuerpo por pequeña que fuera la orden que quisiera darle. Los fracasos en su lucha le hacían mucho daño.

En esos momentos frecuentó viejas amistades, trató de sostener una actitud de normalidad que no era tal. Supe después que pasaba el tiempo fumando muchísimo, inquieto, preocupado. Que de noche deambulaba por la casa de su hermana, solo con sus pensamientos.

Me mandó en esos días una carta muy angustiante para los dos, donde explicaba su deseo y su necesidad de que todo volviera a ser como antes. Es más, me prometía que todo iba a volver a ser igual, como si de él y de su voluntad inquebrantable dependiera nuestro futuro.

El motivo por el cual no conservé esta carta, es que su lectura me causaba enorme sufrimiento. En un instante de gran desesperación la rompí, ya pasados los años. Pero quedó imborrable la esencia de su contenido.

Sí guardo, en cambio, un poema de Ana Weyland que Cacho me trajo cuando volvió, a propósito de sus sentimientos en esa circunstancia tan dolorosa.

Antigua presencia

He tomado un ómnibus, he ido a los lugares

de siempre.

He reclamado para mí

lo que no podían darme.

Luego, he regresado.

He ido contando los pasos,

las briznas de hierba, las nubes.

He ido deteniendo la mirada

en cada punto luminoso.

He llegado a mi casa, me he sentado

y he apoyado la frente en la mano.

Y todo el tiempo has estado conmigo.

Luego supe, por boca de él mismo, que se había visto envuelto en un frustrante acercamiento con una mujer, quien solía mostrarse efusiva e insinuadora mientras vivimos en Adrogué. ¿Qué quiero expresar con esto de acercamiento? Que hubo un intento de seducción muy claro, que él rechazó con toda la gentileza de la que era capaz, pero que a su vez, el hecho lo sacudió, lo conmocionó. Seguramente la sensibilidad de mi marido, tan herida entonces, la auténtica necesidad de volver a verse entero, viril y seductor, como siempre fue, habrá influido para que él se sintiera halagado por este interés femenino. La ansiedad de reconocerse otra vez a sí mismo, de volver a estimarse, a valorarse. ¡Qué triste y qué tremendo, no advertir el estado espiritual de un hombre íntegro que sufre, y perturbarlo, causándole un nuevo dolor!

Atenuado, en parte, por innumerables preocupaciones, mi asombro ante el relato de Cacho no fue muy grande. Era previsible en ella que se comportara de esa manera, porque a menudo adoptaba actitudes llamativas.

Y fue después, en el curso del año, que la misma mujer consolidó una relación con el esposo de mi amiga Amanda. ¡Nuestra querida Amanda!

Quedamos aturridos por la pena que nos provocó esta noticia.

Con motivo de un viaje que hice a Lomas, reuniéndonos de este modo Cacho, Patricia y yo, estuvimos hablando largamente sobre las cosas que nos pasaban. Nuestra hija manejaba bien el trabajo y el estudio. Pero sufría con asiduidad punzantes dolores de cabeza. Muy preocupante, habida cuenta de nuestra historia clínica familiar. Nos agobiaban las dudas, y la urgencia de obtener un diagnóstico preciso sobre estas molestias.

Fuimos juntas a consultar con Florencio Escardó. Cordial y afectuoso, como siempre, le dio la bienvenida a su "parienta" (que así me nombraba).

En primer lugar, se ocupó de Patricia.

—¿Me prestás los ojos para pasear por Santa Fe el domingo a la tarde? —le preguntó mientras la revisaba.

¡Bien! Había allí una cuestión evidente. Los nódulos nerviosos del cuello, los hombros y debajo de los brazos estaban sumamente contracturados. El tratamiento para remediarlo podía realizarse con acupuntura o con kinesiología y calor.

Patricia concurrió luego a recibir los masajes correspondientes en el Policlínico de Lomas de Zamora y se alivió de manera notoria.

En segundo lugar, hablamos del problema de Cacho.

—Cuando un miembro importante de la familia se enferma, el sano debe hacerse cargo, tomar las decisiones que crea importantes, a pesar de lo que digan los de afuera. No tienen mayor derecho a opinar, porque no participan del núcleo interno, de la vida íntima familiar y en definitiva no están a cargo del enfermo, y en el momento preciso, no van a estar. Es fundamental que este miembro cuide, a su vez, su salud, porque es el sostén —me expresó Escardó esa tarde.

—Pero él quiere trabajar, mantener a su familia.

—No tome al pie de la letra lo que él repite, como eso de que quiere volver a ser el jefe del hogar. Lo dice para su propia justificación, pero, inconscientemente, su intención puede ser muy distante de lo que expresa. Por eso, si toma iniciativas en ese sentido, déjelo, no se oponga. El lo manifiesta, pues necesita justificarse, aún sabiendo que no puede. Compréndalo, apóyelo, porque debe sentir el amor de su familia, pero siga tomando las resoluciones precisas, con toda la libertad de acción que desee.

De regreso a Lomas, en el tren, le pedí a mi hija que anotara todos los consejos que el Dr. Escardó me había dado, para evitar el riesgo de olvidármelos. Atesoro aún sus palabras y las tengo en cuenta. Me hablaban, sin vueltas, de la dura realidad. Resalto por ejemplo: "Considere que ahora tiene un hijo más, dándole toda la libertad que él necesite dentro de las limitaciones lógicas. Si a pesar de saber que le hace mal, quiere seguir fumando, déjelo. No le diga nunca: esto te va a hacer mal. Tiene que asumir él solo su responsabilidad." "Cuando alguien está enfermo, se enferman todos a su alrededor; que el miembro más sano obre según su criterio."

Además de estas entrevistas con el multifacético Dr. Florencio Escardó (uno de los más destacados pediatras del país, el mismo que tuvo la sensibilidad de comprender la tremenda soledad de los pequeños internados en el Hospital de Niños, donde trabajó y fue Director. De modo que impulsó y logró que se permitiera a las madres acompañar a sus hijos, cosa que produjo enormes beneficios para la atención y recuperación de los enfermos), me he acercado a su pensamiento, leyéndolo. En sus libros, en sus artículos tan didácticos y clarificadores, ¡cuántas ideas sobre educación nos ha dejado! Sus conceptos, como: "Es preferible tener un mal hogar a no tener hogar". "El ser humano necesita amor, seguridad, confianza, especialmente en la niñez, y en la vejez, cuando se siente desvalido". "No hay peor oscuridad que la ignorancia". "Debemos prestar atención a lo que decimos, a la opinión que emitimos sobre los demás. Nuestras expresiones no son gratuitas. El niño se forma mientras crece con la opinión que de ellos expresan sus padres. No

descalifiquemos con nuestras palabras a niños y a adolescentes. Ni a los adultos, que esperan un voto de confianza de su familia." En "La Nación" publicó hace años un artículo donde manifestaba sustancialmente que la pobreza y el hambre desaparecerían en el mundo si una sola persona se hiciera cargo de otra para apoyarla y protegerla. ¿Lo haremos por fin?

Volví a mi trabajo en Villa Gesell, pero pronto recibí un llamado desde Lomas. Cacho había sufrido un espasmo cerebral. Una hemiplejía lo afectaba en toda la parte derecha del cuerpo. Había estado fumando mucho, toda la noche despierto e inquieto, hasta que sobrevino la crisis, me dijo luego Susana.

Durante el viaje, aterrorizada, me imaginaba un cuadro desolador, y, si bien me tranquilicé cuando por fin lo vi, no dejaba de ser grave.

Los médicos volvieron a examinarlo, y estuvo unos días internado en el Policlínico de Lomas. Son las arterias, contestaban a mis requerimientos. Otros insistían con la supuesta atrofia.

Ante mi insistencia, obtuve todo tipo de reacciones, algunas estentóreas, como si él fuera ya un enfermo "descartable":

—¡Qué quiere que hagamos! ¡Si tiene las arterias de un anciano!

¿Había que resignarse, entonces?

—No puede tratarse de arteriosclerosis. Su marido está muy lúcido, mantiene conversaciones inteligentes, conserva intacta la memoria —opinó el Doctor Corti, más adelante, una vez que volvimos a nuestra casa de Villa Gesell.

¿Quiénes acertaban con la verdad?

Creo que a pesar del duro golpe asestado a todos sus planes y a sus buenas intenciones, él se sintió liberado.

Al fin tenía una prueba visible de que estaba realmente enfermo, una evidencia que acallara las voces de los demás. Fue durísimo para él sentirse incomprendido. Juzgado. Un sufrimiento moral que se agregaba a las penurias físicas.

Comenzó a hacer rehabilitación, con un profesor de gimnasia que le enseñaba algunos ejercicios para el brazo y la mano afectados, utilizando una bolsa de arena, y otros para la pierna débil. Nos ocupamos de él con todo nuestro empeño.

Tras el alejamiento de Margarita, que había sido operada en Buenos Aires, me encontraba otra vez tapada de responsabilidades.

Al trabajo en mi colegio, se sumaba el cargo en la escuela estatal, primero como Vice—directora interina, y más tarde, ejerciendo como maestra de segundo grado en la Escuela N° 12.

Se acercaba el fin de año con todo su cúmulo de tareas, y debíamos presentarnos en una Feria de Ciencias en Gral. Madariaga, para la cual con Clelia, la maestra de sexto y séptimo, habíamos preparado el tema "Fijación de médanos". Para desarrollarlo con exactitud, pedimos audiencia con Don Carlos Gesell, a fin de que nos explicara el método que él mismo había implementado, para lograr que las arenas no volaran junto con las cientos y cientos de plantas sembradas por este verdadero "Domador de médanos", como se lo llamaba. Con gran afabilidad nos recibió, a la docente y a mí, y a los alumnos de sexto y séptimo. Los chicos provistos de cuestionarios se dispusieron para la entrevista.

Pacientemente nos relató el duro trajinar para lograr su objetivo. Durante nueve años intentó el éxito, sin conseguirlo. Las plantas que él sembraba, no crecían, pues los vientos las levantaban, ya que, debido a la humedad que fácilmente encontraban debajo de la arena, donde hay agua potable, echaban raíces a poca profundidad. De modo que al volar la arena por efecto del viento, también volaba lo sembrado por Don Carlos con tanto esfuerzo. Nos contó que hasta hizo venir desde Alemania a

un Ingeniero especialista, que le diagnosticó con gran severidad: "¡Esto es imposible! Aquí no va a crecer una sola planta".

Con su alma de inventor, se propuso solucionar este problema. Diseñó una especie de canuto de papel metalizado relleno con tierra, con un agujero en el extremo. Así sembró los arenales, probando todo tipo de especies adecuadas para la zona: cortaderas, espinillos, acacias, pinos, sauces. ¡Toda una belleza que hoy admiramos! Gracias a que el sistema dio resultado, y por fin las raíces, obligadas a seguir el curso del tubo fabricado por Gesell, se fijaron en los médanos rebeldes y ya no se modificaron.

Así fue que el ingenio y el tesón del "Loco de los médanos", como llegaron a apodarlo, hizo que hoy gocemos de una de las ciudades más bellas que se conocen. Su ejemplo siempre ilumina a los geselinos por adopción, como es mi caso, que no cejamos fácilmente cuando de luchar por algo constructivo se trata.

A mediados de ese año 72 lo invitamos, junto a su familia, a un acto en la escuela, donde descubrimos dos placas, una para honrar a Don Carlos y otra en honor de Doña Emilia. Acompañado por su hija Rosemarie, y para nuestra satisfacción, se hizo presente en el sencillo homenaje.

Volviendo a las circunstancias por las que atravesaba, se hacía evidente que no podía derivar mis funciones, así que opté por pedir licencia por enfermedad.

En la fecha prevista asistimos a la Feria, y al cabo de unos días recibo una citación.

Me habían denunciado porque, habiendo pedido licencia por enfermedad, estaba a ojos vistas sana y entera, y trabajando en mi escuela.

—Gracias a Dios, yo no estoy enferma —dije a las autoridades intervinientes— pero mi marido está imposibilitado de trabajar. Prácticamente inválido y dependiente de mí en todos los aspectos. Pido licencia por enfermedad porque es lo único que puedo hacer en este momento. Si ustedes no me permiten recurrir a la licencia, ¿qué hago?

Seguí exponiendo mis razones, la situación de nuestra familia, y mi necesidad de mantener el trabajo en la escuela estatal, ya que ese sueldo me permitía dar de comer a mis hijos. Las inspectoras entendieron.

No obstante, tuve que viajar a La Plata y presentarme a Junta Médica. Conté la verdad con la sinceridad que correspondía y me fue concedida la licencia.

Pasamos una Navidad en familia, en las instalaciones de la escuela, convertida en vivienda mientras durase el verano. Aprovechamos para pintar y acondicionar entre los chicos y yo. Patricia recuerda que pintó a brocha gorda y sin ayuda una pieza, mientras los demás hacíamos otras tareas, y que no se hacía pesado porque el clima era de buen humor y gusto por el trabajo compartido. ¡No queríamos dejar entrar la tristeza!

El Padre Guillermo pasó su última Navidad en la Villa, ya que debía trasladarse a un nuevo destino, y los chicos asistieron a su Misa de Nochebuena. En casa, comió con nosotros y bendijo el árbol navideño. Estuvo muy cerca de Cacho en esos días de despedida.

Ese verano del 73, dispuestos ya para trabajar en la temporada como Guardería, pongo un cartel afuera pidiendo empleada. Se presenta Aurelia Vázquez Iglesias, quien tenía el Título de Perito Mercantil y experiencia como secretaria en Buenos Aires.

Durante esos meses aprovechamos el aula grande construida ese año, y Aurelia, leal y sensible mujer que aún permanece con nosotros, y que se ha convertido en mi mano derecha, se hizo cargo de los chicos, que concurrían en buena cantidad, debido al trabajo de sus padres, sábados y domingos incluídos. Fue muy sacrificado, pues los horarios variaban según las necesidades de cada uno, y había que hacer turnos de noche para entregar o recibir niños, incluso bebés de meses.

Ese año Patricia se quedó en Villa Gesell, dando clase de inglés en la escuela, de lunes a jueves. Los viernes tomaba un ómnibus a las seis de la mañana rumbo a La

Plata, y cursaba toda la tarde del viernes y la mañana del sábado sus materias de segundo año, para luego viajar a Lomas, a casa de Nora.

El domingo retornaba a la Villa. En La Plata solía quedarse a dormir en casa de la familia Fernández, a quienes habíamos conocido porque Adolfo era Inspector del C.E.D.N.O. (actualmente Dirección de Escuelas de Educación Privada), y a menudo nos visitaban.

Elba Lahera, la esposa, y madre de Laura y Anahí, es una mujer encantadora que fue muy hospitalaria con Patricia. Luego sufrió la tremenda circunstancia de tener que criar a sus nietos, hijos de Anahí y Mario Mercader, dos jóvenes que "desaparecieron" en la época del Proceso Militar, en esos trágicos años donde tanta gente fue inmolada. Después de la desesperada búsqueda de parte de sus familiares, se llegó a saber que Mario había muerto de inmediato, en circunstancias no aclaradas. Anahí en cambio, nunca fue encontrada, ni en instituciones, ni en cementerios, ni en "listas" de gente detenida por la fuerza. Su otra hija viajó primeramente a Suiza; supimos luego que vivía en Bélgica, casada con un diplomático uruguayo.

Fueron años de grandes peligros, donde las Facultades se convertían a veces en campos de batalla, con frecuentes amenazas de bombas, con enfrentamientos donde los estudiantes eran a menudo víctimas y muchos de ellos victimarios. En La Plata el ambiente no se presentaba menos tenso, y nosotros rogábamos para que a nuestra hija no le pasara nada, en medio de tanta agitación.

Todas las vicisitudes de ese año y los sucesivos las iré relatando lo más claramente posible. Ahora quisiera insertar un poco de nuestra correspondencia, la que ha quedado en pie, después de tanto movimiento.

Me parece un dato útil para clarificar la narración, y a la vez no deja de sorprenderme, este sencillo cálculo: nos mudamos veintidós veces en esos años.

Las simples líneas de una carta permiten ilustrar bien la situación que vivíamos todos. Tal vez por afán de preservar el sentir de aquellos años, o simplemente por apego a estos testimonios, por puro amor, hemos ido guardando esquelas, mensajes, cartas que parecían de poca importancia.

Me pregunto cuántas veces en la vida de cualquier persona, se presentará la ocasión de escribir cartas, no ya las que debemos enviar por trabajo u obligación, sino las íntimas, las fraternales, las confesionales, las que hacen inmortal una simple anécdota. ¿Y asimismo, cuántas cartas tendrá oportunidad de recibir esa misma persona?

Aun las más sencillas, cobran con el tiempo dimensiones enormes. Para no extenderme demasiado, he tomado extractos de algunas de ellas. Aunque resulta difícil seleccionarlás.

¡Ellas hablan por sí mismas! Son un modo de mostrarse. Sus fragmentos dicen más de lo que se consiga exponer con trabajoso orden. Orden que me cuesta y, sin embargo, es indispensable para hacerme entender.

Carta de Cacho a Patricia, que se encontraba en Miramar en casa de Romelio, de vacaciones y reponiéndose de una fractura en su pierna derecha.

La dulzura de mi marido se hace palpable en estas líneas.

Adrogué, 19 de enero de 1966

Querida hija:

Recibimos con alegría y emoción tu tarjetita, donde como siempre con pocas palabras sabes decir muy bien, muchas cosas.

Mucho nos alegra que camines ya mejor, que disfrutes de la playa y un poco también, aunque esto sea egoísta, que nos extrañes en algún ratito libre.

Estamos seguros, además, que rodeada de tan buena compañía te sentirás como en tu propia casa, y sabrás ser una gentil embajadora de esta familia que tanto te quiere.

Patricia, se nos queda en la mano el ademán de acariciarte, te soplamos en cambio con toda nuestra fuerza un beso muy grande, que seguramente llegará hasta tí.

Papá.

Carta de su amigo Luis María a Cacho

Burzaco, 11 de marzo de 1969

Querido Aníbal:

Demasiado cercanas las horas de la separación, no puedo contener el deseo de escribirte, abrigando la esperanza de que estas líneas no equivalgan a una despedida, sino que fertilicen en tu corazón y preparen el terreno para el futuro reencuentro.

Uno de los arrepentimientos que ha dejado huellas más hondas en mi existencia, provino de los momentos en que necesité expresar a los seres que quise, cuanto habían significado en mi vida, pero me abstuve de hacerlo por causas aún inexplicables. Pienso que fue el temor de no encontrar para mis palabras el eco afectivo para el que estaban destinadas.

Sea como fuere, no me perdonaría hoy incurrir en el mismo error de otras épocas.

Puedo así decirte que han sido vanos los esfuerzos por recordar a alguien que pueda comparársete en bondad. No importa que estés lejos, tu influencia benéfica se reflejará, frecuente y decisivamente, en las actitudes que asuma. Bastará recordarte

para apaciguar las tormentas que suelen desencadenarse en mí mismo, contra mi propia voluntad.

En Gesell, libre de tus malestares físicos, provocados en gran proporción por el trabajo que tanto te desagradaba, nada impedirá irradiar a los demás la paz espiritual que te distingue. Te lo agradecerán.

Tu hogar, aposento de amor, cordialidad y comprensión, se constituirá en el punto de cita ineludible para quienes aprecien esas virtudes, restableciéndose el ritmo vívido, rico en comunicación humana que mantuvo en Adrogué.

Lástima que a la callecita, plena de poesía, le haya raptado su encanto Villa Gesell.

En cuanto a Mini, la admiración y estima que le profeso, invalida la posibilidad de hallar términos adecuados para testimoniarlo. Si los creyentes que conozco, ejercitaran su fe con la generosidad que ella emplea en sus actos, la Vida recobraría el esplendor, la ilusión y el sentido poético, cada día más ausentes en el deambular por los senderos de nuestra realidad, donde impera la religión del dinero. Sus fieles son abrumadora mayoría.

El oportuno viraje impuesto por ustedes constituye un estímulo directo para Nelly y para mí. En mí gravitará más que en ella, por supuesto, por variadas e imaginables razones; la principal es que el hartazgo de seguir aquí ha colmado hasta el último de los límites que fuí forzado a imponerme.

Ustedes pudieron evadirse del presidio imaginario, donde agonizan, inexorable y verdaderamente, millares de seres yermos y gastados que, por acostumbramiento senil, se sienten cómodos y satisfechos dentro de sus muros sin luz. Ellos son los normales...

El mar y el viento, asociados, les tributarán la bienvenida que merecen; lo deseo de corazón.

Hasta el reencuentro,

Luis María

Carta de Cacho a Patricia (inconclusa)

Villa Gesell 31 de octubre de 1969

Mi muy querida hija:

Me cuesta mucho trabajo escribir una carta, por momentos me parece haber perdido la lucidez para hacerlo con corrección, pero pienso que en el fondo allí puede estar el secreto: suprimir lo correcto por lo espontáneo.

Tú, mi Patricia, mi adorada Patricia, hoy cumples quince años, tus quince años, con tus padres lejos pero nunca tan cerca como ahora.

(sin firmar)

Villa Gesell, 30 de noviembre de 1969

Adorada hija:

No creas que tu madre es una ingrata, te extraño muchísimo y deseo verte cuanto antes, pero estoy muy ocupada. En estos momentos estoy tomando los cuatrimestrales en el secundario y aprovecho para escribirte.

Muy linda tu cartita a Aníbal, por su cumpleaños.

¿Cómo está mamá? ¿Y Nora y sus chicos?

Yo estoy contentísima con el colegio. Rindieron examen mis alumnos, vinieron de Madariaga la directora y las docentes, a tomar la prueba. Comentaron que estaban muy bien preparados, y aprobaron todos.

Hicimos el sábado 29 la fiestita de fin de curso, estuvo espléndida. Las maestras se rompieron todas y los chicos estuvieron muy bien. ¡Hicieron la exhibición gimnástica y todo!

Aníbal se despidió en nombre de los egresados, con unas hermosas palabras que papi le ayudó a redactar.

Ahora veremos los resultados de la inscripción del año que viene. Si cumplen lo prometido duplicaremos el alumnado. ¡Dios quiera! (...)

Un beso grandote, tu mamá

Carta de Cacho a su padre, antes de la hemiplejia.

Villa Gesell, 5 de abril de 1972

Mi querido Papá:

Hace mucho tiempo que nuestra comunicación, que sin duda existe por encima de todo, sin embargo no se concreta adecuadamente. Podría explicarte que es culpa de ello, mi "mudez" casi definitiva y el tumultuoso y acaso verborrágico mal de otras gentes que nos circundaban, y evitaban así, el "acceso" familiar pleno.

¡Cómo te recuerdo!, acá, entre los pinos, tu figura se agiganta y estás en mí en cada momento, leyendo "Nosotros" y las filosofías que alguna vez hemos compartido juntos y seguramente, con la misma emoción.

Debo decirte además que a medida que mi figura se reduce y empequeñece para los ojos de otros que no ven la verdad ni la buscan, más creo en tí y en tu sabiduría tranquila de la vida, más creo en tu señorío cabal, que me grita, esto sí, estentóreamente y con profunda fe, que eres mi padre. Así, con orgullo, y vanidad muy limpia.

Párrafo aparte para Minie, mi mujer, que ha sido el verdadero sostén de la familia entera en estos tres años, difíciles, los más difíciles de nuestra vida.

Parece complacerse en triunfar de las limitaciones, que para otros son como fatalidades. Criticada, a veces, con evidente injusticia, sobre todo por la mediocracia de la vida, por la chatura mental, que desgraciadamente está presente en algunos, que siendo buena gente, no pueden ser nada más que eso, buena gente; a veces no es suficiente.

En nombre de ella y en el mío, te agradecemos el aporte fundamental que nos has dado, para posibilitar la marcha de la escuela, y yo diría, además, que aparte de eso, te enviamos el abrazo más emocionado de tus hijos y nietos.

Cacho— Minie

Aníbal—Gustavo—Fernando

Carta de Patricia a sus padres.

Lomas de Zamora, 5 de septiembre de 1972

Querida familia:

Estoy muy desorientada. Hoy hago un balance del año que he vivido, y no puedo rescatar algo realmente positivo. No sé si me entienden. Todo contribuye para que esté muy desconforme.

Puedo decir con seguridad que no me gusta esta vida apresurada, plena de actividades diversas, que no responden en ninguna medida a mis deseos. No sé lo que me pasa. No me siento útil. Primero, en estos momentos me cuesta vivir en

una casa que no sea la mía. Segundo, no estudio. Trabajo, y me parece muy importante, pero siempre y cuando sirviera para algo; el hecho principal es que no estudio, y entonces.... ¿qué me estoy pagando?

No sé... es como si de repente una luz roja me dijera ¡Alto!, y yo, al mirar bien, viera que en realidad lo que hago es buscar algo, algo que no voy a encontrar de este modo.

No es que dude de mi vocación o de mi carrera. Quiero estudiar. Pero me doy cuenta que los prácticos y eso de ir a la facultad a las clases, no tiene mayores ventajas. A esta altura del año, guiada por lo que me dan en la facultad, no sé nada de nada. Puedo llegar a recibirme sabiendo muy poco. No quiero eso.

Quiero exprimir el día, el tiempo. Vivir pausadamente y que me sobren las horas para sentarme a estudiar, a leer, a pensar. Y quiero que mi trabajo sea útil. Aprovechar al máximo todas mis facultades.

En serio les digo que todas estas reflexiones provienen de las experiencias que viví este año, pero ahora es como si culminara mi insatisfacción. Tal vez esté muy equivocada o no viva la realidad. Como dice Erich Fromm: "¿Cómo puede un hombre, preso en esa red de actividades rutinarias, recordar que es un hombre, un individuo único, al que sólo le ha sido otorgada una única oportunidad de vivir?".

No estoy en condiciones para tomar una decisión; pero les voy a decir lo que me gustaría hacer: vivir allá, en casa, nosotros solos. Me gustaría tener una casita nuestra, aunque sé que por ahora es imposible.

Quisiera tener fuerzas para apoyarte, mamá, y me encuentro que te estoy requiriendo para mí. Vos tenés tus problemas, que también son los de todos, y que siempre son más importantes que mis inquietudes de adolescente.

Pero me duele mucho este pensamiento.

No sé cuál es mi espacio, mi camino, dónde debo estar y qué debo hacer.

Patricia

(De este largo escrito, nuestra hija sólo nos envió unos párrafos, ya que se autocensuró por temor a preocuparnos. Conservado en un cajón, el manuscrito completo es una sincera confesión que traduce sensiblemente la nostalgia del hogar, entre otras necesidades)

Villa Gesell, 20 de setiembre de 1972

Querida Patricita:

Me alegró mucho recibir tu carta, pero papi se entristeció porque siempre espera algunas palabras tuyas que no llegaron. Te pido por favor que le escribas con cariño alentándolo en su "paciencia y fortaleza" para salir adelante.

Está mejor, pero no le gusta que salgamos. En realidad se aburre.

Lo llevaré al oculista para que le haga la receta de anteojos a ver si puede leer más.

Papi escribió esta notita tratando de ejercitar la mano, espero que la entiendas, no sabe que te la mando.

A vuelta de correo contestale, decile a Susana que te dé los anteojos de papá y me los mandás, así compro sólo los vidrios. Los remedios los consigo bastante salados.

Decile a Bebe que Cacho lo espera en octubre, que no deje de venir. Papi tiene muchas ganas de ver a sus amigos, de verlos a todos.

Bueno, amor mío, no dejes de mandarme noticias tuyas. Un beso grande de tus hermanos y mío,

mamá

Te traduzco la nota de papi:

Querida hija:

Tus pensamientos me llegan muy hondo, al fondo de mi alma. Quisiera explicarte algunas cosas, que brotan de mi ser resentido, y que tú, siendo inteligente y cálida mereces comprender...
(sin firma)

Carta del Padre Guillermo Dolan a Cacho.

Buenos Aires, abril de 1973

Hermano:

El Domingo es Pascua.

No sé cómo será tu Pascua, nuestra Pascua. Dios quiera que envuelta en la paz profunda que sólo da, para mí, Cristo.

Tal vez hace mucho que no nos comunicamos. ¡Qué bueno es para el hombre, después de haber estado en fecunda soledad, el Encuentro con la vida, comunicándosela al otro!

Que Dios, el Dios hecho hombre, el de la tumba vacía, te dé Paz. ¡Eso! ¡Paz! La paz del Niño, del pesebre, la Paz del Cristo en el hogar de Nazaret. La Paz del Hijo, Dios hecho hombre ya maduro, en el regazo de su Madre. La Vida Muerta en el regazo de la Mujer elegida por El para ser su mamá. ¡La Pietá!

Todo es "amable" y "agradable" en la Paz que es Cristo. Que todas nuestras soledades, anhelos, alegrías, cansancios, amarguras, sonrisas, se unan en ese Corazón que es la vida misma : Cristo.

Si tu Pascua te encuentra en un momento de confusión, de cansancio, de desesperanza, te deseo que descanses. Con el sentido hondo que tiene esa expresión "que descanses", física y anímicamente.

Que Dios te regale esta honda convicción: la Vida, la vida hay que saber aceptarla. La vida es linda porque tiene problemas, tiene sufrimientos, tiene alegrías, tiene "sus cosas".

La vida es lucha. Te lo dice el pesebre, Nazaret, el Cristo caído camino al Calvario y el Cristo de la Tumba vacía, el Cristo Bendito del histórico sepulcro. ¡Un muerto que vive!

Que nunca en tu vida te canses de luchar.

Tu amigo,

Padre Guillermo.

Me gustaría agregar que Guillermo, nuestro gran amigo, hablaba con conocimiento de causa. En su vida la lucha fue constante, y sufrió numerosas incomprensiones e injusticias. Nada fue fácil para él, aún con la gran fe que lo sostenía.

Estando en Villa Gesell nos enteramos de su muerte, ocurrida el 18 de noviembre de 1974 en Florencio Varela, provincia de Buenos Aires.

"Hay que dar hasta que duela, porque si no no diste nada", solía repetir. "La Cruz por la Cruz, no. ¡La Cruz por la Luz!", proclamaba, con el profundo sentido cristiano que transmitía en todo momento. Imposible olvidar el encanto y la sabiduría que nos regalaba en sus conversaciones, su alegría, sus canciones irlandesas, y la enérgica expresión deseando ¡Paz!, con que saludaba a todos cada vez que entraba a nuestra casa.

A más de veinte años de aquella fecha, le rendimos con hondo agradecimiento, nuestro sentido homenaje.

Siete:

Despeñadero

Me detengo a pensar por dónde continuar, cómo proseguir con los acontecimientos de ese año 1973. Se me hace muy penosa la crónica fría de los hechos, y el tiempo, que suele ser bálsamo y es sabiduría, en algunos casos parece no haber transcurrido.

A fines de abril, un domingo, estábamos esperando que Patricia, que había viajado a La Plata a rendir un examen, volviera con buenas noticias.

En esa época no teníamos teléfono, así que comunicarse por esa vía resultaba dificultoso; usábamos ocasionalmente las cabinas de la Cooperativa Telefónica de Villa Gesell, que estaban a bastante distancia de nuestro domicilio.

Nuestra hija tomó el ómnibus en el horario de costumbre, y arribó a la Villa a la hora de siempre. El colectivo paró, a pedido de Patricia, justo en la esquina de nuestra casa, sobre la avenida Buenos Aires, la cual, prácticamente desierta en ese mes del año, ya estaba asfaltada en casi todo su trayecto, luego de arduas tramitaciones y controversias, ya que Don Carlos se oponía al asfalto, y lo había aceptado de muy mala gana.

Ella caminó la media cuadra correspondiente, sin variar el paso, pero cuando la vimos llegar, sentados Cacho y yo en la galería delantera de la casa, entendimos que algo malo había sucedido.

—Edgardo sufrió un derrame cerebral —dijo con angustia desde la calle.

Resistiéndonos a aceptar lo peor, esperamos que nos brindara más precisiones.

Edgardo, esposo de mi hermana Nora, el 19 de octubre del año anterior había sido intervenido, en delicada operación de arterias, en sus miembros inferiores, ya que corría el riesgo de perder las piernas. By—pass de aorta renal, el nombre preciso de la intervención.

Sus arterias estaban todas muy comprometidas. Pero tomando en cuenta que siendo un hombre de cincuenta años podía vivir muchos más, confiábamos en que tenía amplias posibilidades de superar, con muchos cuidados, el mal pronóstico.

Por la mañana, él asistía a sus cátedras de Física, Química y Matemática en la Escuela Normal de Banfield. Partía de su casa en auto, junto con sus hijos Norita y Bachi, alumnos del mismo colegio, y esa mañana del 27 de abril se habían saludado con alegría especial, porque Bachi cumplía trece años.

Frente a la clase, a media mañana, Edgardo se descompone. Se desploma ante sus alumnos. Nos resta pensar, imaginar sólo un momento lo que vino después.

¿Cómo describir el dolor ante la evidencia de la muerte y la impotencia de médicos, familiares, amigos?

Llamé a Nora inmediatamente. Me pidió que no viajara. A pesar de que afrontaba sola la circunstancia de hacerse fuerte para sus hijos, y para Santiago, su suegro, hombre de edad avanzada que estaba a su vez enfermo, y completamente desesperado por la pérdida de su único hijo.

No viajé en ese momento, pero no pasó mucho tiempo hasta reunirme con mi hermana y acercarle, del mejor modo posible, mi consuelo.

Seguimos reuniéndonos cada vez que podemos. Ella misma está hoy ayudándome a recordar detalles que quizás he olvidado, o acaso permanezcan escondidos, adormecidos por el fragor del tiempo y el cansancio.

Hay un cuento de Aníbal, que pertenece, como el que antes incluí, a una serie de narraciones inéditas, que se titula "Viaje", y que describe su modo singular de tomar conocimiento de esta mala noticia. Extraigo los párrafos centrales.

"Por primera vez viajábamos a dedo. Apenas cien kilómetros, pero lo importante era que lo hacíamos a dedo. Al final de viaje nos esperaba mi amigo Willi, con quien pensábamos pasar toda la tarde.

Dos horas y seguíamos parados en el comienzo del mismo camino de tierra. Cada tanto un auto o un camión pasaban, y nos hacían ambiguas señas para aumentar nuestro desconcierto.

—¿Tan difícil será viajar a dedo? —nos preguntábamos, ante el fracaso de este primer ensayo. ¿Qué pasaría con nuestros vastos planes de viaje alrededor del mundo, si nos fallaba la más mínima muestra de capacidad aventurera?

Pasadas las dos horas, nos pusimos a caminar. Toda la mañana. Teníamos hambre, y una sed sentida en todo el cuerpo, no sólo en la boca reseca por el polvo del camino.

A los costados de la ruta había campo llano; más lejos, bosques y médanos que preanunciaban el mar.

Habíamos hablado de tantas cosas... diversas, inconexas, mezcladas con la sed y las puteadas porque no pasaba nadie, o porque algún maldito no nos había querido llevar: "...y el muy turro iba solo, che, ¡qué le costaba!", era una de las frases de resignación. La fatiga nos despertó, luego, sentimientos buenos. Hasta terminamos haciéndonos el firme propósito de no pegarle más a un compañero. Le decíamos Mamocha y era inevitablemente blanco de nuestras maldades. ¡No sé por qué siempre teníamos ganas de pegarle!

(...)

Un gaucho de a caballo nos informó que para el canal siete faltaban unas dos leguas. Hicimos cálculos de distancias, pero siempre equivocadas; ninguno sabía

en realidad cuántos kilómetros había en una legua. Eran las tres de la tarde y seguíamos en el camino.

Sólo queríamos llegar al almacén, que estaba antes de la casa de Willi, y comer. Ya no nos importaba nada, teníamos hambre, solamente hambre.

Caminábamos sin hablar; ya habíamos hablado mucho y ahora cada uno pensaba en sus cosas.

De repente aparecieron en mi cabeza imágenes familiares. Veía, nítida, la ceremonia de un velorio; se había muerto mi tío Edgardo y mi tía Nora lo lloraba. Yo la veía llorar. En mi cabeza seguía llorando, diciendo que él había sido bueno, y que andaba bien de salud, y que así, de pronto, tan joven, que no entendía. Yo también estaba, andaba por ahí enredado con mis primos, de luto y de llanto..., hasta que me alcanzó el reflejo del sol que pegaba contra las paredes blancas del almacén, y Jorge y yo apuramos el paso. Nos dimos una panzada memorable de sandwiches y Coca—cola.

A las seis en punto llegamos a lo de Willi. Pasamos con él media hora, hasta que tomamos el micro de regreso.

Ya no hablamos de nada, cansados, pero no tristes. Dormimos durante el viaje entero, dejando atrás los sueños de aventuras que habíamos planeado antes, fumando un L.M. por las calles del centro.

Llegué a casa, tarde, de noche, pensando nada más que en bañarme, comer y dormir.

Me recibió mamá y noté enseguida algo raro en su expresión, algo que yo secretamente, comprendí.

—¿Sabés lo que pasó? —me dijo con voz grave, al saludarme.

—Sí —murmuré—, murió el tío Edgardo. "

Estábamos alquilando, por segundo año consecutivo, un lindo chalet que, debido al nombre de su dueña, una señora muy amable que vivía en los fondos, para nosotros

será siempre "la casa de Lola". Como ya dije, ese año vivimos en Gesell la totalidad de la familia.

Patricia dormía con Fernando en la misma habitación, en la parte inferior de la casa, de manera que él la esperaba para acostarse, y luego jugaba en la cama hasta quedar rendido, mientras ella estudiaba en el cuarto o preparaba sus clases. De alguna manera se sentía protegido por su hermana mayor, porque había empezado a manifestar ansiedad y a veces miedo de quedarse solo, temores comprensibles, dada nuestra inestabilidad por los problemas de salud de Cacho. Manteníamos un esforzado equilibrio, pero sabíamos que en cualquier momento podrían temblar los cimientos con vientos inesperados.

Con apenas ocho años, Fernando fue testigo de dos graves episodios que le sucedieron a su padre, hechos dolorosos, traumáticos para un adulto, y con más razón, para un chico de corta edad.

El primero, un accidente, como lo calificó en ese momento el Dr. Espósito, ocurrió a principios de octubre. Cacho había abierto la heladera para servirse un poco de fiambre, volviendo luego a su sillón. Pero cuando quiso tragarlo, el bocado se le atoró en la garganta.

Nos encontrábamos en casa, Fernando con un amigo, Jorgito, que, como alumno de la escuela, se había quedado pupilo por unos días, y yo, que estaba ocupada en la cocina.

Oímos ruidos extraños, y los pasos de Cacho hacia el baño. Lo encontramos caído entre el bidet y el inodoro, completamente exánime, blanco, ya afectado por la asfixia. Le abrí la boca y traté de extraer el obstáculo. Lo levanté, pero su peso era tremendo, y no atiné a nada más que a golpearle la espalda y a gritar pidiendo ayuda, pues lo sentía ya frío.

Penaco salió al balcón del frente y gritó, llamando a sus hermanos. Aníbal venía, de un lado de la calle, caminando como lo hace un chico de dieciséis años de regreso

de su clase de guitarra, despreocupado, guitarra al hombro, advirtiéndole la presencia de Gustavo en la esquina opuesta, y sonriéndole con ademán de saludo.

Gustavo recién estaba llegando con su amigo Daniel, sus catorce años llenos de vivencias y ansiedad de aventuras, enmarcados por esa Villa luminosa y primaveral.

—¡Se ahoga, se ahoga! —se oía la voz de Penaco, que gritaba en la puerta de entrada.

Ante el cuadro extremo, actuaron con una gran presencia de ánimo, concentrados en su padre, haciendo desesperadas maniobras para revivirlo. Gustavo había llegado unos segundos antes e intentaba quitarle la obstrucción de la boca, pero era imposible abrirla y se lastimaba los dedos. Aníbal comenzó a soplar fuertemente en la boca de Cacho, intentando una rehabilitación sin conocer la técnica correspondiente, mientras Gustavo le masajeaba con insistencia el corazón. El cuerpo estaba frío... Fueron gestos desesperados y espontáneos que dieron resultado. Poco a poco fue reaccionando, comenzó con una respiración muy débil y ronca, lo trasladamos a la cama, y allí estuvo, sin recuperar la conciencia, respirando en forma lenta e irregular...

Debilitado, con grandes bocanadas primero, recuperó lentamente su ritmo de respiración.

Hice las gestiones correspondientes para una nueva internación en el Instituto Costa Boero. Viajamos a Buenos Aires dispuestos a investigar sobre lo sucedido.

Se lo sometió a todo tipo de análisis y estudios. Orientaron la investigación hacia su cerebro y la supuesta atrofia, pero fue imposible comprobar esta opinión.

Me resisto a enumerar los sufrimientos de Cacho en esta nueva revisión. Sólo diré que después de casi un mes de estar allí, volvimos a casa, con distinta medicación, pero con el sólo diagnóstico de la enfermedad coronaria.

Antes de fin de año, vivimos otra grave crisis.

Esta vez, una descompensación general con abundante pérdida de sangre por la boca y la nariz.

Los médicos volvieron a hablar de aneurisma.

Lo internamos durante varios días en una clínica de Gral. Madariaga. Nuevos estudios. Interconsultas. Ninguna conclusión, nada de nada. Más de lo mismo.

La perspectiva era regresar a casa y brindarle a Cacho toda nuestra atención. Estar alertas a cualquier nuevo síntoma y esperar. Un pronóstico incierto.

En el verano del 74 dejamos definitivamente la casa de Lola para mudarnos al colegio. Aurelia y yo organizamos la Guardería, con mucha concurrencia, como era habitual.

Cacho estaba bastante mal, empeorando. El deterioro se notaba mucho en su conducta, en su ánimo cambiante, inestable. Mostraba a menudo signos de agresividad. Le molestaba la gente a su alrededor.

El Dr. Betty, médico del Instituto Costa Boero, me había advertido sobre un síntoma característico de estos pacientes, llamado celotipia. El enfermo padece excesivos celos, especialmente de los más jóvenes. Es frecuente que adopten actitudes agresivas con sus seres más queridos.

En enero, Norita había pasado unos días con nosotros, y al acercarse a él para despedirse, Cacho la trató con violencia.

Volvió a adoptar actitudes bruscas, sin consecuencias, pero su gran fuerza asustaba y causaba preocupación. Esta vez fue con la cocinera, quien al cabo de unos días renunció, alarmada. A raíz de esta renuncia tomamos luego a una nueva persona, Elba, que con su hijo Ricardo todavía permanecen trabajando con nosotros.

Hablé con el tío de mi marido, Dr. Gini Lacorte, quien me confirmó las afirmaciones del Dr. Betty. Me recomendaron que lo internara.

Llamé a mi cuñada Susana, y enseguida viajaron, con mi suegro, a Villa Gesell. Ella recibió una "bienvenida" poco amable, también, de parte de Cacho. Estábamos alertas a estas reacciones, de modo que hablamos sobre la mejor forma de trasladarlo a Buenos Aires, ya que habíamos hecho tratativas con el Sanatorio San

Gabriel de Adrogué, para que quedara internado en la parte de geriatría, aconsejados por el Doctor Alonso, pariente lejano de la familia Zaldívar.

El domingo 13 de enero de 1974 fue un día doloroso para todos, por la partida de Cacho y por las condiciones en que partió. Como yo no podía viajar hasta después de unos días, decidimos que Aníbal lo acompañara, en una ambulancia. El médico lo había medicado, para tranquilizarlo, pero de todos modos se hacía dificultoso mantenerlo en calma, y fue necesario inmovilizar sus manos durante el trayecto. Su imagen desvalida sigue siendo desgarradora.

A la Clínica lo llevaron y acompañaron sus hermanas, y allí lo dejaron internado, según habíamos convenido.

Cuando pude desprenderme de mis obligaciones inmediatas, unos días después, viajé a Lomas y de ahí a Adrogué para estar con Cacho, para hablar con los médicos.

El lugar donde está instalada la Clínica me devolvió, convertidos en dolorosos, mil recuerdos de épocas felices. En nuestra juventud, frecuentábamos esta antigua quinta de Adrogué, ya que allí mismo funcionaba el Royal Garden, una confitería bailable de gran esplendor. Cuando salimos con Nora del edificio, finalizada la visita, nos sentamos en uno de aquellos viejos bancos de mármol que tanta alegría habían presenciado, y lloramos. Lloré y lloré sin consuelo.

Con lo triste que se presentaba la situación, debo no obstante reconocer que tanto médicos como enfermeras lo cuidaban con total dedicación y delicadeza, y eso calmó un poco mi inquietud.

Mi hermano Cuqui y su mujer lo visitaron, y ella me aconsejó que iniciara los trámites para obtener la jubilación por invalidez. Mi cuñada dio los primeros pasos, difíciles y engorrosos, y luego, los ex—compañeros de mi marido, Moya Ocampo y Cerutti, continuaron con la tramitación. Se consiguió justificar así veinte años de

trabajo de Cacho. Gestionaron también su afiliación al Pami, y lograron este gran beneficio que aliviaba en gran parte lo costoso de su internación y tratamiento.

Martes, jueves y sábados eran los días de visita. Cuando yo tuve que volver a Villa Gesell, para seguir trabajando y atender a nuestros hijos, lo hice con la confianza en que Susana y Beba, sus hermanas, lo visitaban; también su tío Bebe, y sus otras tías de la familia Gini; mi amiga Amanda, que se presentaba ante las enfermeras como hermana de Cacho, en un sentido espiritual que ella sentía profundamente. Malena y Sapo Ansaldo, hermano de Chana, que se quedaban jugando a las cartas con él, cuando su estado, que sufría variantes, lo permitía.

Luego, a principios de marzo, Aníbal se fue a vivir a Lomas, a la casa de Nora, pues ya había decidido cursar quinto año en el Colegio Comercial de Adrogué y de este modo ahorrar el sexto año del Bachillerato Comercial (como estaba implementado en esa época, en el Ana Böttger de la Villa).

Estando Cacho internado en Adrogué, se nos cruzó la idea de alquilar un departamento en esa ciudad para estar más cerca de él. Nos quedamos en las intenciones, pues no pudimos afrontar otro gasto. Pero Patricia volvió, a su vez, a vivir en la casa de Nora para seguir sus estudios. Mi hermana recibió entonces a nuestros dos hijos mayores, solidaria y generosa como siempre.

Con respecto a Cacho, estaban ya Aníbal y Patricia a un paso de la Clínica, adonde concurrían, infaltables, todos los días de visita. Le llevaban ropa o lo que hiciera falta.

Cuando comenzaron las clases, traté de viajar a Adrogué los jueves o viernes, pero era complicado, pues además del trabajo en mi escuela, debía cumplir con las obligaciones como suplente en la Escuela N° 31 de Villa Gesell, cuya Directora, una mujer dura y exigente, no tenía absolutamente ninguna indulgencia conmigo.

La inscripción en nuestro colegio, gracias a Dios, fue buenísima, y comenzamos a construir una nueva aula. La gente, los padres de los alumnos, apoyaban la obra, la

expansión en todo sentido, el crecimiento. Ellos nos necesitaban y nosotros a ellos; estaré siempre agradecida a todas esas buenas personas que se preocuparon por la escuela.

Asimismo, el grupo de maestras se estaba constituyendo, igual que hoy en día, en una comunidad humana y docente de altos valores; paso a paso íbamos logrando reunir a aquella clase de gente inapreciable, e imprescindible para trabajar y para alcanzar en conjunto nuestros objetivos. ¡Qué gran alivio para mí y mi familia este logro, en medio de la realidad tan dura que estábamos viviendo!

En el mes de agosto, Don Carlos Gesell volvió a ayudarnos con una nueva donación, para que pudiéramos seguir construyendo. Su mujer, Doña Emilia, era importante factor para obtener este tipo de colaboraciones. De las mujeres siempre he recibido solidaridad, como ocurrió con la señora de Adolfo Schmidt (un alemán pionero entre los habitantes de la Villa), quien también fue muy generosa conmigo, persuadiendo a su marido para que me apoyara.

Hubo otras personas, y quisiera acordarme de todas, porque considero importante mencionarlas, que también me ayudaron, como el Sr. Ramón, de Buenos Aires, a quien nunca pude agradecerle personalmente la cancelación de una deuda.

El año 74 fue un año en que debí multiplicarme, hubiera necesitado más brazos y más piernas; quizás, tres pares de ojos. Pero seguía siendo básicamente lo único que podía ser: una mujer, la misma de siempre: una sola persona, indivisible, y no podía estar más que en un sitio por vez.

En el fondo (¡nadie lo advertía!) yo era todavía la joven rubia que había decidido ser maestra y casarse con Cacho. Seguía siendo la misma a quien Cacho regaló los "Veinte poemas de amor", de Neruda y se lo dedicó con estas palabras:

"La que a los catorce años une los encantos de la belleza a los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo".

Alquilamos dos cuartos y un baño, en un residencial frente al colegio, para dormir allí con Gustavo y Fernando. El resto de nuestra vida transcurría en las instalaciones de la escuela.

Voy a hacer un paréntesis para narrar una experiencia única que viví en el mes de abril. En Semana Santa vinieron Patricia y Aníbal a Gesell. Hablamos, cada uno de sus cosas, de sus vivencias y sentires. Los chicos estaban participando con gran fervor en las Jornadas de Vida Cristiana, en la localidad de Rafael Calzada, donde junto a otros jóvenes encontraban fe, fuerza y esperanza.

Patricia me propuso presentarme a un Cursillo de Cristiandad, ya que conocían con Aníbal, gente de ese Movimiento, algunos de ellos, padres de sus amigos. Me gustó la idea, pero... ¿de dónde iba yo a sacar tiempo para estas cuestiones espirituales? ¿Cómo tomar cuatro días sólo para mí?

De todos modos, el señor Raúl Llauradó me presentó. No tomé debida cuenta de este amable gesto hasta pasados veinte años, porque Patricia se había ocupado de los trámites de mi admisión en el Cursillo y yo ignoraba quien había sido mi padrino. Por eso creo ahora necesario mencionarlo y agradecerle.

Recordé que Cacho había sido invitado por Sapo Ansaldo a participar en un Cursillo, en el año 1972. Una vez hecha la presentación, sólo cabía esperar el día de la apertura, pero entonces él sufrió aquel ataque que derivó en hemiplejia, y en consecuencia no pudo entrar.

Yo siempre había sostenido la firme creencia en esta frase del Padrenuestro: "Que se haga Tu Voluntad". ¡Qué duro se me había hecho aceptarlo así! ¿Podría, al menos, desde mi pequeñez, preguntar por qué?

Viajé otra vez a Buenos Aires a mediados de abril. Fui a ver a Cacho y lo encontré desmejorado, triste, abatido. En un momento, mirándome con ojos de gran pena, me dijo, aunque casi no hablaba:

—Este es mi amigo —.Y señaló un Cristo que le había regalado su tía Trina y que colgaba sobre la pared izquierda de su cama. Su mirada era desoladora, sin embargo.

Me sentí muy angustiada, con tanta rabia en el alma, con tanta rebeldía por ver sufrir así a mi marido, que llegué ese miércoles a Betharram, lugar del Cursillo, totalmente dolorida y amargada. Patricia me acompañó, también estaban allí para despedirnos muchas personas conocidas, pero yo miraba a mi alrededor con dolor, con pesadumbre. Tanto que mi hija lo advirtió y me preguntó el por qué de ese estado de ánimo que no era usual en mí.

Esa noche, cuando quedamos todas las mujeres en silencio, la cabeza me pesaba, como venía ocurriendo en los últimos años, invadida como estaba, de preocupaciones. Y así me dormí.

A la mañana, llegué última a la Capilla. De rodillas, miré la imagen de Cristo en el altar. En mi interior escuché con claridad una voz que me decía: "No seas egoísta. Lleva tu cruz con alegría, el resto déjamelos a mí".

Mi mente, que había estado a punto de estallar, se liberó del peso. La sentí inmediatamente liviana. Ese día y los siguientes, viví con entrega y concentración y alegría las charlas y compartí con todas mis compañeras esa unidad maravillosa.

En principio, creí que esas palabras habían sido sólo aplicables a los días de cursillo, pero más tarde entendí que debía tomarlas como un consejo para toda mi vida. Rezar, agradecer y sobre todo, pedir, tenía un sentido mucho más profundo del que yo hasta ese momento le había dado. Suponía que Dios conocía nuestras necesidades, y no era preciso reiterárselas, pero descubrí que El espera nuestra oración, y que ésta tiene un gran poder.

El 1º de junio Cacho cumplió cincuenta años. Fernandito y yo habíamos viajado desde Villa Gesell, y con Patricia y Aníbal, mis cuñadas, y algunos amigos que se acercaron, le llevamos regalos, sandwiches, masas, le cantamos el cumpleaños feliz. En un intento de arrimarle algo de alegría, aún en medio del ambiente gris de un pabellón de internados. A todos se nos hacía cada vez más difícil despedirnos, dejarlo allí. Le rogábamos a Dios nos diera alguna alternativa, para tenerlo con nosotros nuevamente.

Patricia, que solía apuntar en su agenda estas visitas, ha escrito, por ejemplo:

"25 de abril de 1974. Fuimos con Susana y Fernando Mariluz a ver a papá. Lo encontramos sentado en su silla, pero con el cuerpo inclinado hacia un costado, la cabeza ladeada en una postura antinatural. El cuadro era muy triste, y mi tía no pudo contener las lágrimas. Fernando la llevó afuera. Yo me acerqué a papá y lo senté bien erguido nuevamente, mientras le hablaba y le hablaba. Pero él estaba en uno de esos malos días... "

"4 de julio. Hoy papá estuvo muy bien. Por primera vez en mucho tiempo me besó. Me acarició el pelo y las manos. Siento la necesidad de protegerlo, con Aníbal decimos siempre que nos quedaríamos pasando los días y las noches con él."

"13 de julio. Le hicimos una visita a papá, que está cada vez más consciente, los tres hermanos mayores: Aníbal, Gustavo y yo. Nos dijo que nos quería mucho, mucho. Le dimos un beso al Crucifijo, uno por uno, y papá también."

¿Qué me decían los médicos? Además del problema coronario, empezaban a pensar en una Miastenia gravis, o quizás en algo más complejo, una enfermedad bastante desconocida todavía, llamada Esclerosis en placas o Esclerosis múltiple, que destruye la mielina de la médula espinal, de origen incierto y sin tratamiento específico.

Un martes de agosto, una de las tantas veces que fuimos con Amanda a la Clínica, salimos muy atormentadas. Cacho continuaba mal, disminuido, casi un anciano en su decadencia física. Nos miramos las dos con desesperación.

—Y vos —me dijo Amanda con todo su desconsuelo— vos que tenés tanta fe, ¿por qué no pedís? ¿Por qué no pedís un milagro? —insistía—. ¡Pedí un milagro!

Caminamos hasta la iglesia San Pablo de Turdera, nos arrodillamos delante de unas mujeres que rezaban el Rosario, y nos pusimos a orar. Le rogué a Dios que hiciera algo, algo que aliviara tanto sufrimiento.

Cuando nos separamos, fui a casa de Nora, y demolida como estaba, le expresé a mi hermana que en ese estado no podía retomar mis clases en Villa Gesell, que me sentía incapaz de viajar esa noche.

—Estoy completamente destruída.

—Tomá el teléfono, y avisá que no vas. Que necesitás unos días de licencia —me contestó ella.

Llamé entonces a Ana Masor, aquella joven que fue de las maestras primeras del colegio, pues ella era una de las pocas que tenía teléfono y pasaría mi mensaje.

Recibí una exclamación de alegría de su parte.

—¡Mini! ¡Qué suerte que llama! —dijo Ana—. Tengo novedades. Usted sabe que mi suegra tiene una enfermedad similar a la de Cacho, y que se está atendiendo, ahí, en Buenos Aires, con un neurólogo del Hospital Cosme Argerich, el Doctor Diego Brage. Él está investigando la Miastenia Gravis y la Esclerosis Múltiple. Yo no veía el momento de verla para comunicárselo. ¡Claro! No es sencillo acceder a

una consulta, es difícil ubicarlo en el hospital, pero seguramente usted lo va a intentar. ¡Que le vaya bien!

—Gracias, Ana. Voy a ir mañana mismo al Argerich. Confirmá en la Escuela 31 que no viajo.

Le comuniqué a Nora con gran entusiasmo la buena nueva. Se abrió ante nosotros el dulce camino de la esperanza.

"Creo que si mirásemos siempre al cielo, acabaríamos por tener alas", ha dicho Flaubert. Me acosté esa noche sintiéndome alada y leve, como si una mano me estuviera sosteniendo en el aire.

Ocho:

Viento a favor

A primera hora del día siguiente me dirigí al Hospital Argerich, con confianza renovada. Pedí hablar con el Doctor Diego Brage.

Me recibió. Yo iba tan segura de encontrarlo, tan confiada, y así y todo comprendí, con conciencia cabal, que estaba ocurriendo algo excepcional.

El Doctor me recibió, y valoré en lo profundo de mi alma esta puerta abierta. Frente al médico, expliqué toda la historia clínica de Cacho, lo mejor que pude. Le pedí que nos ayudara, que en esas condiciones no podíamos seguir.

El Dr. Brage se hallaba investigando sobre las dos enfermedades ya mencionadas, y esta etapa de sus investigaciones estaba orientada hacia el estudio de la glándula timo, que, ubicada detrás del esternón, debe atrofiarse en la pubertad o adolescencia. Si no lo hace, podría originar algunos trastornos y quizás (sin constatación fehaciente, en ese momento), guardar alguna relación con estas enfermedades.

Se trataba entonces, de extirpar el timo y esperar una mejoría en el enfermo. La operación era muy sencilla.

—Bueno, señora —me dijo—. En primer lugar, debo observar al enfermo. Tráigalo el viernes próximo, que lo voy a ver. Tal vez podamos hacer algo por él.

El viernes 23 de agosto, mi sobrino Pablo me llevó en su auto a buscar a Cacho a la Clínica, y luego fuimos al Hospital Argerich.

El Doctor lo revisó, y nos confirmó que sí, que iba a intentar ayudarlo, aunque sabíamos que él estaba investigando aún y que la enfermedad de Cacho se hallaba muy avanzada. ¡Pero era una esperanza! ¡Una respuesta! ¡Cuánto le agradecemos al Doctor Brage por su buena disposición!

—El viernes de la semana que viene lo internamos aquí —me afirmó el médico— y ponemos fecha para la operación.

Volví en esa semana a Villa Gesell para disponer las cosas, y poder tomarme unos cuantos días. Le comuniqué a Ana las buenas noticias.

—¡No me diga que ya lo vio el Doctor Brage, que ya le concedió una entrevista! —se asombró Ana.

—Sí, Ana, es cierto. Me recibió a mí primero y luego lo vio a Cacho.

—¡Pero qué suerte! ¡No puedo creerlo! Ha conseguido una gran cosa. Mi suegra, con todos sus recursos, pudo lograr que la atendiera al cabo de dos meses de espera, en consultorio particular. ¡Es un milagro que usted lo ubicara tan rápido! —se alegró Ana sinceramente.

Al viernes siguiente fui a buscar a mi marido y lo retiré definitivamente del Sanatorio San Gabriel.

Llegamos al Argerich, pero nos encontramos con la sorpresa de que no había cama para Cacho.

—Señora, su marido no se puede quedar ahora. No hay lugar.

—Pero ¿adónde vamos a ir? Nosotros no vivimos aquí. Ya lo dieron de baja en la Clínica donde estaba internado —expliqué tratando de mantener la calma—. ¡No nos podemos ir!

Removieron cielo y tierra, y al final le asignaron una habitación en el sector de Otorrinolaringología.

Comenzaron a hacerle estudios. Se haría la operación prevista, la extracción del timo, efectivamente. Pasaban los días y no se producían novedades. Una, dos semanas.

Viajé otra vez a Villa Gesell, a arreglar ciertas cuestiones urgentes. ¡Trabajo! ¡Responsabilidades ineludibles! Yo amaba y amo mi escuela, pero mi organismo también se estaba agotando, me hacía desesperados pedidos de tregua.

¿Y qué pasaba con el resto de la familia? Los chicos colaboraban conmigo, aún viviendo (inevitablemente) la mitad en Gesell y la otra mitad en Lomas. La comunicación era constante.

Gustavo, con sus quince años, se quedaba en Gesell con su hermano menor, haciéndose cargo de Penaco mientras continuaban estudiando, y tratando, los dos, de mantener un ritmo de vida normal. Aníbal aportaba lo suyo, desde su lugar, en la casa de Nora, dispuesto para lo que hiciera falta.

Los chicos, nuestros cuatro hijos, siempre se portaron maravillosamente, y en esos días Patricia se quedó con su padre, durmiendo en el Hospital. Nos habíamos instalado en su habitación con una especie de catre plegable, que armábamos a la noche. Cacho no dormía bien, a menudo se ensuciaba y había que cambiarlo o reponer las sábanas. Las enfermeras no daban abasto con tanto trabajo, y Patricia y yo, alternativamente, lo atendíamos. En realidad, nuestra hija pasó allí sólo los días en que estuve ausente, pero fueron inolvidables para ella. Cualquiera que haya pasado un tiempo con un enfermo querido, en un Hospital, por grande o importante que éste sea, sabe a lo que me refiero. Al dolor de verlo sufrir, se agregan otros innumerables desvelos. Vigilar, atender, cuidar, socorrer, asistir, sostener, abrigar, resistir, dar, compartir, comprender, tolerar, mitigar: amar, amar, amar.

El Doctor Brage no oficiaba en estos casos de cirujano, sino que las operaciones las realizaba el Doctor Malter Terrada. ¡Nombre resonante para nosotros! Su familia

era muy conocida en Lomas y por años habíamos tenido relación con ella. Resultó ser sobrino de un antiguo amigo de Cacho, y amigo mío en consecuencia, de aquella linda barra con la que salíamos siempre en nuestra juventud. Mi hermana Nora habló con la mamá del cirujano, que prometió ayudarnos. Esto representó un gran aporte para que se aceleraran los acontecimientos.

Lo operaron el 23 de septiembre de ese año 74. La glándula que extrajeron se veía agrandada en relación al tamaño normal.

Mejóro notablemente. Si bien la parte de neuronas que ya estaba afectada, no se recuperaría, Cacho empezó a hablar mejor, a cambiar el color opaco, grisáceo, de su cara, por otro más saludable, y se afirmaron sus piernas para caminar con menos dificultad.

Mi hermano Cuqui y su mujer, Mary, nos ofrecieron un departamento al fondo de sus casa de Banfield, para que allí pasáramos el mes de recuperación. Esto significó una gran ayuda, y Cacho se integró a la vida familiar nuevamente, contentos todos de tenerlo con nosotros.

Estando de visita el cuñado de Mary, Raulito Siemens, muy querida persona y médico apreciado, me dijo, con toda franqueza, al verme tan ilusionada, que no guardara grandes esperanzas de restablecimiento total. Tenía razón en esto, la parte dañada permanecería invariable, y nadie podía asegurar que mejoraría su estado general, pero la vuelta a casa significaba un paso adelante, y así lo aceptamos. Habíamos rogado por una salida, una respuesta, y la habíamos obtenido.

Aproximadamente el 20 de octubre, ya dispuesto Cacho para viajar a Villa Gesell, debíamos trasladarlo.

Alejandro, por entonces novio de Patricia, (quien en coincidencia con esa fecha estaba en Entre Ríos participando de unas Jornadas), nos ofreció su auto para el traslado, y él mismo nos llevó hasta la Villa. Alejandro sigue recordando aquel

viaje, ya que Cacho, sentado atrás, se "enojaba" ruidosamente cuando él se adelantaba en la ruta a otro vehículo o hacía alguna maniobra inesperada.

En Villa Gesell, dispusimos el arreglo de dos cuartos y un baño para nosotros, en la parte principal del edificio, y cerca de la cocina de la escuela, de manera de instalarnos ahí con Cacho y ya no moverlo.

Elba estuvo atenta a nuestras necesidades, demostrando gran paciencia con Cacho. Compré una silla especial para que él pudiera sentarse bajo los pinos a tomar aire. Se nos presentaba un verano de trabajo y al menos, estando todos juntos se nos facilitarían las cosas.

Carta a nuestra hija, que se encontraba en Bariloche acompañando (en mi reemplazo) al contingente de séptimo grado del Colegio, en viaje de egresados. Con ella viajó también Penaco.

Buenos Aires, 24 de setiembre de 1974

Querida Patricia:

Ayer a la mañana operaron a papá y le extirparon una glándula timo del tamaño de un alfajor. Tuvo un excelente post—operatorio, ya durmió toda la noche y mañana le sacan los puntos.

A las pocas horas de operado ya hablaba mucho mejor y pidió para ir al baño. Hoy estuvo a verlo el Dr. Brage y notó grandes adelantos musculares en el brazo y pierna derechos, pese a que él mismo no cree que lo de papá tenga relación importante con el timo.

Dios ha hecho su parte y ahora nos resta esperar su paulatina recuperación. Tengo una gran fé y más ahora con la evidencia y el gran poder de nuestra oración y de la gran bondad de Dios. Te pido que unas tu oración a la nuestra para agradecer esta bendición.

Todo el amor de
mamá.

Villa Gesell, 26 de octubre de 1974

Querida familia toda:

Recién hoy puedo ponerme a escribir. Estamos instalados en nuestro cómodo comedor y cocina, aunque está sin terminar porque por el momento no hay cemento para continuar la obra.

Cacho está muy bien, los primeros días nos costó y le costó la adaptación, ya que aquí hay mucho movimiento, pero quedándonos cerca o junto a él, Gustavo o yo, evitamos cualquier problema.

A Elba, la señora que trabaja acá, la mira raro y de vez en cuando le manda alguno de sus característicos "piropos", pero la señora es muy buena y comprende.

El Doctor Espósito vino a verlo y lo encontró muy bien. Dice que está como cualquier persona normal en vías de recuperación. Sigo con la medicación que le dio el Doctor Brage. Aún no conseguimos kinesiólogo, esperamos a un alemán muy bueno que está por volver de Buenos Aires. Le hacemos masajes nosotros y anda bastante bien.

Como Fernandito toma su primera Comunión es nuestro deseo que, si el resto de la familia no puede venir (como nos encantaría), vengan, sin falta, Patricia y Aníbal. Patricia: te envió un cheque para que le compres a Fernando una bicicleta multiuso,

que le sirva para cuando crezca, hace años que la desea. Tráiganla con ustedes, que se la embalen desarmada.

Si Nora y mamá vienen que lo hagan el viernes, así el sábado a la mañana vamos a la misa. Pero no me hago ilusiones.

Si Alejandro puede venir, encantados de recibirlo.

Un beso muy grande,

Mini.

Entre los médicos, se hablaba entonces, como ya dije, de Esclerosis Múltiple. ¿Qué enfermedad era ésta? Sí, nos habían explicado que destruía la mielina, que era progresiva, que no había tratamiento específico. Pero se manejaba poca información. Y tampoco quedaba claro si todos los problemas de mi marido provenían de este mal. ¿Cómo diferenciar ciertos síntomas propios de la esclerosis múltiple de otros derivados del problema coronario?

Podría usar mis palabras para dar algunas explicaciones al respecto, pero prefiero transcribir los artículos tomados del diario "La Nación". Recién en el año 1980 vimos por primera vez tratado el tema de esta enfermedad en un medio de comunicación masivo como este diario.

Esclerosis múltiple, una extraña dolencia.

(de La Nación, 13 de marzo de 1980)

Pronunciará hoy su segunda conferencia el Dr. Byron Waksman, director del programa de investigaciones de la Sociedad de Esclerosis Múltiple de los Estados Unidos.

En conferencia de prensa, señaló el Doctor Waksman que esta enfermedad sobreviene normalmente entre los veinte y los cuarenta años de edad. Misteriosa mutiladora de los adultos jóvenes, a menudo confundida con la distrofia muscular, y en general, ignorada o muy poco conocida. Ataca y destruye la envoltura mielítica del sistema nervioso central. Las zonas afectadas son reemplazadas por una cicatriz cuyo tejido interrumpe y perturba el flujo de los impulsos nerviosos.

Los síntomas resultantes, no todos simultáneos, sino que relacionados respectivamente con la zona afectada del sistema nervioso, incluyen parálisis, entumecimiento, doble visión, entorpecimiento para caminar, trastornos intestinales y de vejiga, pérdida del equilibrio y de la coordinación, extremo debilitamiento, temblor de manos y dificultades para hablar y para oír. En su evolución, esta enfermedad presenta períodos de meses y hasta de años en que parece disminuir, pero en realidad es esencialmente progresiva, con una serie de impredecibles ataques, cada uno generador de nuevas incapacidades.

Hasta ahora no se conoce su origen, no existe tratamiento específico ni tampoco medidas de prevención. Un buen tratamiento médico, a lo sumo, podrá aliviar algunas de sus manifestaciones.

En nuestro país hay miles de afectados, que en su mayoría desconocen qué dolencia padecen y no reciben los cuidados ni la atención adecuados.

Esclerosis múltiple.

(de La Nación, 26 de junio de 1986)

La Asociación para la Lucha contra la Esclerosis Múltiple en la Argentina (Alema) convoca a la población "a sumarse a la acción contra esta enfermedad del cerebro

y la médula espinal que interfiere en la habilidad para controlar funciones tales como ver, caminar y hablar".

Los interesados en ayudar a la entidad deben dirigirse a....

Esclerosis múltiple: una esperanza.

Un medicamento podría contribuir a la curación de este raro mal.

(de La Nación, 1987)

La secretaria de la Comisión Médica Asesora de la Asociación Argentina Anti Esclerosis Múltiple, dijo que se desconoce cuando saldrá a la venta este medicamento (.....). Esta enfermedad es la segunda causa de discapacidad, después de los accidentes y —aunque parezca insólito en nuestra era— se ignora su origen, es difícil diagnosticarla, y no existen aún tratamientos para su curación. La padecen tres mujeres por cada hombre. No es contagiosa ni hereditaria y quienes la sufren no pierden la lucidez mental, porque no afecta el intelecto.(.....)

Muchos de sus síntomas, como los trastornos urinarios, emocionales, la espasticidad (rigidez), parestesia (hormigueos), se mejoran tratándolos adecuadamente, de modo que los pacientes pueden mantenerse independientes, cómodos y productivos.

El término genera confusión debido a que existen otras afecciones neurológicas que llevan el nombre de esclerosis; en este caso se la denomina así, porque desvitaliza áreas del cerebro o de la médula espinal, por lo que se le agrega el adjetivo múltiple.

"Por lo general, el paciente no le da importancia a los primeros síntomas (dificultades en la visión, cosquilleo en las manos, adormecimiento de los brazos o las piernas, etc.)", atestigua la esposa de un afectado por el mal desde hace veinticinco años. "Lo difícil fue enfrentar a la sociedad: los amigos lo tomaban por raro o consideraban que había bebido demasiado..... En ese tiempo, en el país no se conocía la enfermedad. Cuando Juan comenzó con los síntomas, llevábamos un año de casados. Tuvimos cinco hijos y, con ayuda, fuimos enfrentando la realidad. Actualmente hace vida normal, con los trastornos propios de la enfermedad. No vivimos en un clima de anormalidad." (...)

La Asociación tiene como finalidad aliviar la carga emocional, social y económica que ocasiona, tanto en los pacientes como en sus familias, esta enfermedad. (...)

Nueve:

Territorio sombrío

Nos reunimos todos en Villa Gesell para pasar Navidad y Año Nuevo. Papá y yo, nuestros hijos Aníbal, Gustavo, Penaco, y Patricia, junto con Alejandro, quienes se habían comprometido ya, para casarse en el mes de mayo venidero. Cacho se levantó para compartir la mesa con nosotros, brindamos, cantamos. Luego, cansado por el esfuerzo, se acostó.

Al tocar las doce, en el Año Nuevo de 1975, fuimos hasta su cama con nuestras copas en alto, y después entonamos canciones. Así estábamos, en un momento, cantando el tango "Esta noche me emborracho", cuando Cacho alzó la voz sorprendiéndonos a todos, y remató la estrofa con "pá no pensar..." Lo festejamos con muchas risas.

Mi marido estaba bastante integrado, pero la mayoría de los días se mostraba ensimismado, le costaba cumplir con los ejercicios físicos prescritos, y aún continuaba con dificultades para expresarse. Se notaba que sufría mucho con estos impedimentos, en especial con la incontinencia, tan cruel, y bochornosa para el que la padece.

—No te hagas muchas ilusiones, Mini —me había advertido Raúl Siemens en Banfield. Este médico y amigo llegó a su casa de Gesell en febrero, de vacaciones, y lo primero que hizo fue visitar a Cacho, siempre tratándolo con gran afecto.

Antes de terminar enero, el día 16 exactamente, me llaman desde Tucumán. Mi suegro, que hacía unos meses vivía allá con su hija mayor, había fallecido en forma repentina.

Me acerqué a nuestra cama, donde Cacho descansaba, buscando las palabras justas, pero sabiendo que debía decírselo. Nada podíamos hacer ninguno de los dos.

El me escuchó y comprendió; no dijo nada, pero lloró mucho, quedamente, que es como dejarse ir junto con las lágrimas, hasta agotarlas, hasta quedarse sin ellas. Le sostuve fuerte las manos, me quedé a su lado largo rato, los dos en silenciosa y honda comunicación.

En la escuela había ya un ritmo de trabajo muy fuerte, porque además de la Guardería, habíamos empezado ya a funcionar como Albergue estudiantil, como seguimos haciendo luego, todos los veranos. Una vez obtenida la autorización en el Ministerio, en Gral. Madariaga, habíamos comprado camas para colocarlas en las aulas, y dar alojamiento a grupos de estudiantes y a colonias de vacaciones.

El colegio había sufrido así una metamorfosis importante desde los primeros días de diciembre, hasta los últimos de febrero, en que se instalaron otra vez los pupitres y pizarrones. Se habían construido ya baños con duchas, con miras a explotar esta fase del turismo en la temporada.

Fui permanentemente atacada por los hoteleros debido a esta actividad. Consideraban que les hacía competencia desleal, cuando en realidad esta rama turística, como es la de los Albergues juveniles, nació en Alemania hace más de cincuenta años y éstos son utilizados y aprovechados por los estudiantes de todas partes del mundo.

La Municipalidad también dio su autorización, aunque debimos defendernos siempre para sostener esta actividad, y renovar continuamente el permiso. Seguimos en pie, esforzándonos siempre por tener todo en regla, brindando casi todos los años servicio de comida a los jóvenes, y a veces sólo desayuno, y

alternativamente, buffet. En los veranos se acercaron siempre amigos y compañeros de nuestros hijos, uniéndose y organizándose para el trabajo, formándose en ocasiones excelentes equipos de tareas entre ellos.

De este modo, Aurelia, mi secretaria y gran colaboradora, y yo, sólo teníamos libre el período de vacaciones de invierno. Período en que normalmente nos quedábamos en Gesell tratando de recomponer las finanzas del colegio, que a esa altura del año ya empezaban a flaquear. Los inviernos son muy difíciles y la gente que vive del comercio, en especial del período estival o "temporada", ya ha sentido el impacto del receso y en consecuencia ha comenzado a menguar en sus ingresos. ¡Ciclo que se repite sin variantes, matemáticamente!

En ese verano del año 75 se empezaba a esbozar, entonces, este futuro como Albergue estudiantil.

Una tarde de febrero, estando Cacho sentado afuera, mirando la gente del albergue, de pronto, y sin causa aparente, se cayó hacia adelante, completamente desprotegido.

Llamé al Doctor Espósito, y él me dijo que podía tratarse de un desvanecimiento. Pero luego empezó a descompensarse, y a mostrar signos de deshidratación, así que lo vio Raulito y pensó que lo mejor sería internarlo en la Clínica de Villa Gesell, a fin de colocarle suero y que se pudiera recuperar con más rapidez y más seguridades. Se ocupó personalmente de todo lo necesario.

Cacho estaba mejorando. De manera que en dos días, para mayor tranquilidad, ya lo llevaríamos a casa.

El 20 de febrero Gustavo cumplía dieciséis años. Habíamos organizado una asado en casa, y luego él tenía planeado ir a festejar con sus amigos a "El Fogón del Grillo".

A la tarde, estábamos todavía en la Clínica esperando que le dieran el alta. Recuerdo que yo había comprado dos regalos, y los había colocado sobre la cama vecina. Uno para Raulito y otro para Gustavo. De mi monedero, había separado unos pesos para la enfermera. Esperábamos tranquilamente la llegada de nuestro amigo médico, que estaba volviendo de la playa, para que diera el visto bueno.

Comencé a arreglar y a vestir a mi marido para la partida.

Pero entonces, sin tiempo a reaccionar, observo que se ahoga, que es víctima de un nuevo ataque que lo deja sin aire, y a continuación veo que sufre una hemiplejía del lado izquierdo. En unos minutos, en un instante.

Apenas puedo alzar la vista para mirar al crucifijo en la pared, y sólo atino a hacer desde el alma una súplica: ¡Dios mío!, le ruego, acongojada. ¡Basta, por favor! ¡Que ya no sufra más!

Llegaron las enfermeras, le dieron oxígeno de inmediato. Simultáneamente entra Raulito, y presiona en su corazón con gran fuerza, desesperado, pero Cacho no reacciona. Llega otro médico, mira con compasión a su colega que trata de lograr lo imposible. Le dice algo, hay un intercambio fuerte de opiniones entre ellos. Nuestro amigo sigue luchando por revivirlo, pero entonces el otro médico me mira, y me informa con gesto adusto, casi fríamente, que ya no hay nada que hacer.

Aníbal duerme una siesta en casa y sueña a su padre, muerto en la cama de la Clínica. Se despierta sobresaltado. En ese momento suena el teléfono. Es mi hermano Cuqui que le pide que vaya inmediatamente, que Cacho está mal. Aníbal corre, acompañado por su amigo Fernando Spinner. Va rezando, corriendo. Llega en cinco minutos, y no necesita escuchar a su tío que lo recibe en la puerta, entra en la habitación y encuentra el cuadro desolador que había visto en el sueño.

Gustavo había pasado temprano por la Clínica, y luego había ido, en compañía de su novia, a una casa de té, "El Samovar", como parte del festejo de su día de cumpleaños. Lo buscan, y allí lo ubican, se acercan a llevarle la mala noticia.

En adelante, jamás permitimos que esta triste coincidencia empañara la celebración del cumpleaños de Gustavo. Con la certeza de tener a su padre en el Cielo, nuestro hijo, junto con todos nosotros, bien podía homenajear y recordar a Cacho sin necesidad de teñir de pesar una fecha tan importante.

Más tarde, en la intimidad, Nora y yo hablamos sobre este punto que nos tocaba a ambas por igual, ya que con su hijo Bachi se repetía el hecho de la coincidencia de aniversarios, y estuvimos de acuerdo en encarar así los años venideros.

—Yo estaba en casa de Cuqui jugando con sus hijos —recuerda Penaco—. Llegan de pronto él y Raulito, me piden que suba al auto, me dicen que me van a llevar a la Clínica. En el trayecto, Cuqui gira la cabeza, me mira y me explica que algo ha pasado con papá. Que....., en fin, es algo malo. Que en realidad ha muerto. Me deja mudo, paralizado.

¿Qué puede pasar por la cabeza y el corazón de un chico de diez años cuando trata de comprender lo incomprensible, cuando debe aceptar semejante noticia? Quizás nunca estemos preparados para afrontar estas situaciones, a ninguna edad de la vida.

Patricia se encontraba en Lomas. Había pasado el día con Alejandro, habían ido hasta La Plata a hacer trámites. A la tardecita, volvieron a la casa de Nora, donde se preparaba otro festejo. Ese 20 de febrero nuestra madre, María Luisa, cumplía setenta y dos años. Mis hermanos, los que no estaban de vacaciones, se acercarían a saludarla, como siempre. Mi hermano Carlos seguramente festejaría en Mar del Plata el cumpleaños de su segunda hija, Lorena.

Después de un rato de permanencia, Alejandro propone ir hasta su casa o a algún otro lado. Patricia recuerda que no tenía deseos de volver a salir, que se sentía rara, apesadumbrada. De todos modos salen, suben al auto. Inesperadamente, presa de gran angustia, ella llora. Son cerca de las siete de la tarde.

—¿Qué te pasa? —pregunta Alejandro con asombro, comenzando a preocuparse.

—No sé, no sé... no es nada... solamente siento ganas de llorar.

—Bueno —dice él, perplejo— ¿te querés quedar acá? Si te hace bien, nos quedamos. Vamos, vamos, bajemos del auto, entremos.

Regresan a casa de Nora. Entonces, otra vez, como se repetiría tantas veces en ese día, suena el teléfono.

Es Cuqui desde Villa Gesell avisando que Cacho acaba de morir. Que esa misma noche será dispuesto su traslado a Lomas para velarlo allí.

Enseguida fueron avisadas las hermanas de Cacho y el resto de ambas familias.

—¿Sabés, Patri? —le dijo suavemente mi cuñada Beba a nuestra hija— Anoche soñé con Tona, mi mamá. Estaba linda, feliz, y llevaba un bebé en sus brazos.

Se congregó para el sepelio gran cantidad de gente. Cacho mostraba una expresión de paz y beatitud sobrecogedora.

Amanda puso entre sus manos una rosa fresca, de un color entre amarillo y rosado, que había nacido esa misma mañana en su jardín. La rosa se quedó con él, pura, liviana, perfecta en su serena belleza, como una exacta representación del alma de Cacho.

¿Qué sentido profundo tendrán las concordancias? ¿Por qué habrá tenido que ser, que el mismo día en que muere Cacho, muriera también mi amiga Beatriz Salas? Mi querida amiga estaba tomando sol en el club cuando le sobreviene un ataque de asma. La internan inmediatamente, pero no consiguen salvarla.

Los amigos comunes despiden a Beatriz en Adrogué, y vienen luego a Lomas a despedir a Cacho, en triste itinerario.

¿Cómo sobrevive uno a tantas pérdidas? Creo que no existe una respuesta. Cada cual sabrá ahondar en su interior para hallar un camino.

Veinte años después, Aníbal está pasando unos días de descanso en Carlos Paz. Vuelve a percibir, a tener una visión muy fuerte de su padre, acostado en la cama de la Clínica. La imagen aquélla del último día.

Escribe, lo traduce en palabras. Son éstas:

Aníbal:

En Paz

Mientras yo dormía
la siesta de febrero
me avisó, secretamente, que se iba.

Un eco sutil
de su big bang de amor
llegaba hasta mi almohada.

Esa simetría horizontal
de su cuerpo muriéndose
y el mío soñando con su muerte
ha ido ya muy lejos.

Hagamos una tregua,
total del Polvo al Polvo
la creación se continúa;
aquí estoy yo, y mis hijos,
y los hijos de mis hijos.

Ahora los dos descansamos
en paz, aunque a veces,
sobresaltado me despierte:
todavía tengo mucho que hacer.

Gustavo también guarda dentro de sí unas palabras para decir sobre Cacho, y de este modo las expresa:

Legado

Sí, creo que
heredamos gestos y palabras, y en ellas,
una manera de sentir la vida.
Si tuviera que elegir una que sintetice el recuerdo de papá
me quedo con la poesía,
que es como elegir todas y ninguna.
Es elegir el sueño y la épica,
es Bécquer, Neruda, Nervo, Darío, García Lorca.
Erico, De La Mata. Nicolino.
Larralde. Yupanqui, Nicolás Guillén y León Felipe.

Es recoger el legado
de dejar abierto definitivamente
el baúl de aire del poeta
para seguir buscando en el cielo
los ojos de una estrella.

Gustavo

Llamé luego de un tiempo al Doctor Brage para comunicarle la noticia.

—Lo que ha ocurrido, señora —me explicó— es que su marido no ha muerto por la Esclerosis Múltiple específicamente, sino que la causa ha sido el grave problema coronario que padecía.

Me solicitó que redactara para él un informe con la sucesión de los acontecimientos, la evolución de Cacho luego de la operación de timo.

Por mucho tiempo quise cumplir con su pedido, pero no pude. Cada vez que intentaba hacer una crónica de los hechos, me desangraba por dentro al punto de quedar inhabilitada para escribir una sola línea.

Fue años después, mientras pasaba unos días en el departamento que alquilábamos en Adrogué, que me senté y me propuse hacerlo.

Lo que ocurrió entonces merece ser relatado detenidamente, y lo haré más adelante, avanzando sobre las páginas de esta crónica, que no quiere ser dolorida, sino esperanzada.

Diez:

Piedras movedizas

No me permití llorar.

Interpuse un escudo de resistencia y de fuerza entre el dolor y las responsabilidades.

Me dediqué con fervor al trabajo.

Como me había llegado la jubilación, pude entregarme a mi escuela con más disponibilidad.

Los padres que traían a sus hijos desde Pinamar, vinieron a verme, en marzo, y me pidieron que abriera una sucursal del colegio en ese sitio, prometiéndome ayuda. En la ciudad de Dolores, sede de Inspección de Escuelas de la cual dependíamos en esa época, me informaron que se podía, efectivamente, fundar este anexo. Los padres comenzaron a buscar un edificio adonde pudiera funcionar, ya que estaban sumamente interesados en el proyecto.

Les propuse a Alejandro y Patricia que vinieran a ayudarme. Estuvieron de acuerdo con la propuesta. Después de celebrado su matrimonio, el 24 de mayo, viajaron a San Luis, y a la vuelta se trasladaron a Villa Gesell.

Así las cosas, sin detenerme a contar más detalles, dejamos inaugurado el anexo en Pinamar, iniciando las clases el 18 de mayo de 1975.

Armamos un lindo plantel de docentes. Se incorporaron, entre otras, Hebe de Calabrese y María Antonia Amallo (Ñeca), que aún permanecen con nosotros. Alejandro se desempeñaba como Representante Legal, y por otro lado había

comenzado a dictar clases de Biología, Anatomía e Higiene en el Instituto Ana Böttger de Villa Gesell, donde Gustavo era su alumno.

Gustavo también colaboraba en Pinamar, dando clases de guitarra, en tanto que Patricia se hizo cargo de un grado de inglés durante ese año, y teníamos otras dos profesoras más, entre ellas la hija de Ñeca. Tuvimos, luego, en el 76, como parte del cuerpo docente, a un señor inglés, Mister Ford, que se encargaba de enseñar ese idioma. Elba y su hijo Ricardo se mudaron a Pinamar para atender la parte de cocina y mantenimiento general. Esta era, a grandes rasgos, nuestra organización.

En el país se estaban viviendo momentos muy difíciles. Con el arribo al gobierno de Isabel Perón, sumaban cuatro los presidentes que se habían sucedido desde mayo de 1973. El 1º de julio de 1974 había muerto Perón, quedando Isabel, su esposa y Vicepresidente, como sucesora. Detrás de ella había un personaje siniestro que manejaba los hilos del gobierno, José López Rega. Pronto se dejó ver abiertamente su influencia. Además de los problemas económicos, comenzamos a sufrir la violencia terrorista, con horribles asesinatos cada vez más frecuentes. Se sospechaba que López Rega era responsable de una organización de terrorismo de Estado llamada Triple A, que amenazaba y mataba impunemente a personalidades de la izquierda. A su vez bandas armadas formadas por jóvenes extremistas, que habían comenzado a actuar a principios de esta década para manifestar su oposición al régimen militar, seguían obrando con asaltos organizados a instalaciones militares, secuestros y asesinatos. Desde el gobierno se respondió entonces con más violencia, y en febrero de 1975 se ordenó al Ejército que entrara en acción, en una lucha "contra la subversión", como fue denominada por la Fuerzas Armadas. Esta guerra fue adquiriendo proporciones inauditas, nos llenamos de horror, y sufrimos la muerte y el exilio forzado de miles de argentinos. La violencia en nuestra patria, sin importar de qué lado fuera generada, alcanzó niveles tan altos como nunca antes

en este siglo, dejando una estela de dolor de la cual todavía no hemos podido reponernos.

En otro orden, aumentaban el desabastecimiento y la inflación. El pico más alto de caos se alcanzó con "El Rodrigazo" y sus funestas consecuencias. El término fue acuñado a partir del nombre del Ministro de Economía Celestino Rodrigo, gestor de un fabuloso desbande inflacionario, ya que, como primera medida al asumir, autorizó una devaluación de la moneda del 100% y un aumento de la nafta del 172%.

Entre nosotros se hizo sentir la dureza de la situación general, el invierno sin ingresos castigaba a los sufridos geselinos, y se dudaba de las buenas perspectivas de la temporada veraniega. Patricia y Alejandro perdieron la oportunidad de comprar un terreno que ya habían empezado a pagar, y de a poco vimos que sus planes de asentamiento naufragaban en una gran confusión sin alternativas.

El país entero sufría y nosotros padecíamos también innumerables dificultades. Si bien a fines del 75 la señora Cecilia Bunge, miembro principal del Directorio de Pinamar S.A., nos prestó su colaboración, donándonos dos terrenos en la zona del golf, para levantar la escuela, las cosas se nos seguían complicando.

El Colegio, a pesar de lo que nos habían informado antes, no pudo ser habilitado como anexo. Hubo que iniciar desde cero todos los trámites, e inclusive cambiar su nombre por otro. Se llamó entonces, "Colegio Santa Ana", en homenaje a la madre de la Virgen María. Y debimos aguardar, otra vez, el beneficio de la subvención estatal.

En el año 1976, luego del golpe militar que destituyó a la señora de Perón, retrocedimos varios pasos en la persecución de nuestros objetivos. Lo más trascendente fue que no nos otorgaron la subvención, como lo habían prometido.

Mientras tanto, con el nuevo gobierno militar, íbamos cayendo en una creciente falta de respeto y avasallamiento de los derechos individuales, agravando de manera incommensurable la crisis de nuestro país.

En septiembre de ese año, Alejandro, Patricia y Pedrito, que había nacido el 23 de marzo, se alejaron de Villa Gesell. Habiendo sido contratado por un estanciero de Mar del Plata, Alejandro retomó sus tareas específicas de Agrónomo, de modo que partió con su querida familia al nuevo trabajo en esta estancia de Mechongué.

Los comprendí en su decisión, porque siempre he defendido la libertad y creo que cada cual debe buscar su camino. ¡Pero el corazón siente por su cuenta, independiente de nuestros razonamientos! ¡Qué pena me causó verlos partir!

Aníbal estaba estudiando, y se había ido a vivir a Lanús, a una Comunidad Cristiana, donde recibían y daban albergue y asistencia a niños de la zona, tarea que habían emprendido con un grupo de amigos, uno de los cuales es hoy sacerdote.

Allí se congregaron también, algunos chicos de familias geselinas, como Oscar Di Marco, hijo de un matrimonio querido, Olguita Favella, de una familia amiga también, un chico de la Villa llamado Víctor Hugo y otros de variadas procedencias que se fueron acercando.

En 1977, Gustavo entró a cumplir con el servicio militar en la Prefectura Naval, además de haber ingresado satisfactoriamente en la facultad de Psicología de Buenos Aires. Había elegido la misma carrera que Patricia, tomando la posta que ella dejó cuando, después de cursar todo el tercer año, decidió suspender sus estudios. Gustavo vivió también durante ese período en la misma Comunidad.

Aníbal había comenzado a estudiar Ciencias de la Comunicación, en la Universidad de Lomas de Zamora, y luego, en el Profesorado Sáenz, la carrera de Historia.

De modo que yo seguía en Villa Gesell con Fernando, siempre tratando de multiplicarme para poder re—unirme frecuentemente con todos los miembros de la familia.

Es importante para mí narrar cómo cada uno de mis hijos iba tomando su rumbo. Mi vida está ligada a la de ellos, y mi historia personal los contiene y abarca. Lo que les pasa, (¿cómo evitarlo?) a mí me pasa. Todos mis esfuerzos estuvieron orientados a sacar adelante a mi familia, y el colegio sirvió de medio para esto. Por

eso insisto en relatar el proceso de sus crecimientos, pues no hay para mí tranquilidad más grande que verlos a todos bien plantados frente a la vida. Madre antes que docente, mi vocación maternal se entremezcla asidua e inevitablemente con la segunda.

Con el paso del tiempo, tuve que aceptar la soledad, sin Cacho a mi lado, aunque él esté siempre presente. Aprender a ser feliz y a vivir bien conmigo misma, como mujer plena dentro de un nuevo orden de cosas que se fueron planteando, como era de esperarse, cuando cada cual fue formando su propia familia.

Fernandito comenzó a tomar clases de piano con Vanda Mikats, excelente profesora de música que ejercía en mi escuela de Villa Gesell. Formó también un trío vocal con sus amigos, Paula y Sebastián Rocha, para cantar temas de distintos autores. Lo hacían muy bien y eran muy celebrados.

Esta profesora fue fundamental para Penaco, pues sacó a la luz su vocación profunda, y descubrió las virtudes de quien hoy es ya un hombre completamente dedicado a la música.

Vaya como ejemplo de su devoción, este poema que él escribió (aunque es inusual que se exprese en esta rama del arte) en abril de 1978, cuando tenía trece años.

"Música, te extraño.

Te veo en mí, música.

Veó el origen de la vida que todavía no conozco
pero imagino en tus sonidos claros.

Te necesito. Quiero tocar las campanas y los ritmos
que muestran mil tiempos de amor, paz y armonía.

Vengo componiendo en los sueños de los niños,
alegrando las almas perdidas

y haciendo revivir en todo flores blancas, azules y celestes.

Yo marchó en el tiempo.

Mis letras y armonías son tan claras
que alcanzo a ver lo más profundo de ellas.

Aquí estamos nosotros
los pequeños músicos que queremos alcanzar
a tocar el cielo,
componiendo, aprendiendo,
sacando poco a poco
lo que nos surgirá desde adentro
para brindarlo a los demás."

Fernando

El período de funcionamiento del Colegio Santa Ana en Pinamar se extendió por algo más de dos años. Hubo personas bien dispuestas, padres de alumnos muy trabajadores y esforzados, pero así y todo nos vimos obligados a tomar una decisión, que fue la de retirarnos, porque se nos hacía muy difícil remontar las dificultades económicas. Con gran pena por parte de todos, debido a que este cierre significaba una "verdadera pérdida educativa", como me dijo el Inspector en Gral. Madariaga. Pero guardo las palabras del Padre Cocito, que era entonces Párroco de Pinamar, quien me dijo claramente que "Se hace lo que se puede, y lo que no se puede, no se hace", poniendo de ejemplo a tantos colegios religiosos que realizaban una gran obra, y que sin embargo, más de una vez habían tenido que cerrar sus puertas.

A fines de 1977 se me presentó la ocasión de comprar un departamento muy cómodo, en Banfield.

De modo que los chicos empezaron el año 78 viviendo todos juntos allí, habiéndose alejado ya de la vida comunitaria en Lanús; esta obra en la que habían colaborado siguió adelante, marchando muy bien. Además de Gustavo y Aníbal, estaban en el departamento Oscar Di Marco y Fernando, quien comenzó a cursar el primer año del secundario en el Colegio San Patricio de Adrogué. Contábamos con la gran ayuda de una señora uruguaya que se ocupaba de las tareas en la casa. Estos detalles de orden práctico que agrego a modo de apunte, son útiles para mostrar cómo de alguna manera podemos organizarnos, eligiendo buenas personas que nos apoyen.

A mediados del año 1979 tuve que venderlo por la famosa indexación y los vaivenes económicos, Martínez de Hoz mediante. Pero al cabo de unos meses, alquilamos otro departamento en Adrogué, para Gustavo y Fernando, a pocas cuadras de la nueva casa de mi cuñada Susana, y casualmente, también cerca de la casa de Chana. Destaco esto porque me daba tranquilidad saber que ellas estaban a mano. Penaco era chico todavía, y Gustavo debía estudiar y trabajar, como lo hacía, de Preceptor en el Colegio San Patricio de Adrogué. Seguía contando con el respaldo de gente querida.

Continuaba viajando de acá para allá como siempre. Comencé a pasar largas temporadas en Adrogué, y en ocasiones me costaba enormemente moverme, precisaba mucha fuerza de voluntad para volver a Gesell, y continuar trabajando. Mi resistencia se estaba acabando, y tal vez, era posible, que se estuvieran abriendo lógicas y previsibles grietas en mi escudo de fuerza. ¿Hasta cuándo soportaría, sin desbordarme?

Aníbal y su novia Patricia se habían casado en junio de 1979, habían vivido unos meses en Buenos Aires. Después decidieron volver a Gesell, lugar donde también Patricia había pasado su adolescencia; sitio que amaban y que significaba mucho para los dos. La decisión de volver a la Villa está comentada por Aníbal en una

carta que escribió a Patricia y su familia, y que, fragmentada, va al final de este capítulo.

Mi alegría por su regreso a la Villa fue enorme, y además del gran gozo interior, me sentí acompañada, y es probable que inconscientemente me haya apoyado en Aníbal, como lo había hecho ya cuando en el año 69 llegamos a Gesell, y él, con apenas doce años, tomó prematuramente el lugar de hijo mayor, ante la enfermedad de Cacho. Todos nuestros hijos se vieron entonces comprometidos y con nuevas responsabilidades.

Yo había vivido una etapa durísima, especialmente difícil, cuando me quedé, luego de la partida de Penaco, sola en Villa Gesell.

Sola, y aquí podemos mencionar el famoso Síndrome del nido vacío y no sólo ése. Sabrán los psicólogos todos los "síndromes" que se conjugaban en mí. El peso que llevaba encima empezaba a resultarme insoportable.

Recuerdo muchos días en que, terminadas las actividades escolares, me quedaba en mi cuarto mirando fijamente el cielo raso. Horas enteras.

Es decir, que el regreso de Aníbal y su mujer a Villa Gesell me trajo una nueva sonrisa. Con los años, su familia se fue agrandando con la llegada de Manuel, el 31 de agosto 1980, y de Fermín, el 8 de abril de 1982.

Sin embargo, dentro de mí ha persistido a veces la sensación de zozobra. Mi ánimo ha sufrido altibajos, y creo que ni un hijo, ni dos, ni tres, ni cuatro, es decir, ni la totalidad de mis hijos rodeándome, más todo el resto de la familia, podrían solucionar esta cuestión, de la que sólo yo, mujer, persona irrepetible, puedo hacerme cargo. Apoyada sólo en Dios, más segura que el mismo océano, como reza el texto que nos obsequió el Padre Guillermo. Aunque a algunos les resulte contradictorio.

Después de trabajar varios años en el Colegio, donde fue también Representante Legal, Aníbal inició su trayectoria personal en el periodismo, tanto televisivo (Canal 2 de Villa Gesell) como gráfico. Hasta que fundó su propio semanario.

Hoy ha vuelto a compartir la Representación legal del Colegio junto con Aurelia. En 1993 publicó su primer libro de poemas, "El mar", que fue presentado en la Villa, y acaba de editar otro, "Orillas".

Aquella sonrisa que me brota espontáneamente, es la misma que sigue subiendo a mis labios cuando los veo hoy en día, a todos y a cada uno de nuestros diez nietos, y a todos nuestros hijos. Y en este caso puntual que estoy destacando, cuando lo miro a Aníbal, periodista serio y equilibrado, tan respetado y querido en la comunidad. Al frente de su Semanario El Fundador, un medio de comunicación leído y valorado por todos los que esperan el día viernes para leer sus notas, siempre bien intencionadas y justas. Son palabras de madre, pero también de una mujer miembro de esta comunidad geselina, y una lectora que intenta ser atenta y objetiva.

En la actualidad, Aníbal es tan conocido en la Villa que yo he dejado de ser el eje referencial, para pasar a ser "la mamá de Aníbal", lo cual, lejos de molestarme, me enorgullece muchísimo.

He pasado épocas malas, unas mejores que otras, y caído en estados de profunda melancolía, de hondos abismos en el alma, pienso que tal vez retardé el momento de pedir ayuda adecuada, quizás abrumada por las cuestiones inmediatas, que siempre suponemos que son más importantes.

Recuerdo en especial el año 80.

Nuestra escuela había obtenido importantes premios internacionales en Dibujo y Pintura, y junto a nuestra profesora, Leticia Celle, esperábamos en octubre la llegada del Cónsul Chino para la entrega de premios. Estos trabajos fueron publicados en China, país organizador del concurso.

Yo me encontraba tan mal, que me fue imposible recibirlo. Dejé delegada la tarea en las Directoras, y en Aníbal, y me fui a Adrogué.

Visité al Doctor Raúl Caraballo y le pedí consejo. En estas condiciones, le expliqué, no puedo encarar el verano y toda su carga de trabajo extra.

—Ni lo piense. Usted no puede irse a Villa Gesell así como está. La voy a derivar a un Médico Psicoanalista de la Clínica Espora de Adrogué, el Doctor Vetere, que le será de gran ayuda —me dijo.

¿Cómo hago para evitar la temporada, si necesito seguir produciendo, seguir trabajando?, pensé al salir.

El acuerdo que hicimos con el Doctor Vetere fue muy claro: yo ponía todo de mi parte y él me aseguraba que podía regresar a trabajar ese mismo verano en Villa Gesell con fuerza renovada.

Así fue. Comenzamos un tipo de Terapia Breve llamada Transaccional, sin remontarnos demasiado lejos en el pasado. Fue suficiente con cuatro sesiones.

Me hacía preguntas. Se asombró en principio de que en mi historia personal existiera una línea directa y continua de matrimonios felices. Mi padre y mi madre, mis suegros, nosotros mismos. Creo que el respaldo de tanto amor que recibí desde niña fue lo que me mantuvo a flote en la vida, tanto amor auténtico que he recibido y mamado. También mi fe, fe en mi trabajo y en Dios, cuya presencia se manifiesta de forma evidente, tendiéndome siempre sus redes protectoras.

El agotamiento físico es otro factor importante que debía resolver, el cansancio arrastrado por años y años no se repone en dos días. Pero de todos modos tiré de la cuerda una vez más, y le puse buena cara a lo que me esperaba en Gesell.

Trabajé ese verano, bastante recuperada en lo anímico. Había que afrontar innumerables contratiempos e imprevistos. Recuerdo uno especialmente

desagradable, del verano de 1978. Es apenas una anécdota, pero sirve de ejemplo para comprender que a veces nuestro solo esfuerzo no alcanza.

Recibimos en el Albergue a un grupo grande de jóvenes de Lomas, y yo, contenta, ya que había conocido a los padres de uno de ellos, les dí la bienvenida. Mi sobrino Bachi me alertó sobre la peligrosidad de esta verdadera banda de vándalos, famosos en Lomas por sus desmanes.

—Será el hijo de Fulano de tal —me dijo—, pero tené cuidado, Mini, porque no se puede esperar nada bueno de ese tipo y sus amigos.

De modo que terminamos echándolos a raíz de su mala conducta, y ellos amenazándonos con prender fuego a la escuela. Hubo en consecuencia, bastante ruido, e incluso la policía admitió que los habían sido identificados con anterioridad. Que los tenía "en observación"..... ¡sin avisarnos a nosotros, ni protegiéndonos tampoco!

¡Dios! ¿Sería posible que no se nos ahorrara ningún padecimiento?

A finales de ese año, después de haber compartido (con cierta ingenuidad, conociendo hoy lo que ocurría mientras tanto en el país) con real alegría tantos festejos por nuestro primer puesto en el Campeonato Mundial de Fútbol, los argentinos nos vimos envueltos en un tremendo conflicto con Chile. La discusión no era nueva, ya que se venían enfrentando a raíz del tema de los límites de ambos países desde el siglo pasado. En 1881 se había firmado el Tratado de Límites en el que Chile reconocía los derechos argentinos sobre la Patagonia y nuestro país renunciaba a prácticamente la totalidad del estrecho de Magallanes. Pero continuamente surgían roces por las pretensiones chilenas sobre el océano Atlántico, y había poca claridad acerca de la soberanía sobre ciertas zonas del canal de Beagle y de la cordillera, y sobre algunas islas. Se firmaron con el correr del tiempo varios tratados más, con intervención de tribunales internacionales. En marzo de ese mismo año la Argentina declaró nulo un fallo que a su juicio no respetaba la política de influencias geográficas naturales. Hubo reuniones entre los

presidentes Videla y Pinochet, quienes se comprometieron a nombrar un mediador si las negociaciones fracasaban; a través de un comunicado informaron luego que no había sido posible hallar coincidencias. La situación llegó a ser realmente tensa; en diciembre había ya movimientos de tropas, lo que hacía temer una guerra, pues se sabía que algunos jefes militares estaban dispuestos a emplear la fuerza. No eran miedos infundados: en Villa Gesell, por ejemplo, habían sido reclutados varios jóvenes, y en el ambiente se respiraba angustia, luto, amargura.

Con la llegada del Cardenal Samoré, enviado papal, a fin de año, se inició una exitosa mediación, que consiguió convencer a los dos países de la necesidad de la paz por sobre todo litigio. Pero los conflictos con Chile siguieron, y es un tema que se repite desgraciadamente, pues siempre está en juego alguna nueva porción de territorio argentino. En este caso, hubo que aguardar varios años, y recién en 1984, durante el gobierno democrático de Alfonsín, se dio por terminada la discusión sobre el canal de Beagle.

Recuerdo que la Navidad del año 78 fue vivida con la tristeza y con el dolor que significaba para todos el fantasma de la guerra. Esfumada esta amenaza, el trabajo en el plano turístico se presentó pobre para nuestra Villa y otras ciudades balnearias, con escasos visitantes. Los ánimos seguían decaídos y los bolsillos también.

Lomas de Zamora, 19 de julio de 1975

Mis muy queridos hijos:

Con muy pocas ganas inicio el viaje a las Cataratas, dado que preferiría mil veces pasarlo con ustedes. Intenté canjear el pasaje pero no fue posible. Con el aliento de Nora que me incitaba a realizarlo y la lástima de perder lo que ya he pagado, es que me animo a emprenderlo.

Aníbal y Fernando Spiner salieron anoche hacia el norte, en un viaje de total aventura. Rueguen a Dios que no les pase nada.

Querida Patricita, cuidate mucho para que tengamos la bendición de una nueva y maravillosa vida entre nosotros.

Pienso mucho en todos ustedes. En todos y en cada uno. Amo a mis hermanos, a la humanidad que sufre, que busca, a este hermoso país tan duramente maltratado, y amo con intensidad un poco egoísta a mi hermosísima familia que cada vez se agranda más en cantidad y en afecto.

Papá, estoy segura, está muy contento de vernos así, tan unidos y tan estrechamente ligados en la esperanza de un mundo mejor. (...)

Reciban muchos besos de

mamá

Tanto Gustavo como Aníbal han mantenido una estrecha amistad, que dura en la actualidad, con Fernando Spiner, hoy destacado Director de cine. En la adolescencia compartieron numerosos viajes, mochila al hombro, por los caminos de nuestro país, como consta en la carta precedente.

Carta de Aníbal a Mini, Patricia, Alejandro, Gustavo y Penaco.

Lanús Este, 23 de marzo de 1976

Queridísima familia:

Recién hoy pude hacer un alto, porque estamos viviendo un ritmo muy fuerte en estos días, ya que nos estamos preparando para el

28, día en que inauguramos la comunidad "Nuestra Señora de la Luz". Estamos felices porque tenemos pruebas rotundas de aceptación de la obra (...)

Lo principal es la respuesta que recibimos desde un principio de la gente del barrio, que se adhirió completamente a la obra. Y tal vez lo que más nos convenza sea la permanente presencia de los niños (hasta 16 años) en la casa, que nos sorprenden con sus inquietudes.

(....)

Por otro lado, hay una tarea grande que hacer de promoción, sobre todo en el aspecto sanitario..

Todos nos llevamos muy bien. La Capilla es el lugar privilegiado de la casa, hicimos todo nosotros, desde el sagrario hasta el altar (...)

Esto es muy lindo, pero compromete muchísimo y hay momentos en que cuesta. Vivir en comunidad es algo trabajoso, y más aún al servicio de los demás.

Los extraño mucho. Viví en una enorme comunión con ustedes todos estos días.

Recé mucho por Pedro Wallace... (¿ya vino?)

¡Felices 45 para mamá! (un poco tarde).

Por otro lado ya empecé a trabajar en la fábrica, y la facultad comienza el 5 de abril.

Los quiero mucho,

Aníbal

24 de marzo:

Patri y Ale: ¡Pedro Wallace, viejo nomás! ¿Vieron que yo tenía razón?
¡¡Qué alegría!! No saben las ganas que tengo de ir a verlo. ¿Es rubio? Dénle un abrazo grandote a Pedrito.

Carta de Gustavo

Villa Gesell, 29 de septiembre de 1976

Queridos Patricia y Alejandro:

¡Qué tal! ¿Cómo anda eso? Espero que se adapten pronto y favorablemente a esa nueva vida. Tienen todos los elementos para formar una familia libre y feliz.

Por acá andamos bastante bien, con Olga y Oscar nos estamos preparando para nuestra futura vida en la Comunidad, que ya vamos presintiendo con mucha fuerza, y también el alejamiento de nuestros hogares, con toda la dolorosa carga afectiva que esto acarrea (sobre todo para Oscar y Olga).

En el colegio formamos ocho grupos de reflexión con chicos de primero a tercer año, para tratar todos los temas que quieran, y creemos será muy positivo.

(...)

El 18 de noviembre nos vamos, todo quinto año, a Bariloche, ya está casi concretado.

Bueno, chicos, no los jorobo más. Me despido de ustedes con el deseo de verlos pronto...y que sigan siendo felices, junto a mi ahijado Pedrito, y las vacas, las ovejas, los caballos, los toritos... etc.

Gustavo

Cartas a Patricia, Alejandro, Pedro y Juan Cruz

Villa Gesell, 4 de marzo de 1978

Mis muy adorados hijos y nietos:

Gracias por alegrar mi corazón con sus cartas y poesías. Ellas me muestran que la vida es hermosa, que merece ser vivida, que todo lo que se ha amado y se ama sirve para mucho.

(...)

La lucha por la vida, lo cotidiano, aquello que me trae preocupación y sufrimiento, empalidece frente a todos ustedes. Cada uno aporta a mi felicidad y realización de madre y abuela. Con toda humildad y gratitud acepto la gracia que Dios me regala. Me alegra ver que cada uno de ustedes es persona. Ustedes valen por sí mismos, enriquecen a quienes se les acercan, dan amor y transmiten paz. Hijos queridos, Cacho los ve, Cacho nos acompaña a cada instante, está muy cerca de nosotros en espíritu puro, puro como él fue, y de él han recibido mucho de lo que hoy pueden dar. (....)

Los espero. Un beso grande donde va toda mi alma, mamá

Villa Gesell, 1 de marzo de 1979

Queridos hijos y nietos:

Siendo las nueve de la noche y luego de un día de arduo trajín encuentro un momento de paz para acercarme a ustedes.

Nora está frente a mí haciendo con las cartas un solitario y descansando, luego de tratar de acomodar algo del desbarajuste que es el Colegio en este período donde termina la temporada y están por empezar las clases.

Fernandito estuvo estudiando Matemática y luego se fue a Piano, contento porque hoy concretamos la compra de un piano para que continúe sus estudios, ya que es evidente su inclinación natural. Según Vanda, su profesora, dentro de un año o menos, lo va a derivar a un gran profesor de Composición, ya que tiene gran confianza depositada en el gordo.

Me pedís que te cuente del viaje. Fuimos Nora, Norita y yo en micro a Mendoza, San Juan y San Luis, 10 días en total (quedamos planchadas). Visitamos lugares realmente hermosos. (...)

Gustavo se va esta noche a Buenos Aires y el lunes viaja a Brasil, solo. Piensa pasarse 30 días recorriendo; está enloquecido.

Aníbal está de novio, desde hace una semana, enamorado cada día más de Patricia De Donato, ¿que me contás? (...)

Para el Colegio ya tenemos una inscripción buenísima; espero poder nombrar una Vice—directora para estar más libre.

Puse en venta el departamento de Banfield; nos queremos mudar a Adrogué para que Fernando esté más cerca de su colegio y así practicar más horas de piano (...)

Un beso grande, grandísimo, un abrazo de Nora,

mamá

Carta de Gustavo

Lomas de Zamora, 27 de agosto de 1979

Queridos Ale, Patri y cría:

(...) No me voy a poner serio y formal, aunque de alguna forma quisiera estar más cerca de ustedes. La distancia es un tema para ser tratado con seriedad.

Aquí estamos con muchas novedades importantes que creo que ya conocen (yo siempre descolgado). Estamos preparando la mudanza para este fin de semana. Como no alquilamos otra casa, repartimos los muebles entre todos los parientes. Yo voy a casa de Nora, y ocuparé el sitio que alguna vez ocupaste vos, Patri, después Aníbal, y bueno, faltaba yo (como me dice Bachi) y aquí estoy. Penaco va por ahora a lo de la tía Susana. La cosa se definió por el ahorro y pago de deudas, y por joder un poco más a la familia, que como siempre se mostró muy bien dispuesta.

Mis cosas andan bien. Aprobé tres materias y ya empiezo otras tres. En el plano de los afectos tomé algunas decisiones importantes. Les cuento.....

(...)

Besos a todos.

Gustavo

Carta de Aníbal

Villa Gesell, 11 de septiembre de 1979

Querida familia Wallace:

(...) Los dos meses de vida en Buenos Aires fueron suficientes para reconocer que las ochocientas toneladas de libros que se han escrito sobre la sociedad de masas, el consumo, el stress, el smog; sobre los millones de personas que sufren hipertensión arterial, y los no menos numerosos seres que visitan ocho veces por semana al psicoanalista, así como las familias y familias que salen a tomar sol el domingo a alguna maceta que poseen en el duodécimo piso del departamento..... TENÍAN RAZÓN.

Con Patricia tomamos conciencia de esto y decidimos volver a Villa Gesell. (...)

En el colegio pasamos la mayor parte del día. Nos repartimos en distintos horarios. Yo estoy en la Administración con Aurelia. Patricia está organizando la Biblioteca; es Celadora de almuerzo y ocasionalmente hace lo que venga, lo que no está reñido con el singular espíritu de su propietaria y fundadora, Señora de Zaldívar.

En una palabra, hay laburo de sobra, y el tiempo a veces no alcanza para todo.

El aspecto de contacto con los niños ustedes lo conocen bien, ya que estuvieron en esto: puede resultar por momentos hermoso, trágico o divertido.

Hay otra serie de cosas más problemáticas, que "exceden los alcances de estas líneas", como diría alguna persona de índole formaloide. Como ni mi señora ni yo lo somos, pensamos que sería lindo vernos pronto, pero si no seguiremos escribiendo, desde esta soledad a aquella soledad.

Un abrazo, Aníbal

Once:

Cielo abierto

En marzo de 1981 cumplí cincuenta años, y estuvieron todos mis hijos junto a mí en un sencillo festejo. Patricia y Alejandro vinieron del campo a pasar una semana con nosotros; Aníbal y su familia, Gustavo que viajó especialmente, pues estaba rindiendo exámenes, y Fernando, que aparece en las fotos sentado al piano, como era y es, una constante en él.

Desde su apertura al mundo de la música, a los nueve años, cuando con los hermanos Rocha cantaban temas de Piazzola, de Bach, de Lalo Schiffrin, desde el descubrimiento del piano, con Vanda Mikats, ha seguido estudiando.

En Buenos Aires, y a través de los años, siguió sus estudios de piano, al principio también con Vanda. Luego se enriqueció con otros profesores, como el papá de Lito Vitale. Estudió composición y armonía con Manolo Juárez. Música clásica con Marta Bongiorno; jazz e improvisación con Santiago Yacobi y Edgardo Beilin. Pasó por la Facultad de La Plata, integró distintos grupos musicales.

Continuó en su búsqueda, acercándose al tango y al bandoneón, con Rodolfo Mederos. Fue pianista, durante una temporada en el Luna Park, en la obra "Drácula". Acompañó con sus teclados a gran número de intérpretes, de toda clase de música. Dirigió su propia comedia musical, en la Escuela Popular de música del Sindicato Argentino de Músicos, donde ejerce la docencia.

Este apretado resumen, obligada como estoy a sintetizar, quiere ser un admirado y auténtico reconocimiento a su inagotable pasión creadora y a su inalterable afán de alcanzar la excelencia.

También se dedicó al deporte.

Desde los primeros meses de su vuelta a Adrogué, en 1978, Fernando había sido tentado por sus compañeros de colegio para que se acercara al Club Pucará a jugar al rugby. Así lo hizo, destacándose de inmediato en ese deporte, que practicó hasta los veinte años. Según me contó más adelante, sintió en esos años el apoyo afectivo de sus entrenadores, quienes, de manera casi paternal, le proporcionaron muchas veces el consejo y la protección varoniles que yo no estaba en condiciones de brindarle. ¿Es necesario que destaque otra vez la importancia de las personas que desinteresadamente nos ayudan a lo largo de la vida?

Elegido como miembro del seleccionado juvenil, "Los Pumitas", con ellos viajó a Chile, donde ganaron el campeonato Sudamericano de Rugby. Había sido fichado ya para integrar el seleccionado mayor, Los Pumas, pero sus obligaciones deportivas, cada vez más exigentes, le restaban mucho tiempo a sus estudios de Música, y finalmente, después de algunas deliberaciones, dejó de jugar. No cayó bien entre sus amistades esa decisión, y muchos no lo comprendieron, pero una vez tomada, fue irrevocable.

Me aguardaban muchos años de lucha con la escuela.

Si en los comienzos fui sacudida por "golpes de estado", los impactos que recibí después no fueron menos destructivos.

La confianza en los demás siempre me ha caracterizado. No pasa por mi cabeza, al menos espontánea y naturalmente, que alguien pueda guardar malas intenciones o hacer deliberadamente daño a otro.

En junio del año 79, tomé un mes de licencia y me trasladé a Banfield para el casamiento de Aníbal y Patricia.

A su vez, coincidió que Ana Masor iba a emprender un viaje a Europa y también pidió licencia.

A mi regreso a la escuela, encuentro que habían nombrado como suplente a un maestro que jamás había ejercido antes ni teníamos referencias de él. Comprendí enseguida que habría problemas.

Este personaje maquiavélico estaba serruchando los cimientos de la escuela, usando toda clase de artimañas. Inclusive trabajando en la mente de los chicos, calumniando a la maestra titular del grado y a mí misma, y aun había logrado convencer a algunos padres con sus extraordinarios e increíbles argumentos en contra del colegio. Para dar un ejemplo, una de sus críticas, y así lo había manifestado con mucho ruido a los padres, apuntaba al patio de la escuela, que según él debía ser cubierto.

¿Qué clase de gente se había metido en mi colegio? Sentí que estaban violando nuestra intimidad, nuestra casa, y destrozando nuestro cuidado jardín, que tantos desvelos nos había demandado.

Lo relacioné entonces por su apellido, con una visita extraña que había recibido en el año anterior, de un ex—policía que dijo estar haciendo un relevamiento de escuelas en la zona, a quien conté toda mi experiencia docente, brindándole datos con franca inocencia.

Cuando volvió Ana del viaje, le pedí que asumiera lo antes posible sus funciones. Este hombre, entonces, que había protagonizado además un incidente escandaloso durante el viaje de egresados, en esas vacaciones de invierno, se negó rotundamente a cederle el grado. Se reunió con los padres para elevar su protesta, pero finalmente, se retiró.

En cierta forma.

Quiero decir, salió de nuestra vista, nada más.

Este señor ya estaba terminando de construir su propio colegio, y seguía merodeando y visitando a todos mis alumnos, al punto que, cierta vez que

estuvimos frente a frente, me dijo que "esto es una guerra y en la guerra todo está permitido" y que no pararía hasta hacerme desaparecer.

En el mes de septiembre, pensamos con la señora de Van Bommel y otras personas de nuestra Comisión de Padres, en pedir ayuda a la Municipalidad, que ya venía colaborando con otros establecimientos, para edificar el techo y hacer, de acuerdo al pedido de algunos padres, el patio cubierto. Nos dijeron que sí inmediatamente, que nos iban a ayudar con la mano de obra. Nosotros implementamos una rifa de un auto, para poder comprar los materiales. Vendimos los números, empezamos a adquirir los elementos, hablamos con el arquitecto Fernando Mejías, quien se ocupó de estos trabajos.

Ya estábamos en diciembre, y la cuadrilla de la Municipalidad no llegaba, ni llegó jamás.

En plena temporada de verano debimos contratar gente para el trabajo. Se hizo lo que se pudo, Aníbal corrió como loco para conseguir gente, trató con infinidad de personas, pero en marzo, a punto de empezar las clases, la obra no estaba finalizada.

Días después, cayó (es la palabra apropiada en este caso) en mi escuela un Inspector del Municipio, y a grandes pasos entró a revisar la obra. Anunció a viva voz que el techo se estaba haciendo mal y que lo clausuraría, porque se corría el riesgo de que en cualquier momento se cayera estrepitosamente.

Nosotros observamos azorados la escena y luego, el despliegue de cintas de clausura, que desparramaron por todos lados.

No pudimos comenzar las clases en la fecha prevista, y nadie sabía lo que iba a ocurrir. La gente estaba alborotada, y hubo quien se ocupó con mucha saña de agrandar los hechos.

¿Qué relación habría entre los personajes de esta historia de pistoleros, como la calificó Chana cuando le conté?

Como consecuencia de este mal intencionado suceso, cuando todo se aclaró y la escuela abrió sus puertas, pues el techo estaba perfectamente construido (la prueba contundente radica en que todavía no se ha caído), habíamos perdido cerca de cien alumnos. Especialmente alumnos de Pinamar, que no se arriesgaron a venir debido a los intensos comentarios negativos que llegaban a sus oídos.

Con el debido asesoramiento legal, supimos también que no podían clausurar la escuela, sino en todo caso, sólo el acceso a la terraza. Y que por este hecho podíamos iniciar juicio a la Municipalidad.

De modo que se acallaron los ataques, y comenzaron las clases, mientras se terminaba la obra en medio de este gran disgusto.

Debimos trabajar los sábados, durante varios meses, para cumplimentar los días de clases perdidos.

Nos había quedado además una enorme deuda a causa de estos inconvenientes.

Fue más tarde, en Adrogué, un fin de semana en que viajé a visitar a Gustavo y Fernando, que también me reuní con Chana Ansaldo. El domingo fuimos juntas a misa, a la Medalla Milagrosa, Virgen que nos llena de devoción. Rezamos juntas por la solución de nuestros problemas, y le pedí especialmente que me mostrara el camino para solucionarlos.

Ya de vuelta a mi casa, donde almorzamos, mi sobrino Marcelo Mariluz, que vivía a pocos metros, llega para informarme que mi hermana Nora había llamado, a fin de avisarme que pasaría a buscarme con el querido tío Ricardo (hermano menor de mamá), y que juntos iríamos a visitar a unos familiares que se habían accidentado recientemente.

No voy a contar ni una palabra de lo que me está pasando en la escuela, me dije, mientras nos acercábamos al domicilio de nuestros parientes, bastantes preocupaciones he llevado ya a mi familia.

Nos reunimos de este modo con mi prima Ana María; su madre, la tía Anita, y Alberto, esposo de mi prima, que era quien había sufrido un accidente en Mar del Plata. Hablando del tema, se hizo referencia a un detalle que yo desconocía. Fue cuando Ana María comentó:

—Por suerte, su primo lo ayudó enseguida, porque es Jefe de la Regional Cuarta, en esa zona.

—¿Así que es policía? —pregunté muy sorprendida—. Bueno, siéntense, que les voy a contar una historia del Far West.

Y contrariando lo que me había propuesto, conté todo.

Alberto, preocupado, me sugiere hablar con su primo, Comisario Alfredo Moyano, para pedir opinión y hacerle conocer estos problemas. Fue así que luego de recibirme en Mar del Plata y de investigar los sucesos que yo le comunicara, actuó en consecuencia. Le estaré siempre agradecida por su buena voluntad, ya que a partir de su intervención, pues vino en persona a entrevistar al Intendente geselino Señor Pidal, que era policía retirado, se solucionaron las cosas. Al consultarlo sobre los pormenores de los hechos que habíamos padecido y en los cuales se había visto perjudicada mi escuela, toda la comunidad educativa y yo misma como principal responsable, Pidal, con un tono despectivo, le expresó a modo de excusa, dejando al descubierto su criterio machista y autoritario: "Y... una mujer sola....". A lo que el alto Jefe Policial respondió inmediatamente: "No está sola, es familiar mía y yo la respaldo". Lo que significó el inmediato cese de las agresiones.

A los pocos días, en la fiesta del 9 de Julio, como claro desagravio, se presentaron en el Colegio a participar de los actos, el Intendente mencionado, sus colaboradores, y un Jefe del Ejército y otro de la Marina de Mar del Plata.

Este tipo de experiencias hacen reflexionar sobre la triste postura de algunos frente a las mujeres independientes, ya sean solteras o viudas, sin hijos, hermanos o amigos varones que las protejan de manera visible y contundente. Una mujer sin un hombre a su lado, que quiera trabajar y ser respetada en su trabajo, para quien, de acuerdo al prejuicio de ciertas personas, la lucha será de antemano muy desigual. ¿Cuánto habrá de costarle su pretensión?

La deuda... era una verdadera pesadilla. ¿Cómo podíamos hacer? El presidente Tte. Gral. Viola había llegado al poder, en marzo de 1981, luego de complicadas negociaciones entre las tres Fuerzas armadas. La economía del país sufría con un dólar incontrolable que llevaba a las empresas a la quiebra, y se seguían viviendo tiempos de especulación, de caídas estrepitosas de bancos y financieras. El Ministro Lorenzo Sigaut había cerrado las puertas a los créditos. No sabía a quién recurrir. En los Bancos no obtenía respuesta de ningún tipo.

Viajé a La Plata, y fui a ver al Padre Luis María Montes, que era un sacerdote amigo, (luego fue Obispo de Chascomús), para que me aconsejara, y no supo qué sugerirme, aunque prometió ocuparse. Visité también a la señora Agustina Aráoz Roca, abuela de alumnos del colegio, a quien relaté todos los problemas.

—¿Por qué no lo va a ver a Manrique? —me sugiere.

—¡Pero si no lo conozco!

—Vive acá a la vuelta. Vaya, que la va a atender —insistió. Creo que hasta me acompañó hasta la casa.

Francisco Manrique, Marino retirado, había sido Ministro de Bienestar Social durante la primera parte de la presidencia de Roberto M. Levingston, en 1970, y en marzo del año siguiente, al asumir la presidencia Alejandro A. Lanusse, ocupó el mismo cargo. Luego fundó su propio partido político, el Partido Federal.

Manrique tuvo la gentileza de recibirme ese mismo día. Me escuchó atentamente. Me aconsejó como única salida posible la gestión de un subsidio ante el Gobierno de la provincia de Buenos Aires.

Se ocupó de presentarme al señor González Gil, hombre de su partido, que se desempeñaba como Secretario de Gobierno de la provincia. Cuando fui a verlo en su despacho, para iniciar lo antes posible los trámites, me gratificó encontrar la sonrisa de una persona conocida entre sus secretarias. Tras los saludos cariñosos, en ésa y en cada ocasión que lo necesité, Claudia Salas, sobrina de mi amiga Beatriz y ex—compañera de escuela de mis hijos, me asesoró con paciencia y afecto ante los dificultosos requisitos que debía cumplimentar para llevar adelante mi solicitud.

Mi periplo fue largo y aparentemente interminable. Uno a uno fui ejecutando los pasos necesarios, reuniendo información, oficina tras oficina con el número del expediente presentado en mi mano, durante el año entero.

Al fin llegué a la última instancia, la Oficina de Subsidios, donde los papeles quedaron dulcemente archivados. Allí hubiera pasado a eterno descanso, si no hubiese obrado con la fe y la persistencia que la necesidad motoriza. Personas queridas de Adrogué me tendieron su mano, desde Carlos Mangisch a mi gran amiga Marta Cruz, quienes me ponen en contacto con Julia Lacoste, también vecina de este hermoso lugar. La predisposición de esta amable señora, hermana del Almirante Lacoste, (presidente del Ente Autárquico Mundial 78), fue fundamental para que el expediente cobrara nueva vida. Asimismo, el flamante Intendente de Villa Gesell, señor Federico Schmidt, realizó una importante gestión, apoyando mi pedido por vía municipal. Se logró un acercamiento muy positivo al Gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor Jorge Aguado, y al Secretario General, señor Benítez de Castro, y en consecuencia nuestra solicitud de subsidio se encaminó a feliz término.

En marzo del año siguiente, gracias a Dios y a toda la gente que nos ayudó, nos fue otorgado. La deuda, debido a las indexaciones, se había elevado hasta llegar casi a los 30.000 pesos de aquel momento.

Asimismo el Banco Provincia me dio facilidades para cancelar otra, contraída con anterioridad.

Fue así como se dieron las cosas para que aún estemos en pie, luchando.

Mientras seguía trabajando, como siempre, todo el año, en verano en la Colonia de vacaciones y en invierno en el Colegio, en el transcurso de una escapada a Adrogué, me senté finalmente a escribirle al Doctor Brage, y retomo así, el relato que dejé inconcluso.

Habría sido, muy probablemente, a mitad de 1983.

En ese año, estábamos en otro departamento de Adrogué, en la calle Mitre. Alejandro estaba trabajando en Salta, y a la espera de reunirse con sus hijos y Patricia, que viajó para allá con los tres chicos y su embarazo (de Mariano) muy avanzado, en agosto.

Gustavo y Cecilia, después de un año de noviazgo, se habían casado en Buenos Aires el 16 de abril de ese año, y estaban de viaje por Europa.

El Doctor me había pedido un informe. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? ¡Lo había intentado tantas veces, sin poder concretarlo! Y cierta tarde, por fin, lo comencé.

Escribí las primeras líneas, y lloré. Por primera vez, desde la muerte de Cacho, pude llorar.

Toda la tarde, sin pausas, lloré, lloré y lloré. Mientras escribía, hasta ponerle fin, hasta cerrar el sobre, lloré.

Lo había logrado. Y lo envié, por fin, al Doctor Brage.

Se habían abierto las compuertas, dejando salir todo ese dolor enterrado y aplastado deliberadamente por mí en el fondo de mi ser, y que me estaba cubriendo de tristeza.

Volví entonces a consultar al Doctor Vetere. No hice más que sentarme frente a él y comenzar a llorar.

—Vamos a hacer una cosa —me dijo— Haga de cuenta que su marido está aquí y díglele todo lo que sienta, todo lo que no le dijo antes.

—No, Doctor, no se trata de lo que dejé de hacer o de decir. Nada de eso. Luché por él con todas mis fuerzas, hice todo lo que estuvo a mi alcance, aun cuando algunos me acusaban de egoísta, de ambiciosa. ¡Como si yo hubiese elegido este camino de lucha sin fin, sólo para realizarme profesionalmente! ¡Qué equivocados que han estado siempre! Hice todo, todo lo que pude. Consulté a los mejores médicos, busqué para él los últimos medicamentos, lo que iba saliendo de nuevo. Recuerdo en una oportunidad que le recetaron a Cacho un remedio carísimo, creo que se llamaba Sulconar, que se traía directamente de Italia y debía inyectárselo todos los días. No se vendía en las farmacias, fui a la Droguería a buscarlo, y allí me encontré con que los dueños habían conocido a Cacho en su época de Visitador médico, y al enterarse de que el producto era para él, generosamente y con gran afecto por mi marido, me donaron la droga. Siempre le expresé mi amor, hasta el último día, como él me confesaba el suyo. Le aseguro que no me ha quedado nada por decirle.

Tanto lloré esa tarde, que al otro día no fui a la siguiente entrevista, y ya no volví a ir.

Más adelante, me crucé con el Doctor Vetere en una calle de Lomas, y me disculpé por mi inasistencia.

—¡Señora! —dijo— si no ha vuelto es porque no ha sentido la necesidad, y eso me alegra.

Gustavo se recibió de Psicólogo en agosto de 1984. El 8 de abril del año siguiente, asistimos con sus suegros, y otros familiares, a la entrega de diplomas en el Aula Magna de la Facultad de Psicología de Buenos Aires. Estaban el Doctor Pacho O'Donnell, y también el Doctor Florencio Escardó.

Lo saludé con mucho afecto, feliz por el reencuentro. Cuando le comuniqué que mi hijo era uno de los graduados, se alegró mucho.

—Yo personalmente le voy a entregar el diploma —me dijo con cariño.

Así fue que Gustavo lo recibió de sus manos, junto con otros cuatro flamantes Psicólogos.

En octubre de 1983, Cecilia dio a luz a Diego, el primero de sus tres hijos. Luego nacieron Gervasio, en setiembre de 1986, y Felipe, en octubre de 1991.

Gustavo y Cecilia vivieron un tiempo en Villa Gesell, también colaborando y trabajando con gran entusiasmo en el Colegio; ella como Maestra Jardinera y Gustavo en el área administrativa y legal. Asimismo, él ejerció su profesión de Psicólogo como Coordinador del Equipo interdisciplinario de salud en mi escuela, como Asistente educacional de la Escuela provincial N°3 de la Villa, asimismo en Consultorio particular, que mantuvo un período considerable, aún después de haber regresado a Buenos Aires, para quedarse definitivamente allí. A su vez participó y colaboró en el Programa de Psicoprofilaxis y Obstetricia del Hospital, y en la elaboración de proyectos para la Secretaría de Salud de la Municipalidad de Villa Gesell.

Compraron su propia casa en Núñez y empezaron una vida dedicada a la crianza de sus hijos, algo que los apasiona y disfrutan con verdadero gozo, y al trabajo cada vez más fuerte para Gustavo. Además de ejercer la asistencia clínica individual en su Consultorio, participa, desde 1988 hasta la fecha, en el programa de atención ambulatoria y domiciliaria de la salud, del Ministerio de Salud de la Pcia. de Buenos Aires, con destino en la Unidad Sanitaria del Barrio Ejército de los Andes, en Ciudadela Norte (públicamente conocido como Fuerte Apache).

A menudo ha colaborado y lo hace aún, en el Diario Clarín con sus opiniones profesionales, además de otras actividades que derivan de su tarea específica, que cumple con abnegación. Desde 1.993 es Coordinador del equipo de Profesionales de la atención primaria en salud mental de la región sanitaria VII A (Morón, Tres de Febrero y Matanza) de la Pcia. de Bs. As. Su preocupación por los demás lo ha caracterizado siempre, su manera pausada de hablar, de aconsejar, de escuchar a los otros, lo convierten en un ser especialmente dotado para las tareas que ha emprendido. Se desempeña también como docente dictando conferencias, y permanentemente participa en seminarios, cursos y jornadas.

Me alegra el alma verlo feliz junto a su familia, y que amen todos y cada uno, lo que hacen. Es la mejor manera de vivir.

Sería imposible transcribir aquí lo que ha escrito sobre tantos temas interesantes, pero por puro gusto, voy a dejar constancia de sus palabras de introducción en las Primeras Jornadas de Atención Primaria de la Salud y la Medicina Aborigen, dentro del marco del Congreso Indigenista llevado a cabo en la ciudad de Ituzaingó, Buenos Aires, el 13 de septiembre de 1996. Por su participación recibió una afectuosa carta de agradecimiento de parte del Movimiento Indio de la Pcia. de Bs. As., donde afirman que la colaboración de Gustavo "ha permitido demostrar que es posible la interrelación con un equilibrio armónico entre dos culturas, que se amalgaman en el hombre de América, donde la medicina científica está emparentada con la medicina natural que practican y ejercen nuestros pueblos", carta firmada por Hugo Collar, indio chiriguano y Fausto Durán, colla, representantes de este Movimiento.

Para introducirse en el tema, él elige contar una historia referida a una de las primeras pacientes que atendió en el Barrio Ejército de los Andes, reflejo de muchos otros casos que se sucedieron año a año. Optando como él mismo aclara,

por "un estilo poético y sentido, en contraposición al discurso técnico que solemos utilizar los profesionales de la salud para explicar con precisión científica el vasto territorio del sufrimiento humano", para luego exponer su postura, donde en algún punto se refiere a la pregunta de una psiquiatra de larga trayectoria, compartiendo la duda: "¿No sería pertinente incluir en los libros de Psicopatología el cuadro "Pobreza" como Categoría Clínica? Claro que abundar acerca de cuál sería el tratamiento para semejante enfermedad nos dejaría bastante afuera de lo que hemos aprendido a reconocer como las Especialidades de la Asistencia de la Salud."

"Cuando Juana entró al Centro de Salud", contó Gustavo. "traía en su cuerpo frágil y breve las marcas de un profundo y antiguo dolor. Su rostro agrietado, su mirada triste, eran estandarte visible de su insondable silencio, de su árida soledad. Era como una tierra seca, despoblada de sueños, de recuerdos y de esperanzas. Era el olvido en persona. Era la pura tristeza trayendo en su osamenta sin bolsillos, algunas palabras:

—Tengo un dolor de cabeza que no me pasa.

—¿Desde cuándo? —pregunté, y sencillamente, me dispuse a escucharla.

Su dolor tenía la edad de su memoria. Durante muchos años no supo ni siquiera su nombre. Sus trabajos fueron su padre y su madre, ranchos y camiones inhóspita morada.

Juana lloró según recordaba, y cada recuerdo era otra lágrima.

Entre los dos convinimos volver a vernos; se sentía un poco aliviada.

Al otro día entró otra Juana: sonreía, y con luz en la mirada me contó que su cabeza ya no le dolía.

Tuvimos a lo largo de dos años largas charlas, una vez a la semana.

Hoy, de tanto en tanto nos encontramos en el barrio o en la sala. Su vida siguió siendo dura, con las luchas que impone la pobreza, con sus avatares, logros y fracasos. Pero ya no le dolió la cabeza, y por cierto, nunca más se olvidó de su nombre."

Mis hijos, por diversos motivos, no se quedaron a trabajar en el Colegio, y eligieron sus propios caminos. Nuestra escuela, enfocada en función de servicio y no de especulación económica, no podía satisfacer a ese nivel a más de una familia. Súmese a esto, la tremenda inestabilidad que venimos sufriendo en nuestro país, que ha derivado también de los problemas políticos por todos padecidos.

La necesidad de ir construyendo el colegio ladrillo a ladrillo, más las dificultades antedichas, hacía que todo se invirtiera en él. Esto determinó que cada cual buscara dentro de su vocación el camino que los afianzara como personas y como familias.

Viajes. Ha habido en mi vida algunos viajes. Nora los organizaba a menudo y me incluía. Cuando tenía todo listo, me avisaba.

—Mini, salimos la semana que viene para Brasil, ya está todo organizado. Te espero—.Y me daba las indicaciones precisas.

Así partimos en febrero de 1980 a conocer ese país. Y en 1981 viajamos con un grupo de la parroquia de Banfield a Europa.

Mi hermana siempre muy documentada sobre todo lo que recorriamos, y yo a su lado, libre de pensamientos amargos, desenchufada y absorbiendo la belleza por todos mis poros. La seguí cada vez que pude, porque me hacían mucho bien estas excursiones, creo que han contribuido a salvarme de la depresión más de una vez, pues volvía renovada.

Antes de transcribir las próximas cartas, quiero aclarar que están dirigidas a Patricia y su familia, debido a que con Alejandro, dedicado al campo, emprendieron un camino de trabajo lejos de Buenos Aires, y siempre han estado a considerable distancia de nuestro lugar de residencia. Por un tiempo, en diferentes

estancias, dentro de la misma provincia de Buenos Aires. De modo que Pedro, el mayor de sus hijos, nació en General Madariaga. Juan Cruz y Martín, en Lomas de Zamora, en los años 1977 y 1982, respectivamente.

Luego, en 1983, Alejandro fue contratado en una finca ubicada en Coronel Olleross, provincia de Salta, donde en octubre nació Mariano. A fines de 1986, se mudaron, siempre por trabajo, a una estancia en Marcos Juárez, provincia de Córdoba, donde aún viven. Allí nació Victoria, en enero de 1988.

Han formado una familia hermosa. Alejandro, amante de su profesión, siempre perfeccionándose, padre afectuoso, un "padrazo" en todo sentido. Patricia, además de criar a sus cinco hijos en una tarea de "tiempo completo", se ha volcado a la literatura, participando en libros y publicaciones colectivas con otros escritores de Marcos Juárez. Mi hija ha sido quien me ha alentado para que escribiera estas páginas, proponiéndome un trabajo conjunto, en colaboración total, para llevarlo a cabo.

De esta manera, empecé grabando en cassettes mis vivencias, y todo lo que quise contar, y, juntas, sufriendo a menudo con las cosas tristes, pero valorando lo bueno y grande que nos ha sido dado, hemos ido ordenando mis recuerdos para dar a luz este libro.

Carta de Aníbal.

Villa Gesell, 5 de febrero de 1980

Querida Patricia:

Nos alegró mucho recibir tu carta. Desborda una chochera y una conciencia maternal muy lindas. En realidad nos tenés habituados a recibir correspondencia. (...)

Te cuento que esta familia Zaldívar está bien; trabajando y esperando al futuro personaje que agrandará nuestra fresquita pareja. (...)

Te podés imaginar cómo está el colegio; gente por todos lados. Estamos trabajando bien, sobre todo con mayor organización, ya que con Gustavo hacemos turnos de 24 horas cada uno, con dormida y todo.

Como es previsible, siempre surgen algunos problemas. Tenemos que controlar a alguno que otro tipo que quiere hacer lío, y no dejar entrar a cierta clase de gente.

Además de trabajar aquí estoy dando clases particulares de historia. (.....) Patricia nos deleita con algunas especialidades holandesas muy ricas. Cocina diez puntos, no me puedo quejar, me tiene bien alimentado y estoy gordo como un chancho y con pancita de casado burgués.

En realidad estoy demasiado bien; y uno busca siempre complicarse las cosas, en pos de otras. Por ejemplo, no sé si voy a poder seguir estudiando en Mar del Plata (....)

Patri, estoy un poco invadido por este ritmo de vida, pero me quise hacer un lugar "de honor" para que no pienses que los tenemos en el olvido.

(....)

Bueno, Pato, un abrazo a Alejandro y a tus hermosuras. Lo mismo de parte de Patricia.

Hasta pronto,

Aníbal.

Cartas a Patricia y familia.

Londres, 15 de mayo de 1981

Queridísimos hijos y nietos:

Ayer llegamos con Chana y Nora, junto a dos señoritas de Banfield, a esta hermosísima ciudad, sumamente hospitalaria y pintoresca. Viajamos en avión desde Madrid, pasamos diez días en España, diez en Francia, y otros tantos entre Suiza e Italia.

Son incontables las cosas maravillosas que Dios nos ha permitido conocer y el enriquecimiento espiritual y cultural que estamos recibiendo. Nunca creí que podría ver día a día tantas cosas lindas, la naturaleza, la arquitectura, las artes, la historia, todo lo que desfila ante nuestros ojos. (...)

El 3 de mayo recibimos en la Plaza San Pedro la bendición del Papa.(...) Ahora nos tocó la tristeza de enterarnos acá, en Inglaterra del ataque al Papa que conmocionó al mundo, pero sabemos que está fuera de peligro. Fue algo terrible e imposible de comprender (...) Me imagino a la gente y a los chicos de todas partes, con sus maestros, que van a saludarlo en sus acercamientos y bendiciones de los miércoles y domingos en el Vaticano... debe haber sido terrible para ellos.

Pedí para ustedes la bendición papal. Pienso continuamente en todos ustedes. (...) Estamos en Londres hasta el lunes, que salimos en un viaje de cinco días hasta Escocia, yendo por el este y volviendo por el oeste. Hoy a la tarde hicimos el paseo a la City, la parte histórica de Londres, y visitamos la torre donde está el tesoro de la Corona; en realidad es un castillo amurallado donde vivió Enrique VIII y donde fue decapitada Ana Bolena.(...)

El 28 al mediodía pensamos estar de vuelta en Buenos Aires. Hablé telefónicamente con Aníbal y Gustavo, y fuera de los eternos problemas relacionados con el "vil metal", están todos bien. Sé por las noticias que llegan de Argentina que las cosas siguen muy difíciles y Aníbal está haciendo malabarismos para sobrevivir a la escasez de divisas. Espero que Dios no nos abandone y podamos salir adelante como en tantas oportunidades lo hemos hecho. (...)

Como siempre todo mi amor, hasta muy pronto.

Los quiere mucho,

mamá

Los problemas económicos, muchas veces mencionados aquí, eran los mismos que derivaron del cambio de gobierno entre los militares y de medidas que perjudicaron nuestras finanzas, las cuales, desde luego, jamás se deslizaron sobre rieles, sino que cada emprendimiento nos costaba enorme esfuerzo. El viaje lo habíamos iniciado cuando el dólar se cotizaba muy bajo, ahorrando peso a peso, y en mitad del tour, la sorpresa del cambio. Se sabe que los empresarios menores son los que acusan los golpes de timón que lamentablemente, son tan frecuentes en nuestro país.

No imaginábamos en el momento de redactar la carta anterior, que con el curso de los meses, sufriríamos la peor desgracia: la guerra. Comenzó el 2 de abril de 1982, con trágicas consecuencias para nuestro pueblo.

Desde diciembre de 1981 estaba en el poder el Gral. Leopoldo Galtieri, y él mismo salió al balcón de la casa de Gobierno a festejar el exitoso desembarco de tropas argentinas en nuestras Islas Malvinas, en una acción sorpresiva que quería reivindicar nuestros derechos territoriales. Supimos que la reducida guarnición de marines británicos, luego de rendirse, habían sido enviados a Montevideo junto con el ex gobernador de las islas. El Gral. Mario Menéndez quedó como máxima autoridad argentina en las Malvinas. Más y más de nuestros soldados empezaron a trasladarse hasta las islas.

Luego de eufóricas celebraciones por la gesta, ya que la rápida operación había tomado por asalto a los ingleses, se iniciaron gestiones diplomáticas urgentes para evitar la guerra, pero la Argentina estaba en una posición muy desventajosa ante el mundo entero. Algunos presidentes sudamericanos nos apoyaron y hasta se ofrecieron de mediadores, pero sin éxito. La gente, mientras tanto, vivía con fervor

todos los acontecimientos, engañándose, creyendo que nuestros justos reclamos serían atendidos, y que se haría justicia. Se organizaron donativos de joyas, ropas y dinero para la causa patriótica, con muchísima adhesión popular. El destino de las recaudaciones nunca fue aclarado debidamente. Los ingleses mientras tanto mandaron sus fuerzas altamente profesionales, recibieron el total apoyo de Estados Unidos, y se supo luego que también de Chile, y avanzaron seguros de retomar las islas.

El 1º de mayo comenzaron los combates, con valerosas actuaciones de nuestros aviadores. Con gran admiración seguimos hoy recordando sus hazañas. Al día siguiente sufrimos un desgarrador zarpazo: fue hundido el crucero argentino Gral. Belgrano, con un desastroso saldo de muertos. Las tropas argentinas, con gran cantidad de jóvenes conscriptos sin experiencia, estaban indefensas ante el potencial extranjero. El pueblo recibía mensajes confusos, triunfalistas, pero poco a poco fue entendiendo el verdadero drama. La visita de Juan Pablo II, en el mes de junio, convocó a la gente a implorar por la paz. Y luego, la rendición argentina, la derrota, con la toma final de Puerto Argentino el 14 de junio.

¿Cómo haríamos en adelante para soportar las horribles heridas abiertas de esta guerra? ¿Quién puede, hoy en día, arrimar una respuesta?

Villa Gesell, 24 de mayo de 1982

Queridos Patricia y Alejandro:

Ayer hablé con Gustavo, dice que están todos bien pero con problemas económicos derivados de la falta de trabajo en el laboratorio de Nora.

Yo viajo poco a Buenos Aires, ya que acá tengo mucho trabajo y retomé la Vice—dirección para no perder ese sueldo.

Como las cosas están tan difíciles es importante que controle todo para hacer la máxima economía y poner el colegio de primera.

El 25 de mayo pensamos hacer una fiesta importante, si no hay problemas de otro tipo. Un grupo de familias chilenas nos donan la bandera de ceremonias. La hermana del Almirante Lacoste me prometió asistir, lo mismo que el Intendente. Seguro vendrá alguien de la Embajada chilena, ya que la señora de Figueroa (donante) es sobrina del Embajador chileno en la Argentina.

Aníbal empezó la facultad y parece que va a poder cursar dos o tres materias de Letras, ya que consiguió gente que viaja a Mar del Plata regularmente y lo pueden llevar y traer.

Supe por la abuela de Ale que le habían aumentado el sueldo, me alegro mucho por todo, es mi mayor deseo que estén lo mejor posible.

Saben muy bien que los quiero mucho y los valoro inmensamente, porque son buenos, íntegros, valientes, se aman y aman a sus hijos.

Les ha tocado vivir épocas muy difíciles, pero tienen a su favor la posibilidad de estar juntos y tener un hermoso hogar. Deben mirar hacia adelante, tener fe y superar los dolores pasados, las grandes ausencias físicas que son irreemplazables, pero que nada podemos hacer para recuperar.

(...) Te mandaré una encomienda con la ropita para los chicos la semana próxima. Los ama,

Mini.

Villa Gesell, 24 de junio de 1982

Querida Patricia y familia:

Me alegré mucho de recibir noticias de ustedes y de que estén bien. Espero asimismo que estén pasando esta tremenda crisis (nunca vista, ni vivida anteriormente) lo mejor posible.

Nosotros seguimos luchando a brazo partido ya que la iliquidez es tremenda. En el Colegio, si bien la mayoría es gente que tiene un pasar ya estabilizado, hay un grupo, en especial obreros de la construcción, que está totalmente paralizado y sin un peso de ingreso.

Te imaginarás que ante estos gravísimos problemas de subsistencia mínima no nos hemos cruzado de brazos. Hemos logrado repartir ropa y calzado entre el alumnado necesitado, elementos que traen a su vez los mismos alumnos que pueden.

Estamos dando comedor escolar gratuito a 20 chicos desde el mes de marzo, y ahora, desde hace 10 o 15 días, con la Comisión de Padres hemos comenzado a solicitar cosas de almacén a los alumnos y han respondido muy bien. La Serenísima nos dona 9 litros de leche diarios, ya que damos leche a los tres Jardines y a un 1º grado de la mañana. Hay una mamá que paga el colegio con dos kilos de pan diarios.

En estos días nos va a comenzar a proveer un carnicero mayorista, padre de un chiquito de 3º grado, a precio muy especial. Así vamos paliando un poco los graves problemas derivados de la falta de trabajo acá en Gesell.

Por lo demás los asuntos familiares van muy bien. Aníbal y su hermosísima familia muy felices. Gustavo estudiando, trabaja en el estudio de abogados de los padres de Cecilia, y los dos están muy enamorados. Fernando estudiando con ganas.

Mamá se accidentó el martes 15, yo estaba allí en ese momento. Se tropezó con una de las alfombras y esto le provocó una fisura en el húmero del brazo izquierdo. La sacó baratísima.

Con Nora fuimos a ver al Papa, pero a último momento le cambiaron el itinerario y nos quedamos sin verlo pasar. Oímos la misa en Palermo, estábamos a 100 metros del altar, pero no pudimos verlo.

Sin entrar en disquisiciones políticas, de derechos y reivindicaciones, pienso que con la guerra todo se pierde y que gracias a Dios se detuvo. La historia seguro nos dará la razón, y se ha escrito una página más hacia la descolonización definitiva.

"La paz es entre los bienes pasajeros de la tierra,
el más dulce de los que se puede hallar,
el más deseable que pueda codiciarse,
y lo mejor que se puede encontrar."

San Agustín

A Pedro, Juan Cruz y Martín, la abuela Mini les manda un beso enorme y todo su amor. Cuéntenme si tienen chanchitos, si las gallinas tuvieron pollitos y quiénes son sus compañeritos de escuela.

Todo mi amor para ustedes

mamá

Carta de Aníbal a Patricia y Alejandro.

Villa Gesell, 22 de diciembre de 1984

Querida Patricia, querido Ale y flía. :

Escribo en una máquina vieja que Pato acaba de regalarme, está bien conservada y es casi una reliquia.

Este último tiempo fue de verdadero stress: fin de clases (hicimos una gran fiesta para celebrar los quince años); luego tuvimos un problemita en el Concejo, porque

hubo una presentación de un par de concejales para que nos anulen la habilitación del Albergue, así que tuvimos que mover nuestra capacidad política. Como teníamos todo en regla hubo mayoría de votaciones a nuestro favor y ganamos.

Ahora estamos armando el Albergue. Para mí es novedoso tenerlo a Gustavo a mi lado en esta tarea.

Estamos todos bien; Pato trabajando en la feria artesanal, asociada a Isabel Spiner. Venden cobre esmaltado que elabora la mamá de Fernando.

Este fin de año tuve satisfacciones literarias: un premio en la Universidad (ya te conté), por el poema "Para vivir" y otro en el Concurso Municipal de Mar del Plata. Les mando un recorte del diario de esa ciudad, aunque está escrito por una periodista delirante y de ahí lo de "talentoso". No es para tener en cuenta.

Nosotros sentimos lo mismo con respecto a poder vernos pronto. Acá es más fácil juntarnos porque estamos cerca.

Mandame todo lo que escribas.

Un besote a todos y Feliz Navidad

Aníbal

—¿No serán muchas cartas juntas, mami? —me pregunta mi hija, en este punto de nuestro racconto—. Dejemos que se abra un espacio aquí, para no aburrir al que lee.

—A nosotros nos gustan porque nos conciernen, y nos descubrimos en frases que escribimos hace como un siglo, pero..., a los otros... —dudamos las dos.

—¿De dónde sacaron cartas mías tan viejas? —se asombra Gustavo—. De las pocas que escribí en mi vida.

—Bueno, ahora que echamos mano al teléfono y al fax a todos nos cuesta sostener otro tipo de comunicación —dice Aníbal.

—Yo mando cartas en grandes ocasiones, ¡nada más! Aunque si me dan la beca que espero, y me mudo a Boston, no voy a tener más remedio que escribir —opina Penaco— ¡Y exijo contestaciones! —acota amenazante.

—En realidad a mí también me cuesta ponerme a redactar cartas, excepto para responderle a mis hijos —agrego cerrando el círculo.

Carta de Penaco a Patricia.

Adrogué, 18 de mayo de 1985

Querida hermana:

Te escribo una breve carta para contarte cómo ando. Ando bien. Penaco

P.D.: son las dos de la madrugada, vengo de la casa de Paula, y ya en el camino venía pensando en escribirte. Me pregunto cómo será tu vida en el campo, y más específicamente, cómo serás vos, ya que hace tanto que no nos vemos. Tengo muchas ganas de charlar con mi "hermanita perdida".

(...) Hace una semana que la palabra "trabajo" entró en mi lenguaje diario. Soy profesor suplente de música en el Colegio Nacional de Adrogué (...) Me puedo costear un profesor particular con el cual estoy estudiando Armonía y Composición, se llama Manolo Juárez y es compositor y pianista. Es un excelente profesor y estoy aprendiendo mucho. Es un tipo muy abierto a toda la música. Ha realizado y realiza una vasta investigación en la música folklórica y nativa, ha tocado y toca más o menos seguido, a dos pianos con Lito Vitale, personaje venido del más allá, que te hace morder los codos por su impetuosidad y virtuosismo. Hace poco lo fui a ver al teatro, y el pequeño monstruo con un sintetizador que

hacía sonido de clavecín, y un piano, nos transportó a la época barroca. Se puso a improvisar, como él mismo dijo," como lo hubiera hecho Bach con estos aparatos que tengo enfrente". Realmente fue impresionante la improvisación al estilo barroco que se mandó esta fiera, aparte de otras cosas como chacareras, vidalas, etc. El padre de Lito fue profesor mío dos años atrás, pero igual me sigo considerando su alumno, ya que me abrió mucho la cabeza en el campo de la música, y me dijo y me sigue diciendo que tengo muchas condiciones, y que si me lo propongo puedo "llegar lejos", como se dice en el ambiente musical.

En la facultad voy a cursar unas pocas materias que puedan servirme, porque en esa cuna de pseudo—intelectuales se vive la música en forma totalmente racional, y eso conmigo no va para nada. Yo sin el feeling de la cosa no puedo tocar una nota. También estoy estudiando con Vanda y le estoy dando duro al piano, la semana que viene empiezo con una sonata de Mozart a dos pianos que es alucinante.

Te cuento que con lo laburado en el verano me compré un acordeón y en cualquier reunión o fiesta vamos con Juan, que toca muy, muy bien la guitarra, y guitarra y acordeón por medio, tocamos juntos. (...)

Por favor escribime a mí, y no mandes una carta para mamá y para mí juntos. Quiero una carta exclusivamente para mí.

Un abrazo muy grande a todos

Penaco

Carta de Patricia a Aníbal y flía.

Marcos Juárez, 24 de octubre de 1989

Queridos Aníbal, Patri y niños:

(....) Ya en la página cuatro de esta larga carta escrita en etapas, paso a redactar un conciso "Informativo familiar".

De nuestros hijos: habiéndose cortado la frente al caer de la bicicleta, el niño Martín Wallace recibió una aplicación de pegamento instantáneo, que alivió sus temores de ser costureado. Fecha: martes 17.

Jueves 19: el niño Martín Wallace llega a su casa con un tajo en la pierna, de tamaño considerable, debido a lo cual se hace acreedor de seis puntos de sutura, confirmando, ahora sí, sus temores de ser costureado. El asunto provocó sorpresa en el ámbito familiar, al corroborarse que el tajo no fue causado por una chapa "al paso" —como las primeras versiones lo aseguraban—, sino que se debió al efecto de una Gillette que dicho niño había escondido en su media, quién sabe para qué fines.

La niña Victoria recibe apodosos varios (inconfesables aquí) de parte de la familia, en directa alusión a su empeño en apoderarse de todos los artículos de la casa que son francamente desaconsejables para las manitas de tan pequeña criatura; por ejemplo: vasos de vidrio, platos, cuchillos, cacerolas, panes enteros, azucareras llenas, adornos y adornitos, útiles escolares, objetos personales de sus hermanos, anteojos, despertadores, cepillos de dientes, champúes, etc.

El niño Mariano y los ya casi adolescentes Pedro y Juan Cruz, se encuentran bien, y cada uno ocupado en su actividad. Estudio, tenis y guitarra, en el caso de Pedro; estudio, flauta, fútbol y tenis, en el caso de Juan Cruz. Los dos participaron en un torneo de dobles en Leones, perdiendo en la semifinal. También fútbol, para Martín y Mariano, y aproximación al karate, aproximación al Rambo—mata, al Ninja rojo y a cualquiera de este tipo de personajes, a los que el niño Mariano suele imitar en arranques de furia, aunque en realidad es bastante inofensivo, y no pasa de amenazas.

Victoria llama a todos con el nombre de Juan, que es el más fácil para su lenguaje. La niña compra a todos con su simpatía y sus mimos.

Padre Wallace ha sufrido un desencanto (es mejor tomarlo en broma): una helada tardía quemó todo el trigo sembrado. No se salvó ni un grano. Ahora le están pasando las máquinas encima, con la consiguiente pesadumbre de lo irremediable.

Madre Patricia cada vez más trastornada con la máquina de escribir. ¡Vale! (¡Algún día terminaré la novela!)

Aparte de todo esto, la gente de esta casa vive en ella con la máxima cordialidad y buena disposición, haciendo lo posible por salvar las caras largas que genere algún problema del momento. ¡Alegría! ¿Buen humor?

Mil besos a todos,

Patricia, Alejandro y compañía.

Doce:

Senderos en el mar

En Adrogué, comienzo a asistir a clases de yoga, me hacen mucho bien. Durante una sesión, la guía nos induce a dejar volar el pensamiento. Profundamente relajada, casi dormida (no encuentro otra palabra que sintetice ese estado de la conciencia, si bien entiendo que podría tratarse de lo que se denomina estado Alfa), veo la imagen de Cacho en su sepelio, con la rosa "de Amanda" entre sus dedos. La rosa se suelta de pronto de las manos de Cacho, y va subiendo, se va alejando suavemente. Yo la dejo ir, y me siento bien, en paz.

Cuando luego relaté esta visión, me permití hacer una interpretación personal sobre ella.

Tal vez por primera vez, aceptaba la muerte de Cacho, simbolizada en esa rosa florecida aquella mañana, para él, en el jardín de nuestra amiga.

Mi amor, le dije desde el fondo de mi alma, quedemos en paz.

Fernando se fue a vivir solo a Núñez a los veintidós años. Mis otros hijos ya se habían casado, todos muy jóvenes. Inclusive Fernando tuvo una época de convivencia con su novia de entonces, buscando afianzar una pareja que luego fracasó. Hoy y desde hace tiempo ha encontrado en Marina a su complemento

ideal; es un gusto verlos juntos, llenos de planes en todo sentido. Apasionados por la música, componen un exitoso dúo artístico: un perfecto equilibrio entre teclados y voz. Además dan clases, estudian y se siguen perfeccionando.

La cuestión afectiva ha sido crucial para todos mis hijos, y el deseo imperioso de hallar sosiego en un lugar que los contenga, marcados sin duda por tantas situaciones inciertas que tuvieron que vivir. Por eso me es doblemente grato ver que sus familias son refugio seguro y cálido.

El año en que mi hijo menor se muda marca evidentemente el cierre de una etapa en mi vida. Los chicos ya no dependían de mí. Debía decidirme en este aspecto: ¿adónde quería vivir? ¿Adónde quería armar, por fin, mi casa?

Ocurrió luego que Aníbal y los suyos estrenaron vivienda propia, y dejaron libre la casita que alquilaban en el bosque del Pinar. Me ofrecieron entonces que yo la ocupara, de modo que llegué a un acuerdo con los dueños, y allí me encuentro felizmente instalada desde ese momento. Es un verdadero remanso para mí volver del trabajo y poder cobijarme en este lugar tranquilo y bello, donde, después de tantas idas y venidas, pude reencontrarme con mis cosas personales, que habían girado por muchos domicilios.

En el año noventa traje a mamá, ya muy anciana, a vivir conmigo. Luego de varios meses, en los cuales organizamos con ayuda de Elba y otra señora la permanente asistencia que mamá requería, me pidió regresar a Banfield. Su estado de salud precisaba de una atención médica muy especializada y eficiente, y ella creía que se sentiría más segura cerca de los médicos que siempre la habían atendido.

De manera que volví a estar sola en la serena quietud de mi casa del bosque.

Poco a poco fui aprendiendo a disfrutar más y más de la hermosa Villa Gesell. No resulta fácil desprenderse de sentimientos que son muy fuertes, cuando los lugares nos llegan cargados de recuerdos de otros tiempos. Pero he conseguido relacionarme cada vez mejor con mi trabajo, valorar más las cosas buenas que me

han pasado, gratificarme con los logros, con las relaciones humanas, con las reuniones y salidas con amigas, con largas conversaciones y tardes de playa.

Me hace feliz tener un sitio donde recibir a mis amigos, familiares, a mis hijos y nietos; los que están cerca y los que vienen en vacaciones. Siempre presente el deseo de estar juntos y de compartir su crecimiento y progreso.

Hemos realizado algunos viajes con mis hermanos y amigos, que, como siempre, me han ayudado a crecer intelectual y espiritualmente.

Para ser fiel en esta crónica, he mirado hacia atrás, he buceado dentro de mí misma para hallar, nítido, el recuerdo. Mi historia es quizás como tantas otras. Pero no soy una persona que guste de vivir detenida en el pasado, por eso creo que el presente y el futuro merecen especial atención. Con mi bagaje de vivencias, aceptando lo que Dios me ha destinado, alzo con esperanza la vista. Más allá, quién sabe hacia qué rumbos, hay camino por andar.

Pasados más de veinte años, inicié una gratificante participación en el Movimiento de Cursillos de Cristiandad, que desde hace un tiempo se organizan en Villa Gesell. Después de aquel cursillo, en abril de 1974 (que fue el número 7 de Lomas de Zamora) donde tuve vivencias tan imborrables, regresé a Villa Gesell. Inmediatamente, al día siguiente, sin posibilidad de establecer vínculos para continuar compartiendo experiencias, como es el ideal para todo miembro de éste y otros grupos similares. Al cabo de veinte años, siendo Monseñor Rómulo García Obispo de Mar del Plata, comienza la actividad de los cursillos en la Villa. La respuesta entusiasta y creciente de tanta gente buena ha permitido formar un equipo maravilloso. Festejamos también junto a toda la comunidad, que Nuestra Parroquia, Inmaculada Concepción, haya cumplido ya treinta años, y que se sigan construyendo iglesias, como la de Santiago Apóstol, las capillas de Nuestra Señora

de Caacupé, de Copacabana, del colegio Ana Böttger, y otras que nacen a medida que la Villa progresa.

Villa Gesell ha seguido creciendo en población y en extensión. También aumentó su superficie y se agrandó hacia el sur, durante la gestión del Intendente Héctor Allo, cuando se adjuntaron al Municipio varios kilómetros de costa.

Por otra parte, el colegio siguió su marcha, y yo trabajando en él. Fuimos cumpliendo años: festejamos los quince, los veinte, los veinticinco años de su nacimiento.

El 20 de septiembre de 1991, el Semanario El Fundador en una página, publica una entrevista de Alicia González, titulada: "Una empresaria de la educación", donde hago una síntesis de mis años de escuela.

La periodista destaca estas frases:

"Los chicos vienen contentos porque encuentran las respuestas que necesitan".

"Los padres siempre me apoyaron".

"El chico tiene que aprender a pensar".

Transcribo aquí un extracto de la nota publicada en la revista de la Cooperativa Telefónica y de Servicios de Villa Gesell, el día 10 de abril de 1994.

Colegio San Patricio

1969—17 de marzo—1994

25 años

Iniciamos ya el año escolar dando gracias a Dios por nuestros primeros 25 años en Villa Gesell, con una misa oficiada por el párroco Enrique Audine.

Deseamos más que nada, agradecer a todos aquellos que nos apoyaron de todas las maneras posibles, ya sea en forma material y espiritual, como a los padres que confiaron en nosotros y nos enviaron a sus hijos.

Hemos crecido mucho porque hemos estado unidos, hemos librado muchas batallas, pero acá estamos triunfadores, porque sentimos que hemos hecho algo, algo que es la base para que nuestra sociedad crezca, para que nuestra hermosa ciudad y nuestro querido país pueda avanzar, no sólo en lo económico sino también y fundamentalmente, en lo moral y lo ético.

Nuestros niños, lo saben todos, padres y maestros, logran educarse, instruirse y formarse.

Saben que se puede lograr un mundo nuevo y mejor, porque acá en la escuela viven un clima de unión y cordialidad, estudio y disciplina que los hace crecer y serenarse. Conocen nuestras virtudes y nuestros defectos, nuestras pequeñeces humanas y nuestras grandezas también.

Nuestra escuela refleja lo que el mundo puede ser, si se pone amor en lo que se hace. Las luchas y el dolor existen, pero también existe la fe, la perseverancia, el perdón y el amor a los otros, el deseo de ser persona y expresarse como tal.

Cada uno de nosotros tenemos algo para dar, hemos venido al mundo con un objetivo, nuestra vida por más humilde que sea, tiene sentido y ese sentido, ese mundo interior es el que tenemos que descubrir los padres y los maestros.

Sabemos que estamos en el buen camino, nos guía un gran amor por lo que hacemos y ese amor nos ayuda a sortear obstáculos día a día.

Que Dios nos dé fuerzas para seguir nuestro camino.

Que Él nos muestre lo que desea de nosotros y le diremos ¡Presente!

"Que se haga Su Voluntad y no la mía"

Los convoco a todos los que quieran seguir en esta hermosa tarea educativa que es la luz de esperanza para nuestros hijos, a que junto con nosotros y a todos los educadores de nuestra querida Villa y nuestra dolida Patria unamos nuestras manos y busquemos un mundo mejor.

Minnie Zaldívar

Para celebrar el aniversario, fui invitada al programa televisivo "Juguemos en el bosque". Al finalizar la entrevista y los juegos de costumbre, Aurelia, mi secretaria de tantos años, me sorprendió con un saludo especial (tan conmovedor que me siento cohibida de reproducir) en nombre propio y de todo el cuerpo docente. Sus palabras afectuosas hacían hincapié en el momento de reflexión que vivíamos, valorando todo lo positivo, todo lo logrado, con verdadera unidad entre docentes, padres y alumnos, por encima de las luchas y dificultades, y sobre todo, pensando en los chicos. Ese ha sido nuestro lema, trabajar para los chicos.

Quisiera agregar en torno a la educación que, según he leído, meditado y observado, se encuentra en la actualidad acechada por grandes enemigos. Los sistemas económicos modernos, con evidente y manifiesta ascendencia y dominación de unos países sobre otros, están provocando una enorme pérdida de identidad en ciertas naciones. Parece casual que paulatinamente se vayan dejando

de respetar los símbolos y las fechas patrias, las tradiciones, toda la cultura que pertenece a los pueblos, y se esté llevando a la gente al deterioro y al olvido de sus propias raíces, que con sus marcadas diferencias, lejos de separar o establecer distinciones, favorecen y enriquecen a todos en conjunto. Ojalá nos demos cuenta a tiempo, para comenzar a defendernos, y detener esta tremenda influencia que considero negativa.

Carta a la familia Wallace

Villa Gesell, 26 de julio de 1990

Queridísimos nietos:

Por fin la abuela haragana para escribir, se decide a hacerlo. Estoy en deuda con todos ustedes desde hace mucho tiempo.

Ahora que tengo mi casa en Gesell y he reunido allí todas mis pertenencias, al acomodar la correspondencia recibida durante varios años, he encontrado hermosos dibujos y numerosas cartas escritas por ustedes, que nunca fueron contestadas por vía de correo.

Como afortunadamente, nos hemos visto personalmente y hablado por teléfono, siempre ha habido comunicación. Eso quiere decir que sé cómo están, como les va en la escuela y demás cosas que hacen que yo esté tranquila y feliz con cada uno de sus adelantos, tanto en su vida familiar como en sus tareas escolares, deportivas, literarias, juegos, amores, etc.

Pedro me preguntaba cómo había hecho para traer a la abuela a Gesell. Simplemente hablé con ella por teléfono y le dije que mi casa es cómoda y confortable, que yo estoy sola y que me gustaría que me hiciera compañía. Y así vino.

Está muy contenta, ya que le tenía miedo al frío, y con eso no hay problemas, porque hice instalar una salamandra que calienta la casa y el baño, hay dos estufas a gas y una eléctrica por si hiciera falta.

Elba viene a trabajar a casa de 9 a 18 hs. y la atiende muy bien, con mucho cariño. Los sábados que ella tiene franco, viene otra señora para ayudarme.

Como ustedes saben, la abuela (la bis—bis, como le dice Fermín) ve muy poquitito de un solo ojo por una enfermedad que se llama esclerosis de retina. Por lo tanto no camina sola por temor a caerse (tuvo dos fracturas en el brazo), así que hay que ayudarla a comer, tomar los remedios; prenderle el televisor (mira siempre el programa de Aníbal, como la pantalla está bien iluminada puede distinguirlo bien). Tres horas diarias de televisión ya la cansan, si hay alguna película, sigue la trama por lo que oye, pero hay que explicarle un poco para que comprenda.

Escucha los noticieros por Radio Rivadavia para "estar bien informada", como ella dice. Sigue la misa los domingos por Radio Nacional y reza el Rosario todos los días.

Está tranquila y trata de colaborar lo más que puede para facilitar las cosas. Espero haber contestado la parte de la bisabuela satisfactoriamente.

Ayer volvieron a Buenos Aires Gustavo, Cecilia, los chicos, y dos hermanos de Cecilia con sus familias, que estuvieron pasando unos días en el colegio, y dijeron que lo pasaron muy bien.

El lunes 30 recomienzan las clases, y ya estamos trabajando para la temporada, con tratativas bien encaminadas, posiblemente para traer un contingente de 60 chicos.

Aníbal, Patricia, Manuel y Fermín están muy bien, el que más nos visita es Fermín, que cuando sale en bicicleta a hacer algún mandado se da una vueltita por casa.

Un beso grande a papá y mamá, y uno enorme, enorme para todos. Que pasen un Feliz día del niño.

Los quiere mucho

Mini

La bisabuela les envía un besote muy grande a todos. Cariños de Elba y Aurelia.

Carta de Aníbal a Patricia

Villa Gesell, 8 de mayo de 1994

Hermanita:

Con la ya incurable forma de responder a tus cartas y a tus cariños, es decir, con esta mezcla de ingratitud en el corto plazo pero de fidelidad en el largo, te escribo mandándote varias cosas atrasadas. En primer lugar, el libro sobre los chistes de gallegos. Nótese que cuando yo lo compré, en vísperas de vuestra partida de Villa Gesell (enero '94) era toda una primicia y un hallazgo. Ahora no solamente es un best—seller, sino que ya nos tienen podridos con los comentarios y elogios sobre él.

Te mando también otros libros, algunos de parte de mamá. De mis avatares poéticos, te cuento que vendí algunos libros y que la gente me hace referencias sobre "El mar" en cualquier café, en la cancha de fútbol. Algunos vagos se divierten, pero siempre con mucho respeto: "...así que ahora escritor..."

El tercer "mandamiento" es para Alexander Wallace, el gaucho chip, el Inodoro Pereyra computarizado, el hombre de chiripá y Windows. Son unos diskettes que él sabe bien por qué se los mando, con qué intenciones y de acuerdo a qué charlas que hemos mantenido en las inciertas horas que van del despertar al baño y del baño al desayuno.

La semana pasada se realizó aquí la Feria del Libro local, durante la inauguración presentaron a los escritores locales, y firmé algunos ejemplares, vendí varios y regalé otro tanto. Tuve algunas satisfacciones de gente que me manifestó su cariño y gusto por los poemas.

(...) Durante la semana se hicieron varios actos, y por casualidad, pues se enfermó una escritora, me invitaron a un encuentro con alumnos de séptimo grado. Empecé leyendo el poema "Pereza", de Neruda, para que se sintieran no en una clase, sino en un recreo...

Con los chicos leímos además algo de Whitman, Girondo y Vallejo. Explicué dos o tres conceptos elementales y ellos escribieron algo sobre "la lluvia". Estuvieron muy atentos, motivados, y en la biblioteca se sorprendieron por eso. Me pidieron que vuelva a la tarde, a hacer otro turno, y pasó lo mismo. Me gustó mucho la experiencia.

(...)

Este domingo estamos Manuel y yo solos, porque Patricia se fue con Fermín a Buenos Aires. Toda la casa para nosotros, ayer salimos al centro y bueno, todo fenómeno, por esos encantos que tienen los cambios de rutina. Algo muy importante es que estamos terminando de construir un taller delante de la casa. Es una habitación independiente, con baño, que será muy útil para mí, por el hecho de tener un lugar para concentrarme y trabajar, y para Patricia para los mismos fines.

(...) Con el periódico me está yendo muy bien, (...)

Bueno, Patricx, te mando un beso grandote y un abrazo a todos

Aníbal

Carta de Penaco a Patricia

Buenos Aires, 20 de agosto de 1996

Querida Patricia:

Son las 0.30 hs. de un martes y estoy volviendo del Sindicato, de dar clases. Acabo de poner una cinta de Bill Evans, uno de mis pianistas favoritos, y me dispongo a contarte algunas novedades. La primera es que la semana pasada vinieron Pedro y Juan Cruz a comer. Marina y yo los atendimos como dos buenos tíos, la pasamos muy bien, fue una agradable velada familiar.

Por otro lado, ya sabés lo de mi beca, pero te especifico un poco más así te enterás bien de qué se trata.

El lugar donde fui becado se llama Berklee College of Music, en Boston, Massachussets, es una de las escuelas de música más importantes en los Estados Unidos y bastante popular a nivel mundial, ya que dan específicamente becas y facilidades a músicos extranjeros para estudiar allí.

Hay diferentes carreras como instrumentista; podés estudiar jazz (lo mío), pop, blues, rock, etc. También tenés Arreglos, Orquestación, Dirección, Música comercial, música para big bands, música para películas. El perfil de la Escuela es lo popular, pero igualmente está conectada a conservatorios clásicos, como el Boston Conservatory que está al lado de la Berklee. Hay músicos de todo el mundo estudiando ahí. Japoneses, suizos, africanos, españoles y también.... ¡argentinos! (infaltables) En esta categoría entro yo. Espero no cruzarme con ningún nigeriano, porque después de lo de Atlanta no los puedo ni ver (que los parió).

Volvamos a la música: en Berklee estuvieron varios músicos importantes como Keith Jarrett, John Scofield, Brandford Marsalis y otros. Hoy justamente llamé al departamento de admisiones para ratificar si estaba registrado como alumno y está todo O.K.. También les avisé que viajaría en enero del 97 y no ahora en setiembre que es cuando comienzan las clases. A pesar de que ya estará iniciado el semestre, me puedo incorporar sin problemas.

Tengo varios amigos y conocidos allí y me cuentan que el nivel es muy bueno y la exigencia es alta.

Como verás, estoy muy entusiasmado con el viaje ya que significa una experiencia única y creo, sin temor a equivocarme, bastante positiva a todo nivel. Tengo variadas expectativas puestas en esto y creo que no me voy a equivocar.

Me cuesta bastante ser positivo en el terreno de lo que es estudiar, trabajar y, precisamente, tener expectativas en un país que quiero con toda mi alma pero que, lamentablemente, está tan vapuleado. No quisiera entrar en cuestiones sociales, políticas, económicas, porque esto no sería una carta sino un libro lleno de interrogantes.

Te mando un gran beso a vos, a Alejandro y a los chicos

Chau

Penaco

Epílogo

Mientras estamos en paz con nosotros mismos, y alertas al fluir del mundo que nos rodea, los días se presentan cargados de afanes nuevos, de novedades, de cuestiones a resolver. Y también de actividades enriquecedoras. Permanecer abiertos a los otros es gratificante, porque ningún hombre es una isla.

Recuerdo siempre las palabras de mi madre, cuando al contemplar a mis hijos, con gran sentimiento le pregunté, en un soplo de voz:

—Y ahora... ¿qué voy a hacer?

Y ella me dijo con sabio sentido común:

—Vivir, hija mía. ¡Vivir!

A todos muchísimas gracias... junto a ustedes, el esfuerzo ha valido la pena.

Minnie

Hasta aquí la historia que quisimos contar. La vida ha continuado con cosas duras y difíciles, otras gratificantes, pero ya no son tema de este libro...

Es por eso que hoy lo publico tal como fue escrito.

Villa Gesell, julio de 2006

(Primera edición)

III: Legado

Cada semana que llegamos con Cecilia a Villa Gesell, nos recibe la Plazoleta que lleva el nombre de Mini y, mientras la saludamos, no podemos dejar de sentir la satisfacción renovada de la tarea cumplida. Fuimos testigos de la felicidad y alivio que significó para ella el ver continuada su obra y, durante aquellos años de encuentros y charlas, nos orientó con enorme lucidez en muchas situaciones que fuimos transitando en todo el proceso de trabajo.

Mini supo, como lo hizo con todas las personas que la conocieron, inducirnos, alentarnos, estimularnos y darnos la confianza y la certeza de que nosotros podíamos y teníamos todas las condiciones para llevar adelante semejante obra. Esta capacidad estaba en su ADN docente y funcionó con nosotros también. Creo que sabía de este desenlace antes que nosotros ni siquiera lo imagináramos e incluso hay testimonios de esta anticipación.

También queremos recordar que en el ideario de Mini, la libertad fue el valor predominante, con la misma fuerza y jerarquía que el amor, y su deseo estaba sostenido por una enorme voluntad de lucha contra toda muralla, oleaje y marea. Esto fue lo que nos enseñó desde siempre, para que cada uno de nosotros siguiera su camino con cierta naturalidad y pudiera resolver con independencia y autonomía cada situación personal. Todo esto dentro de la complejidad y la diversidad que suponen los asuntos de familia.

La pérdida de nuestro hermano Penaco horadó lentamente la inquebrantable voluntad de Mini. Solo frente a estos avatares de la vida, fue que confluimos con Cecilia a una convocatoria que nos encontró en sintonía con nuestros intereses y búsquedas. Ambos nos hemos dedicado también apasionadamente a nuestros proyectos con la intención de hacer desde nuestras convicciones, un poco mejor esta sociedad, ya sea a través de nuestros trabajos en la salud y la educación, como en nuestro propio proyecto de familia y en nuestro modo de concebir la tarea. “Dos cabezas pensando en comunión”, definió Ceci hace poco en una de nuestras tantas

conversaciones sobre una de las tantas circunstancias de decisiones compartidas en la vida del Sanpa.

Creo que en esto reside la fuerza de esta historia. Nuestro deseo indudable y siempre enigmático, la lógica de un proyecto concebido en la formación, en las ideas y la experiencia, y también en la mística de una historia familiar hecha de encuentros y desencuentros, de tragedias e ilusiones, de ideales y sueños.

Nada de esto hubiese sido posible sin la presencia amorosa y desinteresada de nuestros hermanos, que desde sus corazones y sus lugares (encuentros anuales con informes en el más amable contexto posible, interminables charlas telefónicas, cenas infaltables y contenedoras con Pato y el mejor menú, cafés con El Fundador sobre la mesa en Bacará, con el relato de una Villa casi desconocida para mi después de tantos años) nos brindaron un apoyo imprescindible, indudable, incondicional y vigente.

Consideremos también, como decía Mini, “los hilos invisibles que entretejen destinos“, más la profundidad de unos lazos “creados en el mismo acto de amor generosamente repetido” y “lanzados por una misma mano fuerte a la hora de lanzar” (del poema de Patricia “Lazos”) y que todo esto sucede en el contexto de la música del inconmensurable mar geselino, que aprendimos a mirar como un lugar de destino y aventura entre otras inspiraciones, a través de la poesía y las charlas de Aníbal.

Solo queda dejar constancia que hoy este proyecto es necesariamente un colectivo, vivo y en movimiento, sostenido diariamente por una comunidad educativa que problematiza su práctica, que intenta entender la época y sus desafíos, que propone conversar a fondo sus cuitas y conflictos y que sueña y produce en cada rincón del colegio, en cada proyecto de cada área y en el espíritu de cada integrante de la misma. Cada persona en el colegio es un compañero de ruta. La amistad, en su más profundo sentido, es un marco que intentamos cultivar cada día y la confianza seguirá siendo la base de una intención educativa que nos haga un poco mejores, individual y colectivamente.

Estamos habitados por una historia singular que se sigue escribiendo y que está inmersa en una más grande que nos trascenderá. Puede ser que un día merezca también ser contada o no en otro libro por venir.

A modo de cierre y corolario de esta segunda edición del libro “Mi compañera, la esperanza” queremos compartirles la letra del Himno al Colegio San Patricio que expresa profundamente este recorrido y que fue compuesto recientemente para conmemorar el 50 aniversario del Colegio y que resultara de un proceso creativo conjunto iniciado por Patricia en su primera letra, enriquecida por Gustavo, Cecilia y Aníbal y finalmente convertida en Canción por nuestro hijo Diego Zaldívar.

Gustavo Zaldívar

HIMNO AL COLEGIO SAN PATRICIO

Con la luz en la mirada
el coraje y el deseo de enseñar
con la fe y el amor como bandera
fundó Mini nuestra escuela
persiguiendo su ideal.

hoy detrás de tu estela luminosa
construimos una gran comunidad
de personas libres solidarias
y un sendero de confianza y amistad.

San Patricio es libertad y abrazo
juego compromiso inspiración
una búsqueda, una historia compartida
transformando nuestra vida
y el mundo alrededor.

San Patricio es libertad y abrazo
juego compromiso inspiración
el legado florece en nuestro canto
traduciendo los sueños en acción.

va creciendo sin pausa nuestro canto
traduciendo los sueños en acción.

va creciendo sin pausa nuestro canto
traduciendo los sueños en acción.